



BIBLIOTECA

AMENA

XI

2



B.P. de Soria



61120503
D-2 23612



POBRES Y RICOS

OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

POBRES Y RICOS

CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



58011

BILBAO

IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7.

ES PROPIEDAD



Eminentísimo Señor, ⁽¹⁾ Monseñor, ⁽²⁾

SEÑORAS, SEÑORES:



Me acuerdo que siendo yo inspector y maestro de un colegio, en uno de esos días caniculares de verano en que el cielo plomizo y el calor bochornoso enerva los bríos y aun á los niños más traviesos quita las ganas de jugar y divertirse, tres jóvenes alumnos apoyados sobre el alfeizar de una ventana abierta, sin sospechar que se les pudiera oír, departían entre sí con mucha formalidad. Era su conversación acerca de la pobreza y riqueza, y en su inexperto

(1) El Cardenal Goossens, Arzobispo de Malinas.

(2) Mons. Du Rousseaus, Obispo de Tournai.

entendimiento de apenas quince abriles, trataban de hallar la solución de ese doble problema. Varias les ocurrían bien extrañas, pero no tardaban en conocer su insubsistencia. Al fin, uno de ellos, mofletudo, enredador y atolondrado, cogió á sus camaradas por el brazo diciendo: «¡Vaya! dejemos el problema, y á jugar. Lo importante para nosotros es que seamos cada vez más ricos». ¡Nunca olvidaré esta explosión ingenua y franca del egoísmo humano! Porque después, Señores, Dios se encargó de desmentirla... ¡Pobre muchacho! Lo importante para él era ser cada vez más rico!... ¡Ay! lo que ante todo le importaba era conservar lo que tenía.

Pasaron algunos años, y ellos se encargaron de mostrarle con prueba harto dura cuán vecinas andan la riqueza y la pobreza.

¡Él era rico entonces!... Cuántas veces en mis viajes contemplé asomándose en la montaña, cual nido de águila, el castillo de su padre... Mas la ruina pasó por allí; las hermanas de nuestro joven son costureras, y él escribiente de á tres francos.

¡Riqueza, pobreza!... ¡Qué problema!

Usted hijo de gran señor; yo hijo de obrero!... Usted rico; yo pobre... ¿por qué?... Usted dichoso; yo desgraciado... ¿por qué? ¿Por qué

usted en ese palacio, y yo en esta barraca?...
¿Es que yo no valgo tanto como usted?

Estas cuestiones inquietadoras no asaltarán tal vez la mente del rico: ¡le parece á él tan natural ser rico! Pero asaltan la mente del pobre, que siente lo duro de la pobreza.

Asaltan el espíritu de los que sufren, á veces como un grito de desesperación: «¡Ah! ¿qué he hecho yo á Dios?... ¿Le pedí yo acaso venir á este mundo?... Pues ¿por qué me dió la vida, si había de ser para atormentarme de esta suerte? ¿No podía haberme hecho feliz como á tantos otros? ¿Qué le hubiera costado?»

Lleno está el mundo de esos porqués revolucionarios; el mundo de los que padecen, digo, no el de los que gozan. Sin cesar suben de la tierra al cielo esas preguntas desesperadas, y suenan como una blasfemia contra la Providencia; mas ¡cuántas veces el sufrimiento que inconsciente las arroja, hallará excusa en su ignorancia y en el exceso mismo de su dolor!

¿Por qué?... ¿Por qué?...

Yo quisiera buscar una respuesta á esa pregunta; quisiera estudiar con vosotros ese pavoroso problema de la desigualdad de los hombres ante la vida, y si tiene una solución, encontrarla.

Pero ¿la tiene?

En la teoría cristiana, sí.

Fuera de ella, no.

Y, notadlo bien, no es este uno de esos fantásticos problemas de pura teoría, en que el espíritu analítico se complace y se regocija con la gracia y belleza de sus fórmulas; no es la charada, ni el jeroglífico de las publicaciones recreativas; es un problema vivo, en carne y hueso; un problema preñado de espantos y terrores, un problema que un día —mañana tal vez— trastornará de arriba abajo la sociedad humana!

Mirad si no abajo la multitud de los que no tienen nada y sufren; observadlo bien, ¡ya está cansada!... Con ojos ardientes de codicia, anhelante, azuzada por el hambre y la sed, os mira, os acecha y os dice á gritos: «¿Por qué?... ¿Por qué?..»

Como fiera hambrienta, abiertas las fauces, extendidas las garras, presta ya al asalto, espera...: «¿Por qué?... ¿Por qué?..»

Respondedle, pues.

Y si no tenéis qué responderle, encastillaos bien, os lo aconsejo. ¡Ah! ¡ah! ¿qué es lo que digo?... ¿De qué os serviría encastillaros?... Es más fuerte que vosotros el ejército de los pobres y de los que sufren, y el día que os acometa, vuestras más gruesas murallas caerán deshechas como castillo de naipes.

Respondedle, pues, Señores; os tendrá más

cuenta. Mas para aprender á responderle, escuchad á Jesucristo, porque la razón humana no basta. Vais á ver, en efecto ese fenómeno siempre idéntico, la razón humana intentando resolver uno de los grandes problemas que agitan al linaje humano. Al principio, maravillosamente iluminada, camina con paso firme y seguro. Avanza, avanza; mas de repente se detiene; ya no ve más, todo es noche, todo tinieblas... vacila... Entonces se le acerca la Fe... sonriendo, le ofrece la mano, y por sendas soberanas desconocidas al hombre, le conduce triunfante á la verdad y á la paz.

No hay sentimiento más profundamente arraigado en el corazón del hombre que el sentimiento de la igualdad ante el derecho. ¡Y es justo! El alma del último de los pobres ante Dios vale tanto como la de un Carlomagno. Por otra parte, no hay tal vez hecho más frecuente en la vida que la desigualdad de los hombres entre sí ante esa realidad que se llama la fuerza de las cosas.

Alguien ha dicho que entre los millares de hojas de que se reviste un árbol en toda su frondosidad de Abril, no podrían encontrarse dos enteramente iguales.

Buscad dos iguales entre los millones de hombres de que se ha cubierto el globo en la frondosa sucesión de los siglos; no los hallaréis: cada uno de ellos es diferente de todos los demás, y en un rasgo del cuerpo, en una tendencia del alma, lleva la marca de su personalidad propia y como su sello peculiar.

Ahora bien, entre esas diferencias, las unas nos conmueven, las otras nos dejan insensibles.

Este verano mismo, uno de mis amigos me presentó una hoja de papel, ordinario al parecer, y me pidió que la oprimiera entre los dedos; yo lo hice. Algunos instantes después los vapores reveladores del yodo dibujaban, en color violáceo oscuro, los menores detalles de mi epidermis, y sobre la blanca hoja de papel no pude menos de reconocer el dédalo de sinuosidades de mi pulgar y de mi índice. Era un distintivo perfecto, capaz de quedar convicto en un tribunal, porque ningunos otros dedos fuera de los míos se hubieran adaptado á él. ¿Voy á quejarme de que las sinuosidades de mi epidermis no sean semejantes á las vuestras y á demandar por qué?

De ningún modo, ¿no es verdad?... Así obra el hombre respecto de todas esas desigualdades secundarias que no atañen á su felicidad.

La estatura humana tiene un término medio

y ninguno de cuantos se aproximan á él piensa en quejarse. Pero que uno lo exceda ó no lo alcance de modo que se note; y por poco que sea, verá en esto un penoso contratiempo, aunque no sea más que para su amor propio. Y al punto cambia todo y surgen los porqués.

De una señorita me contaron que se quejaba á la Providencia porque la había hecho desmesuradamente pequeña. Lo era en verdad; y aunque para sentarse en los salones había hallado el medio de interponer su piececito sobre el sofá por un rápido y disimulado movimiento, lo cual la alzaba todo lo ancho de su botina, una vez en pie, brotaba también de su alma la recriminación á Dios: «¿Por qué?»

Hasta aquí sin embargo el porqué no tiene el tono de rebelión...; es una queja sin exceso de amargura. Pero las desigualdades van creciendo.

Por los grandes claustros de mi colegio veo pasar cada día agolpándose ante las cátedras de sus maestros, dos ó tres generaciones de jóvenes radiantes de salud y de ardor, que con el trabajo del estudio se preparan á la vida... ¡Qué fuego en aquellos corazones juveniles, qué vigor en aquellos cuerpos sanos, qué aspiraciones en aquellas almas!... Mas entre ellos van algunos á quienes la muerte ha señalado ya con su marca... Apenas tienen veinte años, y en la

palidez de su rostro, en la triste mirada de sus ojos que se van hundiendo, en el quejumbroso movimiento de su pecho, en su voz apagada, quebrada y temblona, en la sonrisa incompleta de sus blanquecinos labios, se ve, se palpa que van á morir!

¿Por qué han de morir á los veinte años ellos, mientras los otros van á vivir?

Imaginad en el pleno vigor de su cuerpo á dos hombres, el uno dotado de la llama del genio y el otro de una inteligencia opaca. Ciertamente, esta hipótesis no es inaccesible á la experiencia; porque aunque el genio es raro, no es absolutamente imposible encontrarle; y el otro, el imbécil en una palabra, pues hay que llamar las cosas por su nombre, es tan frecuente, que según una intencionada frase de Francillón, hay siempre uno más de los que se cree.

Ahora bien, comparad esos dos hombres: los mismos músculos, los mismos nervios, la misma sangre... ¿por qué Dios al uno le ha otorgado genio y al otro imbecilidad? ¿Por qué al uno la iluminación completa de las cosas, y al otro las abrumadoras y espesas tinieblas en que el pensamiento se arrastra embotado? ¿Por qué? Aquí sin duda el desgraciado va á rebelarse. Desheredado de esa noble prerrogativa que hace del hombre casi un Dios, la inteligencia...; pri-

vado de esos bienes del pensamiento, tan grandes, que ha podido decirse de Dios que era el pensamiento eterno, va á exasperarse... Pues no, Señores, no hay desigualdad con la cual uno se resigne más fácilmente; y nadie está más satisfecho con su talento que un imbécil.

¡Pero el oro, pero la riqueza!... ¡Oh! ¡aquí sí que los hombres se sublevan!

¿Por qué estos ricos? ¿Por qué aquellos pobres?

¿Mas tiene en realidad tanta importancia esta cuestión del oro?... ¿En qué consiste que se anteponga á todas las demás? No parece sino que es la única desigualdad de la tierra.

La razón de esto es muy sencilla. El oro es el gran factor de nuestros goces; el deleite y el placer se compran. ¡Y el hombre quiere gozar!... La salud, la fuerza, el ingenio sobre todo, ¿qué le importa? Sin ellos puede pasarse bien la vida. ¡Mas el oro, la riqueza!... ¡Oh! ¡venga! ¡venga!

Tened á bien, Señores, no olvidar este primer jalón de nuestro camino. Si el hombre se queja de la desigual repartición de la riqueza más que de ninguna otra desigualdad en la vida, es porque la riqueza es el instrumento por excelencia de los goces humanos. No busca el oro por el oro. Si el hombre pudiera llegar al goce

sin las riquezas, como puede llegar sin el talento, sin el vigor, sin la talla, no haría caso de las riquezas, como generalmente no lo hace de la talla, del vigor y del talento.

De modo que la cuestión: ¿Por qué unos son pobres? ¿por qué otros son ricos? viene á reducirse á esta otra: ¿Por qué no es igual la medida de los goces entre los hombres?

Pero entendedme bien. Pudierais equivocaros sobre el sentido y alcance de la palabra goces. Aunque ella comprenda todos los fútiles placeres y vanos contentamientos y alegrías de que el hombre se embriaga, tiene en mi pensamiento significación más elevada y sentidos más profundos. Si la cuestión se redujera á saber por qué fulano cuenta su fortuna por millones y zutano por cientos de miles; por qué uno puede arrojar puñados de oro sobre la ruleta, y otro apenas si puede aventurar un duro al baccarat; por qué la señora de tal posee soberbias carrozas, y trajes y brillantes que hacen á muchos consumirse de envidia, mientras vosotros no tenéis más que un mísero *simón*, un modesto *surrah* y un joyel de piedras falsas... ¡ah! os lo juro, no apartaría mi vista una línea, no me detendría un instante por una cuestión tan frívola y ridícula. Para nosotros no tendría ni sombra de compasión.

Pero hay otra cosa... Hay que saber por qué al par de vosotros que sois ricos y estáis hartos hay otras personas que se mueren de hambre!... Por qué mientras vosotros en torno de vuestras caldeadas estufas reís á todo placer, hay gentes que lloran, y, tiritando de frío, mal cubiertas de harapos, van á tender su mano suplicante.

¡Ah! cuando yo veo madres, pobres madres sollozando y levantando en sus dos brazos hacia el cielo, que parece sordo á su plegaria, sus pobrecitos pèqueñuelos, y las oigo clamar, derramando lágrimas...: «Señor cura, se me va mi pobre hijo..., se muere, y no tengo con qué alimentarle», ¡oh! entonces siento que se me parte el corazón, y á mi vez exclamo: «¿Por qué, Señor, por qué?»

¿No habéis leído en los periódicos esta horrible historia? Una madre, un padre y cuatro hijos pequeños no habían probado bocado alguno hacía tres días... La desesperación siniestra se presentó allí, retorciendo con mano implacable aquellos pobres corazones. El padre fué apresado por deudas y llevado á la cárcel. Entonces la madre, sola ante sus pequeñuelos que repetían sin cesar «tengo hambre», la madre abandonada de todos, se volvió loca, se armó de un cuchillo y, volviendo la cabeza, uno tras otro degolló á sus cuatro hijos, y luego

tendiéndose junto á sus ensangrentados cadáveres, se degolló á sí misma!

¡Ah! ¡he ahí por quiénes me detengo yo y demando una respuesta!

¡Es por ellos, no por vosotros!

Preguntémonos ahora, si os parece bien, lo que es en el fondo la riqueza. Vais á ver surgir una luz nueva que nos permitirá marcar con un nuevo jalón el camino que vamos explorando.

Vivimos en un tiempo en que la rueda de la fortuna gira con tanta celeridad, que pocos habrá entre vosotros, según pienso, que no hayan presenciado entre los suyos ó entre sus vecinos la fábrica de lo que se llama una fortuna.

No todas se levantan de igual modo: las unas suben con prontitud, las otras piedra á piedra. Habría mucho que decir, bien lo veo, acerca de los diversos procedimientos que siguen los arquitectos; mas para ahorrar á vuestra investigación dificultades inútiles, no hagamos cuenta más que de los procedimientos correctos, normales, honrados, y dejemos los otros al azote de los antisemitas.

Encontrábame yo no ha mucho en casa de un empleado de minas en la región hullera. El

edificio, de su propiedad, muy modesto, sin pretensiones de arte ni estilo, pero construído para siglos, aun en aquel suelo quebrado por el hundimiento de las galerías subterráneas, llamaba la atención por su orden admirable, por su extremada limpieza y por su ornato que, en el salón al menos, confinaba con el lujo. Aquel hombre honrado era un antiguo trabajador de galerías subterráneas; había comenzado por arrancar mineral, trabajando catorce horas diarias, en un tiempo en que con tanto trabajar no se ganaba de jornal más que un franco y setenta y cinco céntimos, y en que la paga se hacía con mes y medio de retraso. Pero arreglado, sobrio, económico, aun de aquel jornal irrisorio había hecho ahorros y con ellos había adquirido una acción, luego dos, más tarde tres... y así sucesivamente, de obrero subterráneo había pasado á ser obrero al aire libre; y grado por grado, marcador, capataz, contador y por fin jefe de administración. Á la hora en que me hablaba, tenía sesenta y cinco años y su fortuna oscilaba entre 250.000 y 300.000 francos!... Había establecido á su hijo y casado bien á sus hijas... Y hubiera sido dichoso — ¿pero quién lo es en este mundo? — sin su pobre mujer, que, presa de dolorosa enfermedad crónica, se iba muriendo lentamente, y ante la cual silencioso derramaba

lágrimas abrasadoras, de un amor que permaneció siempre joven.

Ahora bien; ¿qué viene á ser la riqueza de este hombre? Á primera vista, un poco de oro y algunos papeles impresos sobre fondo de colores y enrollados en el rincón de la gaveta.

Pero hay más, Señores: ese oro y esos papeles ¿qué vienen á ser en sustancia? Nada más que un signo, un objeto convencional.

¡La riqueza de ese hombre es su trabajo! Trabajo acumulado, almacenado durante cincuenta años y oculto allá bajo la envoltura de esas acciones y de esas monedas.

El oro, el papel no son más que una cubierta; la cosa que cubren es el sudor de ese obrero, derramado durante cincuenta años, es su sangre quemada, sus músculos estropeados, su vida gastada; es, en una palabra, él mismo en la obra de su inteligencia y de sus brazos.

Se dijo un día: «La propiedad es un robo».

Este obrero puede responder: «Mi propiedad es mi propio ser, yo mismo!...» ¿Qué concupiscencia habrá tan depravada, tan embrutecida, que en presencia de esa fortuna tan personal como la sangre, se atreva á lanzar miradas codiciosas y gritar: «¡Eso es mío!»

Si hay un derecho de propiedad evidente, incontestable, superior á todas las discusiones

y á todos los sofismas, un derecho ante el cual todo hombre, si no ha perdido el sentido común, debe inclinarse, es sin disputa ninguna éste.

Ahora bien; así como este hombre ha transmitido á su hijo y á sus hijas su carne y su sangre, les transmitirá del mismo modo, cuando llegue la hora, el fruto de su sangre y de su carne.

Nadie puede prejuzgar del porvenir, pero es evidente que si en esa familia se conservan las paternas tradiciones de orden, de trabajo, de economía, de moderación en los deseos, de prudencia en las empresas; si ni el orgullo, ni la pereza vienen á ponerse de por medio con su locura y su ociosidad, esa pequeña fortuna va á crecer, y seguir creciendo, y creciendo siempre, y no será necesario llegar á la tercera generación para que el obrero se haya hecho tronco de grandes propietarios.

Si ahora se pregunta de nuevo acerca de estos felices descendientes: «Su fortuna ¿qué es?» Habrá que responder: «Trabajo, trabajo acumulado de generación en generación, y bajo la forma muerta de oro, viviendo siempre dispuesto á dar su fruto».

Esto no es nuevo. Lo que pasa en nuestros días ha pasado en todos los tiempos. El origen de todas las fortunas legítimas—prescindo de las demás—el origen de todas las fortunas legí-

timas es el trabajo; trabajo de brazos ó trabajo de inteligencia; trabajo en la paz ó trabajo en la guerra; trabajo de la mina ó trabajo del suelo; trabajo de la industria ó trabajo del comercio, pero siempre trabajo!

Ahí está su origen y ahí radica su inviolable derecho. No hurtarás, no codiciarás los bienes del prójimo. ¿Por qué? Porque esos bienes son su trabajo y su sangre... son él mismo.

El oro por sí solo no puede nada; no puede más que la azada del labrador y el martillo del herrero. Pero se apodera de él el trabajo, y de repente el contacto de la inteligencia ó del brazo del hombre lo fecunda.

El capital es inerte mientras no se le agrega la actividad humana.

Haced la prueba, si dudáis de ello; encerrad millones en una caja, y dejadlos allí dormir durante siglos... ¿Creéis que contándolos después habrán aumentado ni un sólo céntimo? No, ¿no es verdad?

¿Y qué necesidad tenéis de esta experiencia? ¿No veis lo que sucede en esas familias ricas, poderosas, dominadoras, de donde huye un día el trabajo expulsado por la invasión de la molición? ¿No veis lo que sucede todos los días?

¿Creéis que permanecen en un estado fijo?
¡No! Caen y se derrumban como esas viejas ruinas feudales, de las que cada vendabal arranca una piedra.

¿Por qué? ¡Ah! si el trabajo no hubiese hecho más que huir, tal vez se hubieran podido sostener ellos como las momias en los hipogeos faraónicos. Pero cuando el trabajo se va, deja la puerta abierta; y entonces una en pos de otra entran las pasiones devastadoras: caballos, juego, feminismo... jaurías turbulentas y enloquecedoras del placer. ¡Oh! ¡y qué presto dan cuenta de todo! Al son de los cánticos y de las risotadas ¡cuán velozmente se disipa todo ese noble trabajo de los siglos!... Y un día, el último retoño de tan gloriosa alcornia se os presentará en la calle despojado, deshonorado, envilecido, harapiento, famélico y más pobre aún que el último de los pobres; y si no, examinad su alma, no hay fuego; tentad sus brazos, no hay nervios; tocad su cabeza, está vacía, y más vacío aún su corazón.

Luego á la segunda pregunta, Señores, que os hacía ha poco, hay una respuesta; pero una sola:

«La riqueza es el trabajo, el trabajo en reserva, economizado y almacenado; y no es otra cosa.»

Ved ahí ya singularmente simplificada nuestra gran cuestión.

¿Por qué unos pueden gozar y otros no?

Porque los unos son ricos y los otros no.

¿Por qué unos son ricos y otros no?

Porque los unos han trabajado y los otros no.

Lo cual no parece ya tan injusto.

Si subsiste aún la desigualdad, no es ya obra de Dios sino del hombre; y el hombre que es su autor no tiene ya derecho de revolverse contra ella.

Resta no obstante un recurso á los rebeldes.

Y es imputar la falta á sus antepasados.

¿Es culpa mía que mis antepasados no hayan acumulado ese trabajo que constituye la riqueza?

¿Por qué he de sufrir yo las consecuencias?

Y francamente, yo no veo bien lo que puede responder aquí la razón humana; ella, que con tanta indignación y furia se revuelve contra el pecado original de la revelación cristiana.

¡Miserable! no admite que un primer Adán nos haya desposeído de la gracia, y vedla ahí acorralada ante todos los Adanes intermedios que nos desposeen de la riqueza, de la salud, del ingenio y aun del honor.

¡Ahí está el hecho, y fragante! ¿Qué responderá la razón humana?...

Pronunciará una gran palabra: «¡Solidari-

dad!... ¡Solidaridad!» Así decía también ha poco: «¡Herencia! ¡Herencia!» Pero esta es una palabra vacía que hace constar el hecho sin explicarle, y resuelve la cuestión por la cuestión misma.

Cuando se pregunta á los médicos por qué comiendo de un mismo guisado de almejas uno se envenena y otro no, os responden que es por *idiosincrasia*. Y cuando se les pregunta qué es eso de idiosincrasia, os dicen que es una disposición personal que hace que uno se envenene con las almejas y otro no.

La solidaridad tiene un valor semejante al de esa idiosincrasia. Cuando se os dice que por la solidaridad es por lo que gozáis del trabajo ó sufrís las consecuencias de la pereza de vuestros antepasados, me guardaré yo de protestar; nada hay más verdadero: pero eso equivale á decir que gozáis ó padecéis, porque se goza ó padece en consecuencia de lo que han hecho nuestros antepasados. La cosa no puede ser más sencilla. ¿Y no quedáis satisfechos?

¿Qué responderá la razón humana á los infortunados que, después de haber trabajado mucho, en una crisis repentina han visto desaparecer todo el fruto de su trabajo, ó á los que buscaban trabajo y no le hallaron? ¿Por qué? ¿Por qué?

Puede la razón decir, y dice al desgraciado

que se queja: «¡Tanto peor si te quejas; no adelantas nada con quejarte; infeliz! ¿qué quieres que te haga yo? ¡Te ha tocado mal número en la lotería! Es triste cosa; convengo en ello. Pero las cosas son así, ¡allá te las compongas!»

¡Ay! «¡Tanto peor!»

¡Ay! «¡Allá te las compongas!»

Pues bien, ved aquí lo que á su vez os va á responder el pobre: «¡Un momento! Yo tengo hambre, tengo sed, y maldita la gracia que me hace morir como un perro. Vosotros tenéis demasiado que comer y que beber!... ¡Venga, venga!... Me hacéis bellísimos discursos acerca del pasado... Yo no conozco el pasado; yo no conozco más que el presente, y el presente es claro. Yo trabajo y vosotros no hacéis nada. Por tanto, venga vuestro dinero... ¡Paso! ¡y pecho á tierra!»

No digo yo que discurra bien ese pobre; me limito á consignar que, en nuestros días, muchos discurren así, y están dispuestos á obrar de esa manera.

La sociedad se va dividiendo cada vez más netamente en dos fracciones bien distintas y separadas. En la una están los que poseen, en la otra los que no tienen nada. En la una los

que quieren guardar, en la otra los que desean coger. Estos dos ejércitos cada cual por su parte se organizan sin cesar para la guerra, y algún día, quizá muy pronto, van á encontrarse frente á frente. ¿Queréis una señal de esto?

Ved de una parte los lentos preparativos de una huelga general, haciendo resonar el clarín del combate de un extremo á otro de Europa; ¿qué digo de Europa? de un extremo á otro del mundo. Y por otra parte os mostraré las fábricas elevando sus muros armados de fusiles, de revólvers y de cañones, y acumulando á prevención en torres de refugio provisiones de sitio.

Menester es cerrar los ojos á la luz para no ver que á ese término, á esa guerra fratricida y sangrienta es adonde se dirige la revolución del pobre contra el rico, y que no está ya lejos del campo de batalla.

Pues bien, Señores, supongamos por un momento que se encuentran á la vista uno de otro esos dos ejércitos, y que penetrada de angustia la razón humana ante la sangre que va á correr, se precipita entre los combatientes con la oliva de la paz en la mano.

¿Qué va á decir al rico?

Éste le dirigirá á ella poco más ó ménos este discurso:

«¡Esta riqueza es mía! Es el fruto de mi tra-

bajo ó del trabajo de mis padres. Tengo derecho á gozar de ella. Me la quieren arrebatarse... ¡Yo me defiende!»

¿Qué puede contestar á esto la razón sino: «Es verdad; tenéis derecho; ¡defendeos!»

Se vuelven luego hacia el pobre. Pero el pobre, como os acabo de decir, discurre mal, ó mejor dicho, no discurre. Se le conduce; se le hace ver gentes rebosando de hartura mientras él tiene el estómago vacío; se le dice que todos los hombres son iguales, y que eso no es justo. Le basta: coge el hacha y la piqueta, y se lanza á descargar sus golpes sobre el edificio social; después se hará el reparto.

¿Qué puede en tal caso hacer la razón humana con el pobre?

¿Demostrarle que obra mal?... Sermón perdido... Así que, no pudiendo persuadirle la paz, se la impone. Hace con él lo que se hace con una fiera; le envuelve en la red de sus leyes, le sujeta con cuerdas más gruesas y nudos más fuertes, dobla y triplica sus cadenas, y cuando le juzga bien amarrado, se echa á descansar y duerme tranquilamente.

Así prende y enlaza la araña á las moscas, y generalmente no se le escapan.

¿Pero creéis que puede sujetarse de igual modo al gran pueblo de los que sufren? ¿Creéis

que los encadenaréis con las telas de araña de vuestras leyes? ¡Ea, pues, á ellos!

¡Ah! no, ¡un rugido suyo basta para que todo tiemble!

Recordad; veinte años hace, el pueblo, ese pueblo se apoderó del poder en una gran ciudad que acababa de ser hollada por el pie del vencedor. Y se llamó á sí mismo La Comune y fué soberano.

Necesitóse un ejército para combatirle, un sitio en regla para reducirle, y cuando apretado por el cuello exclamó: «¡Perdón!» fué sobre las ruinas humeantes de los incendios y sobre los cadáveres despedazados de sus rehenes.

Quedó entonces desangrado el bárbaro; y vosotros le juzgáis para largo tiempo fuera de combate.

Mas aguardad, que no tardará en volver á las andadas!

¡No cabe duda!

¿Es la razón la que lucha aquí? No, es la fuerza, es el número.

Pues contaos vosotros, ricos.

Yo contaré á los pobres.

¿Qué sois vosotros ante ellos?

¡Un puñado ante inmensa muchedumbre!

Y cuando esa muchedumbre se una contra vosotros, y contra vosotros acuda rugiendo de

todos los puntos de la tierra..., ¿creéis vosotros, puñado insignificante, que obtendréis el triunfo?

Sí, si Dios está con vosotros; si no..., preparaos á morir.

Poned, pues, á Dios de vuestra parte, Señores.

Él puede salvaros, pues aún podéis ser salvos. Pero con dos condiciones. La primera es, que lleguéis á impregnar del pensamiento de Dios y de su doctrina el alma del pobre, y hasta la médula de sus huesos. La segunda es, que lleguéis á impregnaros también vosotros mismos; vosotros mismos ¿lo oís?

Réstame exponeros esta doctrina, esta teoría cristiana sobre la desigualdad de las riquezas.

Permitidme referiros unas palabras del P. Ventura en la oración fúnebre del gran patriota irlandés O'Connell. Decía así:

«Si los reyes—aplicadlo igualmente á los poderosos y los ricos—si los reyes se dejan penetrar del elemento pagano esencialmente despótico, renunciando al elemento cristiano esencialmente liberal (1), como que todo es

(1) Entiéndase *amante de la libertad justa y verdadera*, según la explica Su Santidad León XIII en la Encíclica LIBERTAS, no de la libertad libertinaje, cual la entienden los *liberales*, irreconciliable con la doctrina de la Iglesia,

caridad, y no quieren comprender la doctrina sobre la libertad religiosa de los pueblos y la independencia de la Iglesia, que constituyó la seguridad y formó la gloria de sus antepasados, la Iglesia sabrá muy bien pasar sin ellos. Volverá sus ojos á la democracia, bautizará á esa heroína salvaje, la hará cristiana, le imprimirá en la frente el sello de la consagración divina, y le dirá: Reina; y reinará».

Cuando el ilustre orador pronunció estas palabras, hace ya cincuenta años, los sabios movieron la cabeza y tal vez se encontrarían entre ellos quienes le trataran de visionario.

Pero se han sucedido los días á los días, y he aquí, Señores, que nosotros vivimos en los tiempos entonces profetizados.

Si miro al rostro de la Iglesia, véole vuelto hacia el pueblo y los pequeñuelos. ¿Á quién de vosotros no ha pasmado la autorizada voz del Papa, tomando parte en nuestras luchas sociales y poniéndose del lado del obrero y el débil?

¿Quién de vosotros no ha oído resonar, vibrante como una espada de combate, la palabra

como diametralmente opuesta á la verdad y á la justicia, y cien veces maldecida y condenada en todos sus grados y matices por los Vicarios de Cristo desde Pío VI hasta León XIII. (N. del T.)

del Cardenal Manning, abogando por los cargadores de los muelles de Londres?

¿Quién no ha seguido los pasos de los Pastores de Israel y oído sus voces en defensa de los más desvalidos de su grey, de los infelices obreros?

¿Á quién por fin no han conmovido los ecos de los grandes congresos de Lieja?

Se dirige, pues, la Iglesia de Cristo á la salvaje heroína y le predica... Y ¿qué, Señores, qué nueva ley predica á ese mundo nuevo, á esa nueva sociedad presta á nacer de entre los escombros de la nuestra ya decrepita?

Siempre el mismo viejo Evangelio.

Pues ¿cómo es que el metal de su voz se nos hace nuevo, y nuevo también el discurso que brota de sus labios?

¡Ay! ¡entendemos tan poco el Evangelio de Cristo y lo olvidamos tan presto!

¿Qué es lo que el Santo Libro nos dice del rico y del pobre, del grande y del pequeño, del patrono y del obrero?

Vedlo aquí:

Como foco de luz y base fundamental de su doctrina pone desde luego la definición neta y precisa de la vida del hombre.

¡Ah! cierto, una cosa que debíamos tener muy bien sabida todos, pues vivimos. Y sin

embargo, vosotros no la sabéis, ó al menos vivís como si no la supierais. Apuesto á que si os preguntara, me responderíais: la vida del hombre, ¡bah! pues no es otra cosa que esa medida variable de años que trascurren desde la cuna hasta el sepulcro.

Pero no, no es eso; lo que vosotros llamáis vida, apenas si llega á ser en ella un accidente fugitivo.

La vida del hombre comienza en el punto mismo en que Dios infunde en la carne mortal un alma que no muere. Á partir de aquella hora el hombre vive, y esto para siempre jamás... Se amontonarán los siglos cual montañas, y ese hombre continuará viviendo siempre. Reconstruíd con el pensamiento la carrera de los siglos, comenzadla de nuevo, volvedla á comenzar sin fin... ese hombre continuará siempre viviendo.

De Isabel de Inglaterra se cuenta que en la fiebre de su grandeza y poderío, enloquecida por las gloriás de su corona, exclamó un día: «Déme Dios cuarenta años de reinado, y del *resto* me importa una higa». Reinó en efecto los cuarenta años día por día; murió vieja, llena de achaques, despreciada, maldecida. Esto hace ya 300 años. Pero Isabel vive todavía: más; al cabo de esos tres siglos, apenas si se halla en el primer momento de ese *resto*, de ese resto.

tan á bajo precio cedido; y delante de sí tiene la eternidad, lo infinito.

El cuerpo muere, ¡el hombre no muere!

¡Cuarenta, sesenta, cien años ante ese imponderable «siempre», confesadlo, son cifras verdaderamente irrisorias!

Por esto os decía poco ha, que la vida del hombre en la carne apenas si es un incidente en su vida total, en su vida real y verdadera.

De consiguiente, para apreciar como es debido la importancia y valor de una cuestión que se refiera al hombre, es preciso desde luego y ante todo preguntarse á qué punto de su vida se refiere.

El oro, la riqueza, la fortuna son cosas capitales aquí abajo, no lo niego, cosas de suma importancia mientras dura el incidente. Pero cosas inútiles, absolutamente inútiles, inútiles en todo el rigor de la palabra allá, donde sigue el *resto*, es decir, mientras dura el hombre, el hombre inmortal á través de los siglos que pasan.

Llama uno aquí abajo á la puerta... ¿Quién es? Es un rico, tiene el oro á montones... ¡Oh! ¡qué pronto se abrirá la puerta y cómo se inclinarán ante él los criados, qué reverencia le hará el mayordomo!

Que el mismo personaje llame allá arriba y

se apresure á dar el mismo nombre y título vencedor: Yo era rico, tenía el oro á montones... De este lenguaje San Pedro no entiende ni palabra; como que ni aquí en la tierra se cuidó jamás de aprenderlo, pobre pescador, y mucho ménos lo pudo aprender allá en el cielo.

No conozco, Señores, contraste más imponente entre lo que los predicadores llaman espíritu del mundo y el espíritu de Dios, que esa brusca trasformación, ese trastorno radical de las ideas humanas acerca del oro.

Aquí lo es todo; allí no es nada. Aquí lo da todo; allí no da nada. Aquí suple por todo; allí no sirve para nada. ¡Nada, nada vuelvo á deciros!

¿Os acordáis del rico de la Escritura, de sus palacios, de sus servidores, de su lujo, del esplendor de sus orgías... y de Lázaro?

Lázaro, miserable pordiosero, tendido junto á la puerta del rico, mendigando las migajas que caían de la mesa y dejándose lamer de los perros.

¡Oh! aquí ¡cómo le barrerían del camino, para dejar expedito el paso al rico! ¿Pero allá?... «Ven, hijo mío, le dirán, ven á mis brazos, pues has sufrido mucho, y en la prueba has permanecido fiel».

Y no me digáis que me pierdo en leyendas

trasnochadas, pues no hago sino repetiros la doctrina purísima del Evangelio; lo mismo que á voces os está diciendo la Iglesia, no ayer, sino hoy mismo. ¿No os acordáis? En las gradas de un templo acaba de recoger á un pobre mendigo, anciano, extenuado, harapiento, descalzo, que con su hortera á la cintura tendía la mano suplicante á los transeuntes en demanda de limosna. Sí, la Iglesia le ha levantado del suelo, y contemplando su alma y viéndola recta, pura, sin mancha, ha cogido á ese pobre, le ha colocado sobre sus altares, le ha ceñido la sien con nimbo de gloria, y volviéndose luego á todo el mundo ha dicho: «¡De rodillas! ¡De rodillas ante mi pobre!... ¡De rodillas ante mi justo mal cubierto de andrajos!»

Luego, Señores, en la vida del hombre, tal como la concibe la mente cristiana, el oro es tan poca cosa, que se debe tener por nada; porque si vale algo en la vida temporal, esta vida es tan irrisoriamente corta, que casi pasa inadvertida. Es, lo que son en matemáticas esas cantidades que absolutamente no podrían llamarse nulas, pero que comparadas con otras infinitamente mayores, llegan á ser en todo rigor despreciables.

Síguese de aquí, que desde el punto de vista cristiano, la cuestión, «por qué soy yo

pobre, por qué tal otro es rico», pierde de un golpe toda su importancia, y tan secundaria es en realidad que, parece locura detenerse en ella.

Otra es la cuestión que lleva aquí la primacía. El intervalo de tiempo fugitivo que constituye lo que el hombre llama «su vida», está determinado por Dios como un tiempo de prueba, tiempo durante el cual ensaya Dios la voluntad libre del hombre.

Lo que importa, pues, al hombre es mostrarse fiel, es corresponder á las esperanzas del divino ensayador y servirle mientras dure la prueba. Y esto sólo es lo que importa, puesto que el fin y blanco de la presente vida se encuentra ahí, y únicamente ahí.

Ahora bien, Señores, este ensayo puede hacerse en las circunstancias más diversas, en la pobreza como en la riqueza, en la enfermedad como en la salud, en la tempestad como en la bonanza, pues Dios tiene en cuenta y mide esos elementos diversos, y aprecia no el hecho material sino la parte que la voluntad humana tiene en él. En consecuencia de lo cual todas esas desigualdades que dividen á los hombres llegan á ser por completo indiferentes. Importa poco ser rico ó pobre, sano ó enfermo, agudo ú obtuso, príncipe ó vasallo, puesto que se puede

servir al Señor en todas esas condiciones extremas, y en las unas como en las otras guardarle un corazón amante y fiel.

¡Ah! ¡si el oro, si las riquezas facilitasen la virtud!... ¿Pero no sabéis que la comprometen?

Siempre me ha llamado la atención, dice no recuerdo en qué parte Lacordaire, la incapacidad divina de los dichosos y de los ricos.

¿Y quién no ve que agregar á las debilidades de la naturaleza humana todas las facilidades que proporciona la fortuna, y cuando la pasión aguijonea y clama, tener oro para abrirle de par en par todas las puertas que á su satisfacción conducen, es demasiado, verdaderamente demasiado para que nuestra energía se sostenga firme y no desfallezca?

El que en esta vida lo tiene todo á su mandar, el que ha podido acostumbrarse á no rehusar nada á sus deseos, ¿cómo queréis que sepa, llegado el momento crítico, sustraerse á la pasión que le invade y le arrastra?

Quien no ha sufrido ¿cómo queréis que sepa vencerse é imponerse el compromiso de no gozar?

He aquí, Señores, por qué el mismo viejo Evangelio no cesa de repetirnos estos dos grandes gritos que eternamente reteñirán en los oídos del olvidadizo género humano. ¡Bienaven-

turados los pobres! *Beati pauperes*. ¡Ay de vosotros, ricos! *Vae vobis divitibus*.

Entendedlos de este mundo y de la vida que en él pasamos, y no tienen sentido; porque manifiestamente aquí... padece el pobre, y manifiestamente también aquí... goza el rico.

Pero entendedlos de la vida definitiva, de la vida real del hombre, de la única importante, porque solo ella es para siempre; ¡ah! entonces vosotros sois los dichosos, mis queridos pobres; y al contrario, vosotros sois á quienes compadezco y por quienes temo, pobres ricos.

En verdad que los primeros son ya últimos y los últimos primeros. *Erunt novissimi primi et primi novissimi*.

Luego hasta aquí, Señores, la teoría cristiana no niega las desigualdades que la riqueza establece entre los hombres. Ni niega el derecho de los propietarios, antes lo afirma y lo defiende. Se limita á conceder á semejantes cuestiones muy poca importancia. El don del oro es á sus ojos muy exiguo, es fútil, es peligroso! *Vae vobis divitibus!*

Si yo me detuviese aquí, sería contentarme con un triunfo demasiado fácil. La solución que acabo de daros es para la otra vida. ¿No hay

alguna para la vida presente? Porque, en fin, por fugitiva y rápida que sea, en ella padece el pobre, en ella llora.

«¡Qué injusticia, exclama Bossuet, aun en esta vida, el que los pobres lleven toda la carga, y que todo el peso de las miserias vaya á gravitar sobre sus espaldas! Por cierto, que si de esto se quejan y murmuran contra la Providencia, no es sin algún color de justicia. Estando todos formados de una misma masa, y no pudiendo haber gran diferencia entre barro y barro, ¿por qué hemos de ver de un lado el goce, el favor, la abundancia, y de otro la tristeza, el desamparo, la extrema necesidad, y por añadidura, el desprecio y la servidumbre? ¿Por qué este hombre tan afortunado ha de vivir en tal abundancia que pueda satisfacer sus más raros é inútiles caprichos, mientras que este miserable, tan hombre como el primero, no ha de poder sostener su pobre familia, ni apaciguar el hambre que le devora? En tan extraña desigualdad, ¿podría justificarse á la Providencia en la repartición de los tesoros que Dios acumuló para entre iguales, si por algún otro medio no hubiera provisto á las necesidades de los pobres y restablecido cierto nivel entre los hombres?»

Cuál sea ese otro medio, lo determina luego el incomparable orador, y os suplico que leáis

todo su discurso vosotros mismos, pues yo tengo miedo de lo que os voy á decir, y siento la necesidad de escudarme con su nombre. Tiene un título muy á propósito para lastimar vuestros oídos. Escuchad: «Sobre la eminente dignidad...» ¿de quién? ¿De los reyes? ¡No! ¿De los ricos? No. ¿De los grandes?... No, Señores, de los pobres. «Sobre la eminente dignidad de los pobres».

El medio que justifica á la Providencia es la Iglesia; pero ved cómo la entiende Bossuet; cito sus propias palabras:

«La Iglesia, dice, es la ciudad de los pobres... la Iglesia de primer intento no se fundó más que para los pobres... los ricos no tienen puesto ninguno en ella; los pobres y los indigentes son sus verdaderos ciudadanos... Los ricos, no temo decirlo—es Bossuet quien sigue hablando—sólo son admitidos en ella por tolerancia; á los pobres y á los indigentes, que llevan la marca y el carácter del Hijo de Dios, es á quienes pertenece propiamente el ser en ella recibidos».

¡Cómo! ricos, ¿y seréis vosotros excluidos de las gracias de la redención? ¿y estarán para vosotros cerradas las puertas de la Iglesia?

«No, responde Bossuet, Jesucristo recibirá en ella á los ricos; pero á condición de que sirvan á los pobres». ¿Lo oís, Señores? «á condición

de que sirvan á los pobres, á fin de que la abundancia de los unos supla á la escasez y falta de los otros, y sobre lo superfluo de los opulentos tengan su asignación los necesitados».

¡Ah! Señores, tenéis por tanto un oficio que cumplir en la Iglesia de Jesucristo, tenéis un papel que desempeñar en la regeneración social, y vedle aquí descrito en términos magníficos.

Es preciso que vuestra abundancia supla á la miseria del pobre... es preciso que el pobre tenga su asignación sobre lo superfluo de los ricos.

De vosotros y por vosotros ha de vivir el pobre. Á vosotros lo ha confiado Dios; á vosotros os pedirá cuenta de su vida. Rico, rico, ¿qué has hecho de tu hermano el pobre?

¡Ah! os lo suplico, no respondáis «que no estabais encargado de él...» Esa fué la respuesta del primer asesino, del asesino de su hermano, y, después de tantos siglos, todavía lleva su raza el estigma de la venganza de Dios.

La limosna, pues, y el servicio hecho á los pobres son los medios ordenados por Dios para restablecer la igualdad entre los hombres. ¿Pero cómo se ha de entender esto?

No hay cuestión más delicada que la del deber de la limosna. Cuando tratan de resol-

verla los moralistas, deseosos de no recargar demasiado los hombros cada vez más débiles de los hijos de Adán, la reducen á proporciones tan diminutas, que no puede uno ménos de admirarse. Fuera de los casos de necesidad extrema, he aquí cómo proceden. Suponen cierta renta: separan de ella lo que es necesario para el sostenimiento decoroso de la familia y casa, y las reservas convenientes para el porvenir. Lo que resta lo llaman superfluo; y de ello unos dicen que debe darse á los pobres la décima parte, otros que la vigésima, y otros, en fin, que la quincuagésima. Los más prudentes exponen principios, dan consejos y no determinan cantidad precisa.

Este es el deber, el deber estricto, riguroso de la caridad cristiana. Quien se atiene á él, no peca mortalmente.

Pero, permitidme que os lo diga, el que únicamente se atiene á él y á él se limita, no sabe lo que es amar!... Amar... amar á los pobres, en la doctrina de Jesucristo, ¿sabéis lo que es?...

Acababa Nuestro Señor de subir al cielo; la tierra conservaba todavía la huella de sus plantas y las manchas de su sangre; el aire que circulaba por la Judea se hallaba aún embalsamado con el perfume de su presencia; los cora-

zones de sus apóstoles y de sus discípulos sentíanse recién caldeados por la llama del divino corazón.

Estaba naciendo la Iglesia; los fieles vivían en el manantial, en medio de la luz; el espíritu de Dios acababa de soplar sobre todos ellos... ¡Oh! sí, era la Esposa de Cristo, enteramente virginal, toda pura, toda amable, toda amante, recién salida de las divinas manos, palpitante aún de su amor y embellecida con la púrpura de su sangre. Escuchad bien, voy á referiros lo que en ella pasaba; y ya no soy yo el que os habla, ni siquiera Bossuet, es Dios en nuestros libros santos.

«Toda la multitud de los fieles tenía un corazón y una alma; ni había entre ellos quien considerase como suyo lo que poseía sino que tenían todas las cosas en común. Así es que no había entre ellos persona necesitada, porque todos los que tenían posesiones ó casas, vendiéndolas, traían el precio de ellas y lo ponían á los pies de los apóstoles, el cual después se distribuía según la necesidad de cada uno» (1).

¡Esto es amor!

Entre esos dos extremos en vuestra mano está, Señores, escoger el puesto que os agrade.

(1) Hech. de los Apóst. cap. IV, vs. 32, 34 y 35.

De un lado... el deber estricto.

De otro... el heroísmo del amor.

Allí la décima, vigésima ó quincuagésima parte de lo superfluo.

Aquí ese sacrificio magnánimo y completo.

El espacio intermedio es grande, ya lo veis, y en él toman puestos muy diversos las almas. Escoged el vuestro, Señores; pero no olvidéis que Jesucristo está del lado del amor.

Tal vez os asusto.

¡Ah! con frecuencia oigo decir en torno mío que no se restablecerá el orden social mientras no se vuelva á la idea cristiana... Pues bien, la idea cristiana es la que acabo de exponeros... Acaso creáis vosotros que en el plan cristiano el pobre tendría que resignarse, y es verdad; pero que vosotros no tendríais más que dejaros conducir dulcemente al placer... Os habéis engañado... ¡También de vosotros espera sacrificios la ley de Cristo! ¿Pero exige del rico desprendimiento semejante al de los fieles primitivos? Ya os he dicho que no... No lo impone, lo espera. Infunde en los corazones el amor, y luego dice: ¡Eal...

¿Y á dónde? Permitidme que os lo diga otra vez... «No había entre ellos persona necesitada; porque todos los que tenían posesiones ó casas, vendiéndolas, traían el precio de ellas y lo po-

nían á los pies de los apóstoles, el cual después se distribuía según la necesidad de cada uno».

Ciertamente, no era esto una ley; Jesucristo no había impuesto precepto de ello á nadie. Y el mismo apóstol San Pedro tiene buen cuidado de recordar á Ananías su derecho de conservarlo todo: «¿Cómo ha tentado Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo, reteniendo parte del precio de tu campo? ¿Quién te quitaba el conservarlo? Y aunque lo hubieses vendido, ¿no estaba su precio á tu disposición? Pues ¿á qué fin has urdido en tu corazón tal engaño? No has mentido á los hombres, sino á Dios» (1).

No, no era esto la ley, y menos lo es hoy día. Pero era la práctica.

Era la práctica, y alentados del amor, ninguno había vacilado... «Todos», es la palabra del sagrado texto, todos habían vendido y todos habían entregado... ¿Pues qué misterio se encierra en esto? ¿De dónde procede esta inspiración y este aliento?... ¿Queréis saberlo?

De Cristo.

«Maestro, ¿qué debo hacer yo para alcanzar la vida eterna?—Guarda los mandamientos». He ahí la ley.

(1) Hech. de los Apóst., cap. v, vs. 3 y 4.

«Maestro, todo eso lo he practicado desde mi niñez... ¿qué me resta hacer?— Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo á los pobres, y luego ven y sígueme». ¡He ahí el misterio!

En la Iglesia edificada por sus divinas manos, Jesucristo va á entresacar una raza elegida, un núcleo de predilección, un pueblo de perfectos. Á estos no les basta la simple vida cristiana, tienen que abrazarla en toda su delicadeza; no les basta el deber y la ley, Jesucristo les exige la perfección de la ley y del deber... Venid, les dice, y seguidme. ¿Y por qué señal podremos reconocer, oh divino Maestro, á esos vuestros fieles seguidores?... ¡Mirad, esos lo han vendido todo, y habiéndolo dado á los pobres, se han hecho pobres con los pobres, por amor de mí pobre como ellos!

Y en efecto, Señores, mientras duren los siglos veréis germinar esa raza, la raza de los pobres por amor. En los desiertos de la Tebaida, en las grutas de Palestina, á la sombra de los palacios de Roma, tras los muros de nuestras viejas abadías, en los campos y en las ciudades, en todas partes la veréis nacer, crecer, florecer y producir su fruto.

La veréis construir palacios ¿para quién? para los pobres. Veréis llamar á las puertas de vuestras casas, y sonriendo en el umbral tenderos la mano, ¿para quién? para los pobres.

La veréis por las calles recoger á los huérfanos, á los enfermos, á los ancianos, á todos los que padecen, á todos los abandonados, y llevarlos á reposar en mullidos lechos, y vendarles con sus tiernas manos las llagas y las heridas, y sonreirles por vez primera, á esos desheredados á quienes jamás sonrió nadie, y derramar un poco de dulzura y de felicidad en esas vidas tan profundamente empapadas en amargura. ¡Eso lo veréis todos los días!

Lo que Dios siembra no muere.

Hay en las bóvedas de la basílica de Asís, pintado por el casto pincel de un fraile inmortal, Giotto, un fresco admirable.

À las preguntas que un día dirigieran á Francisco sus compañeros del mundo, sorprendidos de encontrarle soñador, había él respondido: «Sí, busco una esposa, trato de desposarme con una dama, la más noble, la más rica, la más bella que hubo jamás en el mundo».

Y allí, en aquellos muros, está pintada su esposa; divinamente bella en efecto, pero pálida, demacrada, con el vestido hecho jirones: es la pobreza de Cristo; un perro se abalanza ladrando

contra ella, dos chiquillos le arrojan piedras y siembran de espinas su camino. Ella sonriente tiende la mano á Francisco, y Jesucristo une á los dos esposos. Y como si aún hubiese pocos del cielo y de la tierra para asistir á las bodas de estos dos mendigos, aparece entre alados espíritus angélicos la majestad del Eterno en ademán de bendecirlos.

He concluído, Señores.

Se ha dicho: Los reyes se van. Lo cierto es que los pueblos llegan.

La salvaje heroína va creciendo.

Pues bien, una de dos: Ó no inclina su frente ante la Iglesia; y entonces no hallo palabras para describiros la barbarie adonde vamos.

Ó se deja bautizar por Jesucristo; y entonces os anuncio la paz, la paz en el amor y en la caridad del Señor.

Resumiendo lo dicho: en la idea cristiana la repartición desigual de las riquezas, y en general de las condiciones de la vida, ofrecen un interés secundario; porque no alcanza más que á un período muy secundario de la vida humana, y no contribuye nada al logro seguro de la vida definitiva.

Hasta en el período fugitivo y rápido de la vida presente esa desigualdad queda desvane-

cida por la caridad y la limosna, cubriendo la opulencia del rico á la desnudez del pobre, sirviendo al pobre el rico, conservando el rico el pleno derecho, el derecho natural é inalienable á sus riquezas, pero cediendo, por un libre y generoso movimiento, una buena parte de ellas al pobre. Esa espontánea donación del oro restablece la igualdad destruída y hace que cante la gratitud allí donde lloraba la miseria.

He ahí, Señores, la solución cristiana. Ella vuelve al mundo al revés, bien lo sé, pero es el único medio de ponerlo derecho.

Si me preguntáis cómo el hombre, en virtud del bautismo, puede trasformarse así y de rechazo trasformar las sociedades humanas, os explicaré ese misterio en una palabra. Es que la virtud de Cristo realiza un cambio completo en las almas; las vuelve hacia fuera en vez de replegarlas hacia dentro, arranca de ellas las profundas raíces de esa venenosa planta que se llama egoísmo, y siembra en su lugar los fecundos granos que se llaman amor, abnegación, sacrificio.

«¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!» clama la naturaleza humana. Y el cristiano responde: «Jesucristo ha muerto por nosotros; justo es, pues, que nosotros sepamos morir por nuestros hermanos».

¡Ah! Señores socios de las Conferencias de San Vicente de Paúl, ¡qué á gusto me he hallado entre vosotros para exponer estos grandes principios de la vida cristiana!

Entre vosotros, que los comprendéis y los practicáis.

Vosotros no lo habéis dado todo á los pobres, ni el Señor os lo exigía; pero les habéis dado lo mejor de vosotros mismos: ¡vuestro corazón! ¡No os habéis desposado con la pobreza; pero os habéis desposado con los pobres! ¡Y los amáis, como Cristo los amaba!

La limosna, la caridad, para quien la recibe, tiene yo no sé qué de humillante y de penoso. Ante ella un alma altiva se yergue, se rebela, y con frecuencia sólo el hambre, la horrible hambre le hace bajar la frente y resignarse.

¿De dónde procede que sin embargo entre vuestras manos se le dé la bienvenida?... De que, á ejemplo de nuestro divino Maestro, vosotros sabéis amar y respetar al pobre en su miseria, de que sabéis cuál es su puesto en el misterio de la regeneración del mundo, de que sabéis que en la Iglesia goza él de más consideración que vosotros.

Habéis tenido poco después de Jesucristo un precursor incomparable: San Pablo.

Hallábanse los fieles de Jerusalén en una

gran penuria, y San Pablo se encargó de ir allá á llevarles socorros. «Entretanto, hermanos míos, escribe á los Romanos, encarecidamente os suplico por Nuestro Señor Jesucristo, que me ayudéis con las oraciones que hacéis á Dios por mí, para que... la ofrenda que voy á llevar á los fieles de Jerusalén les sea grata» (1).

«No dice la limosna que voy á hacerles, observa Bossuet, ni la asistencia que voy á prestarles, sino la oblación de mi ministerio, la ofrenda que en cumplimiento de mi encargo y ministerio voy á presentarles... Se pone mucho más cuidado en las ofrendas, en los presentes, en los regalos que en las limosnas, y hay cierto arte de realzar el precio de lo que se da por la manera y circunstancias de ofrecerlo. Y de esta manera es como San Pablo atiende á las necesidades de los pobres. No los mira solamente como desgraciados á quienes hay que socorrer; los considera como personas á las cuales, si se me permite la expresión, hay que hacer la corte. Por esto no juzga bastante que su donativo les alivie; desea que su servicio les agrade, y para obtener esta gracia, implora las oraciones de toda la Iglesia».

(1) Rom. cap. xv, vs. 30 y 31.

Así obráis vosotros, Señores; y ¿qué más podría añadir yo, sino alentaros y bendeciros?

Pero hay quien os bendiga mejor que yo.

La caritativa Santa Isabel encontró un día, no lejos de su castillo la Wártburg, á un pobre tendido en el camino, extenuado y moribundo. Tomóle en sus brazos, llevóle al castillo, le lavó, le vistió, le alimentó, y como estaba rendido de cansancio, le acostó en su propio lecho.

Sucedió, pues, que velando ella junto al pobre, entró el Duque su marido. Algunos comensales que tachaban de locura la caridad de la Duquesa, dieron aviso al Duque de aquel nuevo exceso á que la había conducido su divino amor hacia los pobres.

El Duque, irritado, se precipitó en la cámara y bruscamente descubrió el lecho.

Ya no había pobre alguno.

Mas en el sitio en que había dormido el pobre, reposaba un gran crucifijo ensangrentado, con los brazos extendidos.

A. M. D. G.

EL MAL DEL MUNDO

OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

EL MAL DEL MUNDO

CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO

IMPRESA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7.

—
ES PROPIEDAD
—



SEÑORAS, SEÑORES:



AY un tema tan viejo como el mundo: el mundo mismo. De nada se ha hablado más, ni se ha escrito tanto. Poetas, pensadores, filósofos, teólogos y moralistas, todos le han encontrado en su camino, y todos se han detenido delante de él. Todos le han juzgado, muy pocos le han absuelto: y es maravilloso que, partiendo de considerandos muy diversos, todos hayan formado de él juicios perfectamente acordes.

Y mientras que en todos los tiempos se sirvieron de él, los poetas para henchir de armonía sus versos, los pensadores para despojarle de sus disfraces y para sorprender sus secretos, los filósofos para cubrirle con sus desdenes y los teólogos y moralistas para herirle con sus ana-

temas; siempre y en todo tiempo han leído todos á esos poetas y escuchado con placer á esos pensadores y filósofos y aun á los mismos teólogos y moralistas. Se rebelaban algunos contra lo que se daba en llamar severidades excesivas, protestaban otros de la aspereza de algunas críticas; pero no había nadie que en el fondo de su conciencia, al menos en determinados momentos de la vida, al verse engañado y vendido no exclamase: «¡Es cierto! ¡en efecto, este es el mundo!»

La verdad es que se mira con cariño tema tan viejo. Nos gusta hablar y oír hablar de él.

¡Señores, yo no me admiro!... ¡Nada hay que hiera más profundamente nuestro espíritu! También á mí me solicita este argumento y me voy á dejar arrastrar de él.

¡Oh, bien sé lo que me vais á decir! Me vais á decir que es muy imprudente hablar de lo que no se conoce y que, no siendo yo del mundo, no puedo conocerle.

En efecto, es verdad, yo no me encuentro envuelto en el tráfago del mundo; pero las noticias que de él os voy á dar... es él mismo quien me las ha comunicado. No tiene el mundo su casa tan herméticamente cerrada, que no se pueda ver su interior por puertas y ventanas. Por otra parte, no tiene grande afición al secre-

to; y lejos de imponer á sus invitados ningún género de silencio, tiene mucho cuidado en asegurarse de que los periódicos narrarán los pormenores más insignificantes de sus fiestas, ponderarán los títulos de sus invitados y los tocados de sus mujeres, contarán las bujías de sus candelabros y hasta las orquídeas y rosas que llenan sus azafates.

Si fuera de esto hay algo que se oculta, los libros, las novelas, ese documento humanado en el realismo de su sinceridad contemporánea lo revela y pone al descubierto y lo exhibe bajo la triste y clarísima luz que el sol de Dios derrama sobre tan abominables desvergüenzas.

Y caso de que no estuvieren á mano estos libros, no dejará de llegar á vuestros ojos la roja luz de los grandes dramas que se desarrollan ante los tribunales de justicia, siniestro resplandor que ilumina repentinamente tan negra noche.

Con esto, ¿no tenemos más de lo que queremos?

Pero yo voy más lejos. No, yo no estoy mezclado en el tráfago del mundo... Pero sin duda que por esto mismo puedo juzgarle mejor. ¿Creéis acaso que sobre el escenario de un teatro puede un actor juzgar del conjunto de la tragedia ó del drama?

¡No ciertamente! porque está demasiado pre-

ocupado de su papel, al cual todo lo refiere como á su centro.

El bueno y verdadero juez es su auditorio; porque ve desde más alto y ve mejor, pues ninguna preocupación personal falsea su punto de vista, ni extravía su atención.

Yo no tengo papel que desempeñar en la escena del mundo, yo soy de aquellos que desde lejos y desde muy alto miran cómo se desenvuelve la comedia.

Vosotros no estáis tan lejos del día en que hicisteis vuestra entrada en el mundo, para que yo no pueda apelar á vuestros recuerdos. Nos despedimos, al fin, nosotros, Señores, de nuestros colegios y vosotras, Señoras, de vuestros conventos.

Á todos se nos había hablado del mundo con cautela. Nuestros maestros con solemnidad grave y con mirada severa nos habían dicho que era alegre, pero traidor; y vuestras maestras con palabras llenas de emoción y terror os dirían casi lo mismo.

Nos poníamos, pues, en contacto con este mundo bajo la influencia de la sensación de una cosa desconocida, encantadora y temible al mismo tiempo. El encanto nos atraía y por

eso íbamos en pos de él; pero con paso circunspecto y receloso, porque el temor nos hacía mirar sobre nuestros pasos.

Cierto que era cosa bien desconocida para nosotros, porque apenas se nos había descrito el personaje en cuestión, antes bien nos le encubrían con prudente cuidado y solícitos de cerrar hasta los bordes del velo que nos le ocultaba, á fin de que nuestras intemperantes miradas no pudieran descubrir sino sólo su sombral... Cierto, era para nosotros cosa bien desconocida; y el atractivo satánico que lo desconocido ejerce siempre en nuestras pobres almas, se unía en nosotros á las seducciones que se nos habían anunciado.

¡Esto era ya más que lo desconocido, era lo vedado! Iba á sonar la hora en que pudiéramos quedar hasta el fin en los festines y saraos, en que ya no se nos mandaría separarnos ó retirarnos cuando las personas mayores tuvieran *cosas que decirse*; la hora en que íbamos á morder la manzana de la ciencia del bien y del mal, guardada hasta entonces por tantas barreras infranqueables y lejos de nuestros ávidos dientes.

El deseo y el temor se dividían nuestros corazones; pero, tal es la condición de la naturaleza humana, que el deseo triunfaba del temor; ¡y tanto! Nuestros maestros y maestras podían,

á nuestros ojos, haber exagerado: esto entraba en sus costumbres, ellos veían peligros y crímenes por todas partes.

Después de todo, nuestros padres y madres habían vivido y vivían en este mundo temeroso y no se habían muerto; un hermano, la hermana mayor, un primo y una prima se divertían allí hasta el delirio... En verdad que no debía de ser cosa tan temible...

Bien pueden los ratones decir á los ratoncitos:

Hijo mío... ese dulce es un gato.

Jamás los ratoncillos lo creerán: y tanto ellos como sus hermanas las ratas exclamarán:

... Me supo tan bien!
 Él es aterciopelado como nosotros,
 Pintado y de larga cola, tiene presencia humilde,
 Semblante modesto, pero vista penetrante.
 Yo le creo muy simpático
 Á los señores ratones; porque tiene las orejas
 Muy semejantes á las nuestras (1).

Más tarde, si logran escapar de sus garras, antes de morir en ellas, el velo se habrá des-

(1) ... Il m'a semblé si doux.
 Il est velouté comme nous,
 Marqueté, longue queue, une humble contenance,
 Un modeste regard et pourtant l'oeil luisant.
 Je le crois fort sympathisant
 Avec Messieurs les rats; car il a des oreilles
 En figure aux nôtres pareilles.

corrido y exclamarán haciendo una confesión tardía: «¡Cierto, madre tenía razón, era un gato!»

Siempre que nuestro pensamiento nos ponía en contacto con esta perturbadora incógnita, formábamos sobre las cosas, los hombres y la vida, conceptos muy claros y luminosos. Estos conceptos fueron la base y cimiento de nuestra educación cuando éramos jóvenes; así como debían ser más tarde el centro en torno del cual se desarrollase nuestra existencia.

¡La vida!... nosotros sabíamos perfectamente lo que era la vida. Un tiempo breve y rápido que Dios nos otorgaba para amarle y servirle y para nada más. Una prueba, un período de ensayo de nuestra libertad, un campo de batalla donde á punta de lanza debíamos conquistar nuestro eterno destino.

¡Los hombres y las cosas!... también sabíamos lo que eran. Medios para nosotros de llegar á nuestro fin, no el fin mismo; instrumentos para trabajar en la gran obra, y como lances diversos de esta gran partida de juego en que jugamos nuestro porvenir eterno!

Comprendíamos todo esto... no por experiencia, es cierto, sino por magisterio y por fe.

Tal era el punto de vista desde el cual comprendíamos nosotros la vida.

Caminábamos en medio de esta luz con el ardor y generosidad magníficos que caracterizan el frescor primaveral de las almas.

Acabáis de ver al joven y á la joven bajo la emoción que causan los primeros pasos.

En cuanto á mí, no me cansaré de repetirlo, yo no conozco cuadro más bello.

¡Qué bellos son esos ojos tan profundos y tan límpidos!... y esos labios sobre los cuales la bondad suspende su sonrisa, y esa alma tan blanca y tan pura y ese corazón del que se desbordan la generosidad y el amor!

¡Oh juventud! ¡oh flor de la humanidad! ¡oh frescura de las almas!... ¡Por qué te desvaneces tan presto!... ¡Por qué no podemos volver á encontrarnos en nuestra vida!

¡Ah! es cierto que hay ignorancias é ilusiones en estas almas: pero ¡cómo embelesan esas ignorancias y qué generosas son esas ilusiones!

Dejadme amarlas y bendecirlas.

¡Es tan agradable contemplar esos corazones jóvenes! En su vista reposan tan deliciosamente nuestros ojos cansados de ver arrastrándose por la tierra á ruines escépticos y decrépitos desengañados.

De esta manera se presenta al mundo el joven

ó la joven que á los veinte años inaugura su vida personal.

¿Cómo los recibe el mundo?

Apenas los ve entrar... los envuelve de pies á cabeza en una mirada escrutadora, en una de esas miradas de mujer que al primer golpe analiza el tocado de una amiga ó de una rival... mirada oblicua que se desliza entre dos sonrisas..., mirada aguda que se dirige al fondo... Los mira... y le basta. Porque una de dos... ó bien ve en ese pobre recién llegado un competidor y un rival; ó bien no descubre en él sino un indiferente de quien nada tiene que temer... una unidad más en la masa común!

En el primer caso, caso de ser un rival, desde el primer momento le odia y aguza desde luego en silencio y encubiertamente los cuchillos y estiletos de esa horrible lucha por la existencia, de la cual ha hecho el egoísmo la ley por que se rigen las sociedades humanas.

Cuentan los periódicos, que las gentes del pueblo, cuando quieren dejar fuera de combate á un adversario, le arrojan vitriolo al rostro. El ácido quema y las carnes se caen á pedazos.

En el mundo, en ese mundo elegante, no son recibidos esos procedimientos brutales, pero

francos. Jamás los descubriréis en la práctica. Y sin embargo, en la sonriente conversación de los salones y en las familiaridades secretas de los gabinetes y aun en ciertos calculados silencios, en el círculo, en el club, en los bulevares y en los paseos, ¡cuántas veces cae gota á gota el veneno corrosivo que destilan las lenguas, más eficaz y abrasador que el plebeyo vitriolo, y más terrible también, porque no es la carne lo que quema, sino el honor!

Pero dejemos á un lado, Señores, dejemos á un lado la hipótesis de la guerra y supongamos que los recién llegados sean clasificados por el mundo entre los indiferentes, que es la hipótesis más halagüena.

Pues bien, enfrente de esa generosidad fresca é ingenua que viene á él, alza el mundo los hombros y con una lástima insultante se ríe y se mofa.

Vosotros sois á sus ojos, oh jóvenes, pobres tontos, inexpertos, de cuyos labios gotea aún la leche de vuestras nodrizas; sois necios que todavía creéis en la virtud, en el honor, en el amor; y sobre todo—¡oh desventurados!—vosotros, vosotros sois unos necios, porque sois sinceros!

Y vosotras, Señoritas, sois á los ojos del mun-

do pequeñuelas colegialas, medrosas ciervas, tontuelas pavas y chochas aturcidas. El vocabulario es aún más abundante, pero basta, si os parece, con lo dicho.

Yo sé perfectamente que está muy lejos de ser esto lo que se susurra á vuestros oídos: lo que á vosotras se os dice es más dulce y encantador.

Pero ¿es acaso más sincero?

«Mucho fuera de desear, dice un autor, que las mujeres pudiesen asistir secretamente á alguna de esas conversaciones que se tienen entre hombres, en las primeras efusiones que siguen á una comida succulenta: en esas conversaciones encontrarían la medida exacta de la delicadeza de nuestras costumbres y de la confianza que deben inspirarles... En ellas se exceden los límites de las chocarrerías más libres: todo se toca de pasada, ultrajándolo todo regocijadamente; y dando á cuanto se afirma gratuitamente un carácter de profanación universal».

Yo os suplico que no vayáis á creer que el autor de estas palabras es algún energúmeno ó algún cura rural que delante de los labriegos que le escuchan da tajos y mandobles sobre la abominación de las ciudades, ni un misántropo escapado á los bosques vírgenes: porque quien así habla es un escritor del mundo, del gran mundo, que está muy al corriente de lo que

escribe y de las costumbres que pinta; es un novelista correcto, tal vez algo mojigato y un tanto insulso ante la opinión de la república de las letras contemporáneas; es Octavio Feuillet en su *Roman d'un jeune homme pauvre!*

Á pesar de todo, como á lo menos se os da buena acogida, y por ahora aún hacéis concebir esperanzas, se aguardará hasta que estéis instruídos y hayáis perdido el barniz del pensionado; en una palabra, hasta que estéis formados completamente. Después de lo cual, cuando os halléis provistos de lo que os falta y despojados de lo que os sobra; cuando lleguéis á despedir el tufillo de la caza en sazón, podréis ser servidos como plato agradable en el festín del mundo y podrán saborearos á su gusto las gentes de él.

El mismo mundo se ofrece á formaros. Su acción, sobre los jóvenes, es muy rápida... Un año basta; ¡qué digo! basta un verano, y á veces sólo un invierno.

El joven, más libre y menos entrabado por las conveniencias, se presta mejor á ser adiestrado. Es poco frecuente encontrar en él, esas delicadezas y esa repugnancia á las caídas morales que parecen innatas en la mujer y que constituyen para ésta lo que se ha dado en llamar

muy propiamente su segunda religión: el horror á la mala nota.

Por esto la mujer es más tardía y lenta para la formación del mundo. Su educación más aislada, su piedad más profunda, la valla de las conveniencias que las encierra mejor y más estrechamente, y no sé qué desconfianza que la hace estar siempre á la defensiva, todo esto retarda en la mujer la educación mundana... El joven lleva ya consigo de muy atrás sus diplomas, cuando la mujer asiste aún á las aulas.

Pero, al cabo, pronto ó tarde llega ésta á formarse también.

Observad con atención á ese joven y á esa señorita que hace poco presenté á vuestros ojos, tan bellos y generosos.

Ya no poseen ni aquella ingenuidad ni aquellas ignorancias, y hasta han perdido tal vez sus ilusiones.

En cambio tienen esas imperceptibles sonrisas en que claramente revelan que están enterados de todo, y ese desdén repulsivo de los hastiados, para quienes no hay nada nuevo que gustar ni apetecer. Pero en ellos ha tenido lugar una revolución más profunda y más triste.

La vida no es ya á sus ojos el camino que recorren las grandes almas hacia lo por venir: no, la vida es para ellos el reposo y estanca-

miento en las pobres y bajas llanuras de la hora presente. No es ya aquel vuelo elevado, hacia un ideal y hacia Dios: no, es por el contrario un abrazo apretadísimo dado al suelo y á la tierra... No es ya la vida aquel ensueño sublime de lo eterno y de lo infinito: antes, por el contrario, es el apego instintivo á lo que se toca y se palpa, á cuanto se olfatea y se gusta, á todo lo que pasa y muere.

Estos hombres, estas cosas, que antes eran á sus ojos nada más que instrumentos y medios, son ahora el término y fin á que aspiran, y en ellos descansan; satisfechos y contentos de término y fin semejante, esto nada más buscan y apetecen, y estarían dispuestos á renunciar á la herencia de las cosas divinas, si hubiera quien les garantizase la perpetuidad de este miserable plato de lentejas.

Y bien, Señores, yo no me espanto!

Esto es lo propio y característico de la formación mundana; esta completa revolución es el fruto natural y propio de su acción sobre las almas.

El mundo —y hablo del mundo propagandista y docente— no se guía por la razón, sino por los sentidos y por instinto; no fija sus ojos en lo por venir, sino en lo presente; no le inquieta la idea del deber, y sólo siente un desenfrenado

apetito de goces. Esta es la única ley que se impone: ¡gozar! gozar sin tregua, gozar mucho, gozar hasta la embriaguez, hasta el delirio.

De aquí se sigue naturalmente que al darle oídos y correr en pos de él, se llegan á ver al revés las cosas, los hombres y la vida.

Quisiera hacéroslo sensible, hasta que pudieseis palparlo con las manos, en algunos ejemplos, pero el número de ellos es tan grande, que no sé dónde escoger.

Tomemos uno al azar con relación á las cosas. El mundo las toma, no como instrumento del deber, según lo exige la recta razón; sino como instrumento de placer, según las exigencias de la pasión instintiva y salvaje. No usa de ellas dentro de límite alguno, sino que las explota sin freno y sin norma.

La tierra es para el uso del hombre, la nutre con sus frutos, le encanta con sus flores: ella filtra en su seno el agua de las nubes que sacia nuestra sed, y guarda en sus específicos el remedio de nuestras enfermedades: es en una palabra para el hombre no sólo nodriza, sino cariñosa y solícita enfermera.

Veamos lo que hace el hombre! ¡Ah! ciertamente, va á aprovecharse de ella; le pedirá y

tomará de ella cuanto le sea útil: comerá sus frutos y beberá sus aguas; y en esto hace bien, porque es preciso que viva, y la necesidad imperiosa es quien le agujonea... Pero él reclamará de ella sobre todo lo agradable y placentero... y se lo exigirá sin medida, siempre ansioso de goces, sin que jamás se calme la fiebre de sus sentidos. Noé—ya veis que la historia es vieja!— Noé exprime con entrambas manos los racimos de su viña y encuentra gustoso el jugo que se desprende de ellos. No por esto hace mal, y la sed le da derecho para beber... Pero no es la sed, lo que le estimula á beber, sino su gusto, esa pasión del sentido que no dice jamás: «¡basta!» Hasta dónde le lleva, vosotros lo sabéis, y yo no puedo menos de creer que en esta narración de la Biblia hay oculta una gran lección, envuelta en un suceso de mínima importancia... El anciano patriarca sigue el impulso, no de la recta razón sino de la pasión, no del hombre que se domina y es señor de sí, sino del hombre que se abandona y desenfrena... (1); y llega hasta embriagarse, es decir, hasta perder la razón; perdiendo

(1) La Sagrada Escritura sólo dice que Noé *bebió y se embriagó*: pero bien pudo embriagarse sin tal *desenfreno*, ignorando la fuerza del vino. Y así es como interpretan este pasaje los Santos Padres, fundados, entre otras razones, en la santidad del venerable Patriarca, repetidas veces alabada por la misma Sagrada Escritura. (N. del T.)

de este modo lo que le hace hombre, convirtiéndose en el ser abyecto y nauseabundo que va embrutecido dando traspiés por las calles y cae muerto en el arroyo.

Noé, muy adelantado para su siglo, queda muy atrás en el nuestro, en el cual la adormidera ha destronado á la viña, y el opio y la morfina al vino.

Por lo demás, si he echado mano de este ejemplo, no es ciertamente por el hecho mismo que narra, sino por la lección envuelta en él. Cuando el hombre, en el uso que hace de las cosas, desoye los dictámenes de su razón, atendiendo sólo á los de su instinto, la razón se venga abandonando al hombre; y quedando en él sólo el instinto, vosotros sabéis bien qué nombre merece un hombre en este estado.

«È morto uomo ed è rimaso bestia»

dice el Dante.

Esto es: ha muerto el hombre, sólo quedó la bestia.

Yo no conozco nada más grandioso, más solemne y más digno que las majestuosas tragedias del teatro griego. Eran para el pueblo inmenso que se agrupaba delante de la escena

una continua elevación del alma... porque sólo para el alma eran aquellos espectáculos... El poeta hablaba al alma en sus sonoras estrofas... no pensaba en los sentidos. Nada de aparato y decorado en la representación, nada de indumentaria de época... todo se ejecutaba en campo abierto, bajo un toldo inmenso que ondulaba al soplo de las brisas. Lo mismo sucedía en la época de Shakespeare; el decorado era casi nulo: dos picas cruzadas sobre el escenario indicaban que se daba una batalla.

Ciertamente que hubiera sido mejor juntar al regalo de la inteligencia el de los sentidos por medio de la ilusión del decorado. Hubiera sido sin duda un progreso.

Pero fijaos en lo que sucedió después... El regalo de los sentidos ha llegado á formar exclusivamente toda la fiesta, y creo no exagerar demasiado diciendo que en la mayor parte de los teatros contemporáneos todo es para los sentidos, para los ojos y para los oídos. En cuanto á la parte intelectual si no se prescinde del todo de ella, es tan seco y flojo lo que se le sirve, tan soso y tan ruin, que le es preciso buscar en otra parte de qué nutrirse para poder vivir.

Esto me lleva como por la mano á las bellas letras.

Cosa elevada y grande es la literatura y hón-

rased el mundo en mostrar muy de grado la estima en que la tiene. Hablo siempre del mundo propagandista de sí mismo, no de ciertos espíritus que están en el mundo pero cuyas almas rayan más alto.

Al parecer, pues, las bellas letras merecen el aprecio del mundo.

Pues bien, comprobad por vosotros mismos lo que voy á deciros... Entrad en una biblioteca mundana, y observad en los libros las hojas que llevan la señal de haber sido manoseadas, y entre las revistas las que ha roto la plegadera: mirad no los libros colocados sobre un velador en las salas de recibo, sino aquellos que se dejan olvidados detrás de los cojines de un diván; en una palabra, observad todo lo que se lee... ¡Ah! cierto, las letras se aprecian en tanto en cuanto que lo que contienen halague y sonría... Observad cuáles son las obras cuyas tiradas llegan á treinta y cuarenta mil ejemplares, y decidme si éxito tan grande es debido á las bellezas literarias... No, es debido á lo otro... y lo otro... Pero ¿y qué es lo otro?

¡Y las artes?... ¡Ah! Señores, vuestros artistas, vuestros grandes artistas morirían de hambre sin la protección que les presta el Estado, mientras que los comerciantes de *bibelots* hacen inmensa fortuna!

Hallábame yo un día en el taller de un gran pintor, que á veces se dedicaba á la escultura, y en efecto era más escultor que pintor. Naturaleza extraña sin duda, pero siempre profundamente artista. Á mí me constaba lo que le atormentaba la solicitud de recursos materiales, solicitud que jamás se aparta del corazón que ve á su lado hijos y mujer. Yo contemplaba su obra!...

Y puedo aseguraros que me hería el corazón, porque tenía delante de mis ojos lienzos y cuadros que se apoderaban del alma y la hacían estremecer. Era todo aquello verdadero arte, el arte grande y trágico, el arte reproduciendo no los idilios de Deshouillères, sino el triste fondo de la vida: no había allí tampoco melindres de pastores y pastoras adornados con guirnaldas de rosas y lazos azules; sino el grande y profundo quejido del hombre que se arrastra por el mundo y que con el sudor de su frente gana el duro pan de cada día. Todo era bello y grande como el drama de la vida.

Pues bien, Señores, nada de esto se vendía!... El mundo tiene formado del arte un concepto más bonito y risueño... Algo así como los cucuruchos de grajea y las cajas de bombones que se sirven en los bautizos. «Pobre amigo mío, exclamé, me persuado fácilmente que nada de esto venderéis...» «Yo no lo he hecho para ven-

derlo», me respondió, y añadió golpeándose el corazón, «lo he hecho porque lo tenía aquí!»

Y así es, el poeta y el artista llevan en el fondo de su corazón esas grandes cosas, pero el mundo no las entiende. Al mundo le hace falta algo más bonito, más sonriente y halagüeño.

Fuera de algunos círculos de almas superiores, que una vez más digo que viven en el mundo sin pertenecer á él, la palabra «artista» no significa otra cosa que un «bohémio», y nos trae á la memoria el personaje Murger.

Tal es la educación que el mundo pretende dar á vuestros hijos y á vuestras hijas en las materias que forman la aristocracia de las cosas, en arte, poesía y bellas letras.

¡Y las cosas del alma?...

¡Oh! Hay entre ellas una que el mundo llama á boca llena divina; esa pasión de amar y ser amado que Dios ha grabado en el fondo del corazón del hombre.

Esa pasión es el punto de apoyo del mundo: de ella deben brotar todos los sacrificios y todos los heroísmos de la amistad. Ella es la que crea las familias y funda las razas; ella forma y amasa los corazones incomparables de las madres; ella hace que los padres mueran ó se

dejen matar por sus hijos y los hijos por sus padres; ella en fin inspira todo lo que existe de grande, de generoso y de noble.

Dios ha hecho esa pasión dulce y suave al gusto.

¿Sabéis por qué? ¡Ah! Señores, y qué profunda es la razón de esto. Es porque Dios la asocia, como acabamos de decir, á los más sublimes é imperiosos deberes. Y tal es la ley de la Providencia: «á todo deber junta Dios un deleite, como estímulo y como recompensa». Y me atrevo á decir que así debía de ser, porque todo deber supone é impone un sacrificio: y aun muchos encuentran muy pequeña y ligera la compensación que recibimos en esta vida.

El mundo, que mira como cosa muy dura olvidarse á sí mismo, sacrificarse y cumplir con sus deberes, pretende saltar por encima de todo para llegar derechamente al deleite y gozarle sin mezcla. Él procura—y á eso tienden sus esfuerzos—él procura separar lo que Dios ha querido que fuera inseparable: acecha y se lanza al deleite y deja el deber, que es lo que hace aquel juez de la fábula que come las ostras y deja las conchas para los litigantes.

Vedle entregado al trabajo en orden á la pasión amorosa de que hablamos. La despoja de los deberes anejos á ella y la adiestra para

su uso... Esa pasión era fiel... pero la fidelidad embaraza al mundo, y el mundo la acostumbra á hacer traición; esa pasión pretendía vivir siempre, pero esto es demasiado largo y pesado para el mundo, y el mundo la marchita y mata, dándole sólo la breve vida de una flor; en esa pasión había respetos y pudores, pero el mundo los considera como rémoras en su marcha, y la hace desvergonzada y provocativa: el mundo desgarrá las familias, deshonorá las razas, manchá la virtud, depravá las madres, hace de los padres verdugos de sus mujeres y oprobio de sus hijos... ¿Qué queda en pie después de tanta devastación?... ¿el deleite? Así lo esperaba el mundo... Pero no, sólo queda según frase de Bossuet «ese fondo tan grosero», que rebaja al hombre y le abate hasta el fango, á ese mismo fango en que la bestia se revuelca, y como la bestia el hombre.

¡Y ha de haber en esto deleite? Sí, como en los venenos que matan y son dulces á los labios. Pero seguidme.

Los grandes trágicos de todos los siglos han creado cuadros terribles de desesperación y furia... ¿Dónde han encontrado tantos mares de lágrimas?... ¿Dónde han oído esos gritos que desgarran?... ¿Dónde han visto esos furoros y ese crujir de dientes, esas cabezas desgredadas

y esos brazos que se retuercen?... Ahí, ahí, en esa pasión pervertida por el hombre, en esa pasión que el hombre ha querido convertir en deleite, y que en sus propias manos se ha revuelto contra el hombre mismo.

Ella le enlaza y aprieta en sus pliegues y repliegues y le ahoga en sus nudos, y como las serpientes de Laocoonte, implacable y venenosa le desgarras las carnes, le abrasa la sangre y le roe el corazón!

Amor bendecido por Dios, tú eres la suprema dulzura del hombre!... y tú, amor que Dios maldice, tú eres el supremo tormento de la humanidad!...

Así procede el mundo en el uso de todas las cosas. Las violenta hacia sí y busca en ellas solamente el goce, y hallado éste, descansa. El mundo se apega á las cosas, no en razón del bien útil que ofrecen, sino en razón del deleite que le proporcionan. Con este criterio las juzga y aprecia. Una vez más he de repetir que no es la razón la que escucha sino el instinto, el instinto ciego, avasallador, brutal y feroz.

Ved en lo que el mundo ha convertido la riqueza... ¡En reina del universo! Y después de todo, ¿qué es la riqueza? ¿qué es la fortuna?

Sin embargo, yo confieso que es muy difícil hacerse inaccesible á semejante ilusión.

Os encontraréis acaso con un desconocido que va de paseo; por la ropa que viste y sobre todo por su continente juzgáis de su posición en el mundo. Ayer iba á pie, y hoy le encontráis rigiendo un magnífico alazán... Vuestra apreciación sube de nivel, al ver que le acompaña un lacayo de gentil presencia que luce hermosa librea; pero aún sube más alto vuestra estima, si veis al desconocido guiando un tronco de soberbios caballos; y si éstos por acaso en vez de dos son cuatro, la marea llega á flor de tierra; si además le acompañan picadores, entonces la mar de vuestras apreciaciones se desborda.

Y sin embargo, ni el soberbio alazán, ni el soberbio tronco, ni los cuatro soberbios caballos han cambiado lo más mínimo al peatón que visteis en un principio caminar á pie: era tan inteligente ó tan imbécil antes como es ahora imbécil ó inteligente; y era antes sin ellos tan hombre honrado ó ruin canalla, como al presente es canalla ú honrado con ellos.

Pero esos caballos, ese lacayo, esos picadores, tienen reflejos de oro, y esos reflejos han perturbado nuestra vista, y á pesar de nosotros mismos en medio de esta perturbación, nuestra alma ha concebido respetos que se apoderaron

de ella. Esto es algo de lo que hacía decir á Pascal con desdeñosa ironía: «¡Cosa extraña! jempañarse en que yo no honre á un hombre vestido de brocatel y seguido de siete ú ocho lacayos! ¡Ah! si yo no le saludo me hará azotar con las correas de sus estribos. Ese ropaje es una fuerza». Y en otro lugar: «¿Quién de entre los dos pasará primero?... ¿Quién cederá su sitio al otro?... ¿Él es listo?... Pues yo soy tan listo como él. Será menester que vengamos á las manos por esto. Pero él tiene cuatro lacayos y yo sólo tengo uno. Esto es claro, no hay más que contarlos. Luego yo soy quien debo ceder, y seré un necio si replico».

Nuestras grandes ciudades están llenas de contrastes, y es posible que hayáis visto el cuadro que os voy á presentar. Sobre las calzadas de vuestros bulevares, pasa rápidamente una gran dama luciendo el brillo de su espléndido carruaje, cuyos aceros y argentería fulguran al galopar de sus caballos que arrojan espuma. Indolentemente recostada, distraída ó soñadora, á través de la blanca nube que forman sobre su rostro las vaporosas mallas de su velo, sus ojos se pasean indiferentes sobre la muchedumbre del pueblo. Le es completamente extraño: tal vez se encuentra aburrido, tal vez está triste, tal vez... pero á ella ¿qué le importa del pueblo?

Cerca de la gran dama, y dando vaivenes sobre las piedras, pasa un carretón ordinario, en uno de cuyos ángulos y al lado del anciano que lleva las riendas se sienta una Hermanita de los pobres, modesta y cubierta por los pliegues de su negro capuchón!... No mira al gentío, pero le siente dentro de su pecho: ella siente todo lo que allí se sufre y todo lo que allí se llora; se siente hermana de todos los menesterosos allí presentes; siente que los ama, que por el último de ellos se entregaría hasta á la muerte y tan gustosa... Sí, la Hermanita de los pobres siente todo esto; y sólo se apena en el fondo de su alma por no tener veinte vidas, mil vidas que dar por esos miles de hombres que sufren, mil manos para alimentarlos y cuidarlos, mil corazones para amarlos; porque sabe que esas pobres almas tienen más hambre de amor que de pan.

Señores, ¿quién de las dos es más grande?... ¿la gran dama ó la pobre Hermanita de los pobres?...

¿Cuál es el parecer del mundo? ¿Y quién de las dos debe saludar primero?

Esto me lleva á considerar cómo mide el mundo la grandeza de los hombres.

El valor de un hombre procede de dos cosas,

del cuerpo y del alma: del alma más que del cuerpo, es claro; pero indudablemente también del cuerpo.

Yo quiero, Señores, ser justo con el mundo. El mundo aprecia correctamente las cosas bajo el punto de vista del cuerpo, y prefiere un hombre robusto y hermoso á otro enteco y feo. Tiene también siempre, bajo este punto de vista, una estética minuciosa que se pasa inadvertida á quienes no han hecho un estudio profundo de la musculatura y de las formas. Por esto recomienda él á sus educandos el trabajar con asiduidad en lo que podríamos llamar el arte de desarrollar las formas del cuerpo, con cuidados más exquisitos y minuciosos que los que se tienen con un caballo de raza en las grandes cuadras. Esto es de suma importancia para el mundo.

¿Y el alma? El valor del alma le viene de su inteligencia y de su voluntad.

Las cualidades de la inteligencia son, si me es permitido hablar así, su agudeza, su amplitud y su profundidad. La agudeza da á la inteligencia rapidez y luz en sus conceptos, y orden correcto en sus pensamientos. La amplitud le proporciona esas miradas extensas que comprenden todo el conjunto y abarcan todo un mundo y todos los mundos de conocimientos. La profundidad hace que la inteligencia pueda

sondear hasta sus últimos límites las verdades que concibe aisladamente y coordina en un todo, y desarrollar del fondo de cualquiera de ellas, como se desarrolla una cinta, toda la cadena de verdades que de ella salen y con ella se ligan. El mérito de la inteligencia crece á medida que se aproxima al ideal, es decir, á Dios que lo ve todo en una sola eterna y purísima idea.

Existe, pues, una escala, á cuyo pie se encuentra el animal con su instinto y sus apetitos, y sobre cuyos escalones, aparecen desparramados los hombres: algunos muy cerca de la tierra, otros un poco más altos, los grandes talentos más altos aún, los genios en la cumbre: y en el infinito Dios!

Sobre esta escala de Jacob los puestos que cada cual ocupa no son fijos: porque hay quienes por el trabajo y el estudio suben siempre; mientras que, al contrario, otros por indolencia y holgazanería, por las pasiones y por la molicie, se atrofian y bajan siempre. Otros hay, y entre los más encumbrados, á quienes Dios azota con un golpe repentino y misterioso; titubean, y apoderándose de ellos el vértigo, caen.

Pero siempre se aprecia el valor de una inteligencia por el lugar que ha sabido conquistarse.

¿Lo entiende de este modo el mundo?

¡Oh no! Ciertamente que hace distinción entre

un hombre de ingenio y un imbécil, y quiere más al primero, y con gusto se desembarazaría del segundo. Pero, por razones que voy á decir en seguida, perdona fácilmente á éste, le recibe, y le coloca en su puesto. Muy lindo puesto á veces..., y no digo más.

El mundo tiene en mucho la habilidad para los negocios: hace también mucho aprecio de la finura y exquisitez en los modales; y si uno llega á tener *la gracia de salón...*, ¡ah! entonces triunfa en el mundo, trastorna las cabezas, encanta las almas; entonces se hace indispensable para los que abren sus salones al público y se le invita para dar vida y movimiento á las tertulias y asambleas, así como se invita á los murguistas en las bodas de pueblo.

Pero en lo tocante á lo que pudiéramos llamar la gran habilidad... ¡oh! en cuanto á la inteligencia noble y elevada, yo no digo que en absoluto se la destierre de la vida mundana; no. Es bien recibida, pero como no se la comprende, causa tedio. Bien es verdad que ella misma se aburre, porque se ahoga y sofoca en la frívola atmósfera donde se siente extraviada: se encuentra mal allí, torpe, tímida, cortada, ridícula.

¡La inteligencia!... Yo quiero persuadirme por un momento que el mundo la aprecia y tiene en mucho... Pero, ¿cómo explicar entonces el

ruidoso aplauso que sigue á los imbéciles?... Y no sólo va el aplauso en pos de ellos sino que se les adelanta con los brazos abiertos pasando entre el público atropelladamente, como aquel que desplegando un periódico pasa sus ojos por los artículos serios y busca en el final las gacetillas y frases ligeras.

No insisto más en esto y paso al estudio de la voluntad.

La cualidad soberana de la voluntad es la energía: una energía que no se tuerce echando por caminos extraviados; una energía que va derecha al bien, adhiriéndose y aferrándose á él como los navíos se sujetan al ancla y á despecho de las borrascas no se separan de ella. Este es el ideal, Señores, y por eso esas voluntades arraigadas en el bien, como las añosas encinas en las hendiduras de las rocas, no abundan entre los hombres... Pero si en un momento de extravío ó de borrasca la voluntad enérgica se ha separado del bien, que vuelva por lo menos sobre sus pasos cuando brille la paz de nuevo, y torne á adherirse al bien, que es el centro del alma.

Que jamás descanse en el mal, que jamás le ame; que jamás diga con evidente insensatez: «El mal es mi propio bien, el mal es bueno, el

mal es agradable, no hay en este mundo dicha y felicidad sino en el mal».

Añado además que el valor de la voluntad está en razón directa de su fidelidad al bien. Y afirmo que el mundo no lo entiende así.

Hay sin duda en la escala del mal muchos grados que el mundo reprueba y condena con horror. Cierra inexorablemente sus salones á aquellos á quienes la justicia humana condena; ó más bien á aquellos á quienes condena el honor mundano.

¡Ah! ¡el honor mundano! es su gran religión. Es su Dios, un Dios que tiene sus mártires!

Pero al cabo un Dios que es un buen muchacho, que no pide otra cosa sino que se le engañe como á un necio. Con tal que públicamente se le rinda culto, no irá á escudriñar en la sombra los rincones y pliegues de nuestra conciencia. Está siempre dispuesto á taparse los ojos con las manos y á gritar: «¡No he visto nada!» Y mientras ese Dios bonachón no lance su anatema, el mundo guardará el suyo en el bolsillo. Pero cuando esa divinidad abra la caja de los truenos, entonces el mundo tronará furiosamente con ella.

Deberé añadir que hay una clase de mal para el que tiene el mundo una indulgencia especialísima; hay una raza de pecadores á quienes

perdona con sonrisas de tolerancia! Tiene cárceles para los ladrones, y patíbulos, argollas y guillotinas para los asesinos; y para esos bandidos de guante blanco, con tal que no roben más que el honor—y aunque roben con él la felicidad!...—con tal que no lleven la devastación más que á la paz de las familias; con tal que no maten más que las almas: ¡ah! para estos bandidos sólo tiene el mundo profundos saludos, respetuosas reverencias... y hasta un tonito especial para llamarlos «malas personas», que da á la frase casi el sentido de «persona fina y galante».

—¡Oh! ahí está el señor de X..., decía en una reunión mundana una joven á otra amiga suya.

—Sí, querida, él es, el mismo...

Y después de un silencio en que las dos le difamaban en sus adentros:

—Se dice de él que es un mozo muy libre...

—¡Oh! pero eso... no creo que lo habrá robado!

Y después de un nuevo silencio:

—¡Haz que me lo presenten!...

Y no pensaba hacer en ello nada malo la honesta joven, porque estaba decidida á vivir y morir sin tacha ni mala nota. Pero el mundo la había acostumbrado á semejante trato é indulgencia: y el horror que había experimentado

en otro tiempo despertaba en ella esa curiosidad ávida de ver, de acercarse y de conocer al héroe de tantas historias contadas en secreto con pudibundas reticencias y con los monísimos gestos de horror que el decoro convencional y el uso requerían.

Yo creo firmemente que esta joven no hubiera jamás sentido deseo de que le fuese presentado cualquier pobre diablo que, atormentado por los gritos que el hambre arrancaba á sus hijos, se hubiera ido á robar un pan á la panadería vecina.

Pues bien, ahí tenéis dos manos que se tienden hacia vosotros... la una enguantada, perfumada, que ha robado la virtud y el honor ajenos..., y la otra, es la mano de un pobre descarnada y seca por la miseria, y que ha robado un pan para dárselo á sus hijos que se morían de hambre.

¿Cuál de las dos estrecharéis primero?

Respondeos á vosotros mismos en el fondo de vuestros corazones; pero... ¡oh Dios mío! yo no sería ministro y sacerdote vuestro, si no gritara con toda la fuerza de mi voz y de mi alma: «¡la mano del pobre, la mano del pobre, la mano que ha robado el pan para sus hijos hambrientos!»

Permitidme que os lo diga, este es el mal: este mal que tan fácilmente perdona el mundo, es el que nos consume y corroe y desazona hasta la náusea, nos extenua y nos mata: ese mal es el que desangra las sociedades hasta dejarlas exánimes sin fuerza y sin virtud: ese es el mal que hace que todo titubee y se precipite á la ruina. Vosotros buscáis salvadores entre los hombres... y, en efecto, ellos se dejan ver, y se agradan, y vierten sobre el mundo los suaves fulgores de una esperanza divina; son aclamados, todos los brazos se vuelven á ellos, los pueblos enteros exclaman en su presencia: «¡Ah, vosotros! vosotros sois de la raza de aquellos que son salud de los pueblos. ¡Salvadnos! ¡salvadnos!...»

De pronto esa gran reputación cae y se derrumba hasta los cimientos con gran fracaso. ¿Qué ha pasado?... ¡Ah! Señores, es que esos colosos de oro, de plata y de bronce tenían los pies en el fango, y Dios, que no quiere jamás asociar á los planes de su Providencia á los impuros, ha lanzado contra ellos aquella piedrezuela de que nos habla el libro de Daniel.

¿Acaso vosotros no habéis presenciado esto?

¿Acaso no habéis visto brillar sobre el cielo de Europa las terribles palabras *Mane, Thecel, Phares*, escritas por el dedo de Dios, como lo

fueron antes sobre los frisos del alcázar de Babilonia?

¿Acaso no habéis visto á esos colosos, ya sobre las gradas de los tronos seculares, ya sobre los pliegues rojos del manto de las repúblicas, ya al frente de valerosos ejércitos, ya sobre las verdes llanuras donde se dejan oír con los ecos de los antiguos bardos los himnos dedicados á una libertad siempre llorada? Dios había otorgado á esos colosos dones magníficos... á uno la sangre de los reyes y sus coronas; á otro la majestad de la elocuencia y el poder; éste subleva los pueblos y los enloquece en torno suyo; aquél con una sola palabra mueve millones de hombres que esperan sus órdenes.

Esos hombres son el poder, son la fuerza, son el porvenir.

¿Por qué los ha rechazado Dios súbitamente?... ¿Por qué los ha hecho pedazos y separado con los pies, como quien aparta un instrumento ya inútil? ¿Por qué?...

¿No lo habéis comprendido todavía? ¿No se os ha dicho á gritos con una voz más resonante que el trueno?

¡Porque han tocado á la mujer! No á la mujer que eleva y engrandece, que ennoblece y purifica y que se llama esposa y madre; sino á esa otra mujer que envilece y deshonra; que

deprime y marchita cuanto toca; á la que la Escritura llama con el nombre despreciativo y duro de ¡la extraña! *Extraneam!* La extraña es la que ha desprestigiado y matado á esos colosos. Ella es la Dalila que les ha cortado los cabellos; y después de verlos rendidos á sus plantas, se ríe de ellos en su cara, los repudia y los arroja de sí á puntillazos.

¡El que tenga oídos, que oiga!

Qui habet aures audiendi audiat!

Finalmente, engañados ya vuestros hijos é hijas sobre la naturaleza de las cosas y engañados sobre la naturaleza de los hombres; todavía le queda al mundo la labor de engañarlos sobre los destinos de la vida.

Muchas y varias son las divergencias que se pueden manifestar en los espíritus sobre el concepto de la vida. Un cristiano entiende la vida de un modo muy diferente que un deísta, y de otro modo la entiende un positivista, y otros de otro modo. Pero creo poder afirmar, que todos los espíritus serios que han intentado resolver las grandes cuestiones, los eternos postulados del corazón, convienen en la afirmación siguiente: que el hombre tiene un destino

que cumplir en el mundo y que este destino, cualquiera que sea, supone un trabajo fructuoso, no sólo para la familia sino para la sociedad misma.

No hay filosofía alguna que transija con la ociosidad, y aun hay sistemas tan poco sufridos que proponen su exterminio completo, á la manera que las abejas en las grandes matanzas acaban con todos los zánganos inútiles, reservando solamente el número necesario para asegurar la enjambrazón después del invierno.

¡Ciertamente la solución es radical; pero sin llegar á esos extremos, comprenderéis fácilmente que sin el trabajo no puede haber vida decorosa! El trabajo es un honor, al mismo tiempo que un deber para el hombre.

Yo os reto á que intentéis sacar algún partido de una criatura cuyas manos nunca hicieron nada, cuyos brazos nada hicieron tampoco, y cuya cabeza y cerebro jamás se ejercitaron en proyecto alguno, en la cual, en fin, sólo han trabajado los dientes, el vientre y el estómago.

Es, pues, el trabajo ley universal de la vida humana. El goce y el placer intervienen en ella, pero sólo á título de descanso y reposo, y como recompensa del trabajo ejecutado. Cuando el haragán se divierte sin motivo alguno nada más que por divertirse, el pueblo á quien con su

presencia provoca, le moteja con esa palabra despreciativa y odiosa de «zángano divertido». Ciertamente, la ira está aquí de más, pero el desprecio está en su lugar.

Todavía, Señores, hay algo más en que convienen todos los sistemas filosóficos, cualquiera que sigáis, y es lo que la observación cotidiana nos hace ver á todos, á saber, que el hombre muere y que la muerte es el término de la vida del hombre sobre la tierra.

En cuanto á nosotros que tenemos fe, sabemos, Señores, los grandes secretos que se descubren más allá de la muerte; y aun la filosofía racional, la que admite el espíritu y el alma, presiente lo que nosotros sabemos. Ella afirma como nosotros, que entonces llega la hora de la justicia en que será restablecido por la eterna y divina sabiduría el equilibrio de las voluntades y del deber, tan frecuentemente roto por la perversión de la libertad humana. Esta filosofía dice como nosotros, que lo solemne y decisivo de la hora terrible de la muerte exige de los hombres que se ocupen muy despacio en disponerse para ella, y que jamás es demasiado larga la preparación de nuestras almas para aquel trance.

He aquí muchas de las cosas, y bien elementales por cierto, que el mundo parece ignorar

y que son completamente extrañas á sus enseñanzas y teorías.

Yo entiendo siempre, Señores, y os lo repito una vez más, entiendo por mundo la turba mundana, esa muchedumbre de gentes que no sólo se dan como de prestado al mundo, sino que se entregan á él de lleno, sin ninguna reserva.

Lo que el mundo piensa que debe ser la vida... ¡oh! ciertamente, que no es el trabajo, es el placer, es el goce... En esto la pone el mundo toda entera... la divide en estaciones como el año, y para cada estación tiene una serie de goces particulares y propios de ella. Si el sol de Dios deshace sus cálculos en una latitud, sabe el mundo la geografía suficiente para descubrir otra latitud donde podrá trasladarse y estar á su gusto tan perfectamente... Sabe además disponer las cosas de manera, que pueda llevar al norte los placeres del mediodía, y los placeres del mediodía al norte. Él dispone y hace servir para el regocijo, los mares, los bosques, las fuentes, las flores y los frutos, el hielo, la nieve y la naturaleza toda. Estudia, para hacerse cargo de la medida de goces que la naturaleza puede dar de sí, y los derrama sobre las estaciones en que ha dividido el año hasta llenar con ellos los días y las horas. Pero las horas de luz no le eran suficientes hace

ya mucho tiempo, y por eso usurpa al sueño y á la noche sus horas con una avidez insaciable: sólo que estas pobres gentes divertidas llegan, después de algún tiempo de este género de vida, á sentirse quebrantadas, descompuestas, extenuadas, como no llega á estarlo el obrero que trabaja en el fondo de las minas después de una valiente semana de labor.

—¡Ah! ¡yo no puedo más! me decía una mujer joven en el intervalo de dos fiestas.

—¿Cómo, le dije, es tan fatigoso divertirse?

—¡Divertirme! ¿quién os ha dicho que me divierto? Yo me muero de aburrimiento.

—¿Y por qué?

—¿Por qué? preguntádselo á aquel señor.

Y con un movimiento de cabeza señalaba á su marido.

—¡Á mí?— exclama el marido— ¡á mí? ¡Si yo voy allá como á un suplicio!

Los dos decían verdad, porque habían ya llegado á esa edad en que el frescor de los placeres mundanos pierde su aroma y se marchita. No consistía ni en el uno ni en el otro, pero los dos habían sido cogidos en el engranaje, y no podían arrancarse de él sin algún rasgón.

Por lo demás, que el placer fatigue le importa al mundo muy poco; él no dejará de buscar el placer, el placer á todo trance, el placer

siempre. Los que se fatigan, que vayan á descansar; pero que el torbellino gire siempre, en gracia de los que aún no están hartos.

El placer, he ahí el todo de la vida.

El trabajo... ¿qué importa?

Este artículo no entra en su programa.

¿Os habéis fijado alguna vez en que el hombre de trabajo se encuentra en la imposibilidad absoluta de seguir al mundo y de entregarse á él?

Evidentemente, el trabajador que tiene necesidad de su trabajo para vivir, no puede darse al mundo; porque no tiene ni tiempo ni dinero. Pero aun aquel que pudiéramos llamar trabajador libre, aquel que trabaja por deber y por honor, en el secreto de los laboratorios de investigación, en los archivos de leyes y jurisprudencia, entre los magistrados en las asambleas públicas y en los Consejos de la corona, en las escuelas y en las academias, ni aun los artistas y poetas, ninguno de estos trabajadores voluntarios puede seguir al mundo; porque no tienen tiempo, dado que la vida se desliza con sobrada rapidez.

Ni señora alguna de su casa que se interese por la dicha del pequeño estado que gobier-

na..., ni madre alguna de familia que ame á sus hijos, tienen tiempo para seguir al mundo: podrán prestarse á ratos, pero entregarse á él, eso no podrán hacerlo!

Por eso el mundo se forma de gentes que pertenecen á esa capa social que se llama privilegiada y que es la república de los ociosos, región de los holgazanes!...

Y por eso también, si os fijáis en los ciudadanos del mundo vaciados de lleno en su troquel, descubriréis que son respecto del hombre y la mujer, tales como los concibe la recta razón, lo que son los *bibelots* ridículos y fantásticos barro comparados con las clásicas estatuas de la antigüedad, ó lo que es lo mismo, con el arte genuino y verdadero.

Semejantes individuos son en efecto los *bibelots* de la humanidad.

Cierto que los *bibelots* son bonitos, y esas estatuillas que hacen muecas son muy monas.

Pero jamás se colocará el Moisés de Miguel Ángel en un salón: necesita la inmensa cúpula de las catedrales y basílicas. Esas otras estatuillas están hechas á medida para los estantes y rinconeras. Lo mismo sucede con las personas mundanas: están hechas á medida del mundo.

¿Debo extenderme más sobre la frivolidad

de una vida concebida de ese modo, y de ese modo empleada? Creo que no.

Fijad vuestra atención en el hombre y en la mujer del mundo.

El hombre distribuye su vida de la manera siguiente: pasea sus caballos y sus perros, se ensaya en el florete, ejercita la pistola, caza, lee el periódico, se entretiene en los parques, baila un poco por la tarde, juega al *baccarat* ó á la ruleta, va á las carreras y apuesta... Hay en su vida otros muchos pormenores más, pero todos de la importancia de éstos.

La mujer se viste y va de paseo, vuelve á vestirse, visita á sus amigas, á su costurera y las tiendas de moda, recibe en días señalados, baila mucho, monta á caballo, caza á la carrera, se hace vieja lo más tarde posible, y para ella desde entonces no hay ya consuelo... También en esta clase de vida hay mil otras pequeñas menudencias, pero todas tan importantes como las dichas.

¡Ahora deducid la utilidad que producen esas máquinas en la sociedad humana!

¡Y estos son los ejemplares y modelos!...

¿Y decir que almas dotadas de inteligencia se entreguen á este género de vida!

Pero tened en cuenta, y os lo suplico encarecidamente, que si el mundo se presentase á vuestros ojos como os lo acabo de descubrir, no sería peligroso ni para los jóvenes ni para las señoritas... Tienen corazón demasiado digno para amarle y seguirle conociéndole por tal.

La desgracia está en que el mundo no se manifiesta bajo este aspecto.

Se presenta, por el contrario, encantador y atractivo. Los hombres y mujeres que lo forman tienen un no sé qué de agraciado, de bello y fascinador que hiere y cautiva. Hay en su alegría, en su esplendor, en su desaprensión, en el vértigo mismo de su existencia un encanto y una especie de sortilegio que aprisiona á las almas.

¿Son á lo menos felices?

¡Al parecer, así es, porque si vais á sus fiestas..., allí resplandece la alegría en todas las frentes, la sonrisa retoza en todos los labios, y las carcajadas estallan en discretos arpegios y con ecos sonoros de felicidad!

¡Esto es lo que aparece y en efecto embelesa!

¿Y el fondo?... ¡Ah, no sabéis bien lo que en el mundo se sufre!... ¿ignoráis que esas frentes serenas y apacibles ocultan zozobras y agonías?... Las lágrimas están muy próximas á esos párpados, y la amargura se esconde tras esos labios:

sobre los pechos veréis flores, y en los corazones hay á veces tormentos de infierno!

Porque Dios se venga, Señores, y á los locos y locas del mundo les envía verdugos que los castiguen. El ignoble azote de la traición, las decepciones, los abandonos, las iras, las discordias, las rivalidades enseñando sus dientes de tigres, las envidias vertiendo negra ponzoña surcan, desgarran y ensangrientan los pobres corazones. Y como si esto no fuera bastante, envía Dios á la vejez con el hierro candente en las manos, como los antiguos marcadores de esclavos... ¡Ay! y el verdugo terrible de la vejez quema esas frentes, quema esos labios, quema esos ojos, y sobre cada uno va escribiendo como sobre la espalda de los vencidos: «¡Aquí yace una hermosura, seca, marchita, abandonada!»

Verdad es, ¡oh Dios mío! bien lo sé, que todos envejecemos; pero cuando una mujer puede coronar sus cabellos emblanquecidos con la gloriosa diadema de la maternidad, ó con la guirnalda de lirios, más gloriosa aún, de la Hermana de la Caridad ó de la Hermanita de los pobres... ¡oh! entonces ¡cómo se cubre de honor y de gloria, y cuán bella aparece en su mil veces bendita y majestuosa ancianidad!

Cuando un hombre puede con orgullo mos-

trar á la faz del mundo las honradas arrugas de su frente y decir muy alto: «El trabajo las ha impreso en mi frente, el trabajo ha nublado mis ojos y encorvado mis espaldas y doblado mis rodillas». ¡Noble anciano! ¡yo te saludo y te venero! una aureola divina circunda tu frente, y de cada uno de tus pasos brota una virtud, como de las vestiduras de Jesucristo.

Pero unos y otros son despreciados por el mundo: el mundo los arroja de sí con desdén, como se tira un vestido ya gastado, como se arroja una fruta ya chupada hasta el hueso!

¡Envejecer y envejecer... para después morir!
¡Porque es preciso morir!... ¿no es cierto?

El mundo, como he dicho ya, no tiene noción determinada sobre la muerte. ¿Es por ventura el fin de todo?... ¿Es el principio de algo?...
Chi lo sa?...

Desde su punto de vista, la idea más ventajosa sería que la muerte fuese el fin de todo... ¡Á lo menos no tendría que dar cuenta de sí á nadie..., y con frecuencia se jacta de ello!

Pero ¿os habéis fijado en lo horrible que es este pensamiento?

Haber entregado al mundo y haber puesto absolutamente en él el pensamiento, el corazón,

todas las esperanzas, toda la vida, no haberse reservado nada, habérselo dado todo... y al fin, llegada la hora fatal, ver con vista de ojos que todo va á acabar! Sentirse arrancar por los invencibles brazos de la muerte á todas estas dichas, de las que se había formado la propia felicidad. Agarrarse con todas sus fuerzas, como un náufrago que se ahoga, á esta tierra tan querida, y sentirla escaparse de las manos, y pensar que allá, debajo de sí propio, en ese abismo donde se siente uno caer, sólo existe la nada, la negra y eterna nada... ¡Ay! aquí yo no sé decir sino lo dicho: ¡esto es horrible!...

Pero no, la muerte no es el fin de todo; ¡y esto sí que es más horrible!... en el fondo de ese abismo, donde el alma se derrumba y cae desde el angustioso vértigo de las postreras agonías, no está la nada... sino Dios, y Dios Juez, Dios que interroga á esa alma:

¿Qué has hecho por tus hermanos? Nada.

¿Qué has hecho por tu patria? Nada.

¿Qué has hecho por tu familia? Nada.

¿Qué has hecho por la humanidad?... Nada.

Entonces ¿qué has hecho? ¿qué es lo que has hecho?

¡Lo que han hecho!... Han estado bailando sin descanso la danza de la muerte, que los viejos pintores dibujaban sobre los muros de

los claustros... Esta danza siniestra hacía pasar delante de sus ojos fantasmas en cuyos brazos se arrojaban siguiendo el torbellino... Sí, pasaron la vida valsando.

¿No sabían siquiera que tenían hermanos y que Dios los había confiado á sus cuidados? ¡Estaban valsando!

¿No sabían, á lo menos, que tenían una familia, una casa, una patria, y que patria, casa y familia reclamaban de ellos trabajo y honra?... ¡Estaban valsando!

¿Ignoraban acaso que á lo largo del camino de la vida, había pobres que imploraban «una limosna...» y desgraciados que sufrían y que á gritos pedían «misericordia?...» ¡Seguían valsando!

¡Se les figuró que el universo lo componían ellos sólo, ellos que valsaban... y jamás hicieron otra cosa!

¡Ah, Señores, tened compasión de las almas!

Perdonadme, Señores, si acaso pensáis que mi discurso ha pasado los límites de la razón y caridad cristiana. Puedo aseguraros que no es ni la cólera, ni la indignación, ni el desprecio, lo que domina en mi corazón, sino un dolor vivísimo y una piedad profundamente compasiva.

Mi dolor, hélo aquí.

Nuestra pobre sociedad humana sufre, bien lo sabéis. Causas sobre las cuales no es este el momento oportuno de insistir, han desgarrado las entrañas de esta gran familia de hermanos. El amor ha desertado del hogar, y en él ha tomado asiento el odio. No existe ya la paz entre los hombres. Pasa sobre el mundo el hábito ardiente de la guerra... El ejército inmenso de los que sufren llenan el cielo con sus ayes... ¡Oh! es preciso no tener corazón de hombre para no sentir ante este espectáculo enternecerse las entrañas... ¡La paz! ¡la paz! ¡quién nos traerá la paz!... Decidme, vosotros que veis como yo la ola que se nos viene encima, decidme repito, ¿sería acaso excesiva la fuerza de los brazos de todos para levantar un dique que la detenga? ¿Serían demasiadas las voces de todos para predicar la luz á esas muchedumbres ciegas? ¿Serían sobradas todas las manos para curar á esos pobres heridos de la vida? ¿Y serían muchos todos los corazones para derramar un poco de ternura sobre todos esos desheredados del amor?

Pues bien, contad, no digo todo el oro que se traga ese abismo del mundo, y cierto que el oro enjugaría muchas lágrimas... pero dejemos á un lado el oro: contad la energía, la vitalidad,

la fuerza que se malgasta en el mundo en cosas tan fútiles: contad la suma de trabajo insensato que en el mundo y para el mundo se consume: contad el arrojado descabellado y salvaje que se pierde en el mundo: contad los tesoros de ternura pervertida, de amor loco, de bondad engañada, de fidelidad traicionada, de obsequios despreciados, de sacrificios y aun de heroísmo que el insaciable mundo devora: contad esos brazos, contad esas inteligencias, contad esos corazones: todo esto se pierde para la humanidad, todo esto se arroja al viento, todo esto se desparrama por el suelo, todo esto se convierte en humo, como la pólvora que se quema en las fiestas de la gente de aldea!

¡Y una gota de todo esto haría feliz á un pobre!

¡Y una sola llama de este amor refrigeraría una alma!

¡Y queréis que yo no lo deplora?

Pero mucho más que dolor es compasión lo que yo siento en el fondo de mi alma. Porque al cabo, estos pobres jóvenes y estas pobres niñas á quienes el mundo engolosina y forma á su modo engañándoles sobre las cosas, sobre los hombres y sobre la vida, pervirtiendo de un modo fatal su inteligencia, su voluntad y su corazón, extenuando su energía y gastándola

en el vacío, como los locos cuando azotan el aire con todo el poder de sus brazos, padecen y mueren... del alma! ¡Oh! si me fuera dado poderles salir al encuentro, y decirles acordándome de mi divino Maestro: «¡Venid, venid, venid! ¡yo quiero mostraros la verdad inefable, el camino verdadero y la verdadera vida!»

Una vez más repito, Señores, que si os he hablado del mundo esta tarde, ha sido sólo á impulsos de un pensamiento benévolo y amante.

Yo no he sabido decíroslo todo, pero si tuviereis la bondad de oirme una vez más, la última en este invierno, en la próxima conferencia pondré ante vuestros ojos el remedio del mal del mundo.

A. M. D. G.

EL REMEDIO DEL MAL DEL MUNDO

OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

EL REMEDIO DEL MAL DEL MUNDO

CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO

IMPRESA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7.

—
ES PROPIEDAD
—



SEÑORAS, SEÑORES:



¿O habéis observado nunca durante vuestros paseos de Agosto cómo revolotean las efímeras por encima de los estanques y arroyuelos ó á orillas de los ríos?

Cuando el sol ha traspuesto las cumbres de los montes dejando envuelta la tierra en el manto gris de la bruma, vienen estas graciosas mariposillas á flor de las aguas templadas por el astro del día. Reseco el estuche que las encierra, se entreabre, y comienzan ellas por sacar fuera la cabeza y coselete; luego, afirmándose en todos sus diminutos piececillos, despliegan las alas; alargan las antenas finísimas como la

seda, se ensayan una y otra vez con aleteo tembloroso, y, finalmente, viéndose ya libres, se lanzan por el cielo. ¡La vida! ¡por fin gozan ya de la vida! la vida por los inmensos espacios, libre, sin freno ni cadenas, tal como ellas, sin duda, la habían soñado, cuando en las prisiones de su crisálida pensaban en la dicha que les esperaba. Y el ambiente que las baña, el aire libre por do vuelan, las embriaga y enloquece. ¡Ah, qué hermoso es este mundo y cuánto gozan ellas con él!... De repente allá en el horizonte aparecen unas llamas, iluminando la oscuridad de la noche que se echa encima con toda su negrura... ¡Oh!, indudablemente son estrellas, se dicen, y agitando sus nacaradas alas, vuelan á sorprenderlas... Muy abajo están para estrellas, es verdad... ¡pero son tan pequeñas y tan débiles las de allá arriba!... Vuelan, pues, hacia abajo, donde la llama aparece más viva y más extensa.

Una hora después las veréis, Señores, caer ¡ay, quien lo dijera! muertas á millares al pie de los reverberos, formando en torno con sus blancos cuerpecillos como un círculo de nieve. Su vida, que toda ella es de una hora, en esto se emplea, en arremolinarse alrededor de esa llama humosa, chocando y volviendo á chocar contra los cristales del farol, quebrando en ellos

las tenues antenas, restregando sin cesar las alas con pérdida de toda su hermosura, sin que logren jamás acercarse á la llama, que á su juicio era la estrella donde hallarían su felicidad; antes angustiadas cada vez más por el deseo de llegar á ella, y nunca desengañadas de lo inútil de su trabajo, van y vuelven sin cesar, hasta que mueren allí.

Señores, tal es la historia del corazón humano.

También nosotros, cuando nos llega la hora de abrir y desplegar las alas, libres ya de las envolturas y trabas de la infancia y juventud, nos lanzamos á volar: sí, á volar enloquecidos en medio del gran mundo, á disfrutar y aspirar con toda la fuerza de nuestros pulmones el aire libre de la vida, hasta embriagarnos con él!

Y he aquí que también á nosotros se nos aparecen unas brillantes llamas en que nos imaginamos ver la felicidad... un poquito bajas, es cierto, para estrellas, pero ¡tan vivas y tan fascinadoras!... ¡Oh, y cómo se va tras ellas nuestro corazón!... y chocamos y volvemos á chocar, aleteando y revoloteando sin cesar, siempre engañados y siempre con esperanzas, consumiendo en ese vaivén del corazón el breve plazo, esa hora, en nosotros algo más larga, de nuestra vida.

¡También nosotros tomamos por estrellas los reverberos!

Bien sé que á esto se podría decir: «¡Peor que peor! Vuestra es la culpa. ¿Teníais más que haber mirado mejor?» Es cierto: pero yo quisiera otra cosa. Yo quisiera, si me fuese posible, ponerme en el camino que llevan esas hermosas mariposillas, y abrir mis brazos, cuán largos son, y detenerlas en su vuelo, y decirles: «¡Ay, pobrecitas!... ¡No, por Dios, no: no está ahí, ni mucho menos, la estrella; no está ahí la felicidad!» Y aun después de caídas, quisiera yo recogerlas con mis propias manos, arreglarles las maltrechas alas, y mostrarles en el cielo las estrellas verdaderas.

Os dije en la última conferencia, cuán miserablemente engañaba el mundo á los jóvenes y á las jóvenes, acerca de las cosas, acerca de las personas y acerca de la vida: y cómo, por arte de este engaño, esterilizaba los bríos todos de su ingenio y los arranques todos de su corazón. Hoy me propongo deciros, cómo, obrando al revés del mundo, es decir, dando á las cosas, á las personas y á la vida el verdadero sentido y alcance que de suyo tienen, el joven y la joven despliegan y dirigen toda su fuerza y energía en pro del bien, que es la obra de toda la vida humana: y cómo al mismo tiempo, siguiendo

ese camino, van con paso certero, no á la llama humosa, malsana y moribunda que arde en las linternas, sino á la estrella, á la felicidad.

Ver padecer hambre es cosa triste; pero yo no conozco en esta vida cosa más triste que ver padecer esa enfermedad de los corazones que se llama desesperación. La lengua alemana tiene un vocablo que lo dice mejor: *Weltschmerz* «dolor ó hastío del mundo».

Acomete á toda edad, pero, á mi juicio, nunca es más aflictiva que cuando viene en la edad que había de ser la más venturosa de la vida: no á los veinte años, en que se comienza á vivir, sino á los treinta, cuando apenas se han dado los primeros pasos y es tan largo el camino que aún queda por andar!

Y, cabalmente, esta puede decirse que es la edad que mira ella con predilección... Una á una ha hecho que se desvanescan todas las ilusiones que florecían en el alma. Cada día ha sido un triste descubrimiento; cada día ha salido el sol sobre una nueva ruina... Tres años, dos años han sido bastantes para desolar ese corazón sin ventura... Por fin, la postrera racha lo dejó todo arrasado. Nada queda en pie. Ni

una hoja en el ramo de las esperanzas: todo seco, todo muerto!

Y sin embargo, hay que continuar viviendo, y entre las angustias de todos los días y de todas las horas, hay que tirar de la carga... hay que arrastrar una vida que ha perdido todos sus encantos... Y adelante no se ve ni un momento de reposo, ni un rayo de luz, nada, sino esa dilatada y triste vista de un camino seco y abrasador, por el cual no habrá más remedio que andar, andar y más andar, arrastrando y siempre arrastrando por espacio de treinta años, y quizás cuarenta, la carga pesada y abrumadora de la vida.

No me digáis que esta enfermedad es rara... Es la enfermedad de todas las vidas malgastadas, de todas las vidas sin encanto. ¡Y hay en el mundo tantas vidas de éstas! No se hallarán en el mismo grado, pero pocas habrá que no lleven el virus de esta enfermedad.

Cierto es, Señores, que en este mundo hay personas felices y yo conozco... hasta dos clases de ellas.

Pongo en la primera á ciertas almas finas y superiores, muy desprendidas de todo lo de acá abajo, amantes de lo ideal, de lo eterno y de lo divino; que han ordenado tan bien su manera de vivir, y se la han impuesto ilustradas con tan

cristiana luz, que en ella encuentran realizadas casi todas sus esperanzas.

Estas almas son felices en la medida que aquí abajo se puede ser feliz. Quieren estrellas, y efectivamente van á las estrellas.

Algunas de estas almas he encontrado durante mi vida, y tan vivo tengo su recuerdo, que fácilmente podría contarlas por los dedos.

La segunda clase comprende una serie de almas bonachonas, que se desayunan por la mañanita y luego leen el periódico; comen á mediodía y se dan después un paseíto; cenan por la noche, echan su partidita á algún juego hasta cierta hora, y, finalmente, se van á dormir hasta la mañana siguiente, para volver á comenzar la misma tarea del día anterior. ¡Almas cándidas y bonachonas, cuya desgracia comienza con la dispepsia ó al caérseles los dientes! Quieren reverberos, van á los reverberos, y... les parecen muy bien. Jamás se me ha ocurrido hablar para ellas.

Pero resta todavía, Señores, esa muchedumbre de almas que, no acertando á resignarse con sola esa vida de los sentidos aspiran á vida más alta, á la que al fin y al cabo es la verdadera vida del hombre, en la cual la inteligencia y el corazón ocupan el primer puesto, y el cuerpo y los sentidos van á la zaga. También estas almas

tienen sed de lo ideal, de lo eterno, de lo infinito: sólo que las pobres, ó por falta de consideración, ó por ignorancia, ó por yo no sé qué fatales coincidencias, asestan demasiado abajo... Querían estrellas, y se quedan en los reverberos.

À estas almas me dirijo principalmente... porque forman legión en el mundo...

Pues bien, cuando estudio yo su enfermedad y llego hasta sus raíces, descubro siempre en ella la fórmula que antes os decía: Esas almas se han engañado en sus juicios sobre las cosas, sobre los hombres y sobre la vida.

Les han pedido y han estado esperando lo que ni las cosas, ni los hombres, ni la vida les podían dar, la felicidad: y ahora, desengañadas, lloran y padecen.

¿Y no veis, Señores, á la vez que la enfermedad, el remedio? Bien claramente queda indicado.

Ver y tomar las cosas por lo que ellas son, ver y tomar á los hombres por lo que son los hombres, y ver y tomar la vida por lo que la vida es en sí. Es decir, ¡volver á la verdad! Y ahí tenéis, Señores, un resultado que, ciertamente, no carece de grandeza. La verdad, según esto, es la que libra de penas y conduce á la felicidad.

Por consiguiente, estudiar las cosas para saber bien lo que son en sí mismas y lo que de ellas podemos sacar, será el primer remedio. ¿Y es por ventura tan difícil esto?

Parece que no. En primer lugar hay una infinidad de cosas de que ya tenemos alguna experiencia. Saben, por ejemplo, perfectísimamente nuestros cocineros ó cocineras el gusto y el aroma que saldrá de tal condimento ó de tal yerba, y no se cuidan de pedir á las cebollas el sabor de las trufas.

La costurera más modesta no cogerá nunca las tijeras para coser, ni la aguja cuando quiera cortar la tela.

El albañil, el carpintero y el herrero conocen asimismo sus herramientas, y las emplean perfectamente en los usos á que están destinadas.

¿Por qué no obramos nosotros como ellos?

¡Pues no señor! No parece sino que, llegado el caso de construir esa máquina delicadísima y llena de mil complicaciones que llamamos nuestra felicidad, nos falta la razón hasta en sus primeros rudimentos, y escogemos á la buena ventura las herramientas más inútiles para el caso...

Pretende un caballero buscar su felicidad; y para llegar á ella, se fija ¿en qué?... En tal ó cual puesto que ambiciona. Después de muchos esfuerzos, consigue arrancar la credencial... Ya

tiene la colocación que deseaba... ¿Le dará la felicidad?... Sólo le puede dar un sueldo... ¿Y el sueldo?... ¡Oh! el sueldo puede darle una infinidad de cosas: puede darle — si es muy subido — un buen hotel, espléndido mueblaje, caballos, coches ¿qué sé yo?... Puede darle todo lo que se compra... Pero lo que ese caballero quería era la felicidad, y la felicidad no se compra... Esto debía haberlo sabido!

Otro señor aspira á la felicidad, y la fija en una condecoración, en la cruz de alguna Orden militar... Llégale junto con el diploma la alhaja... ¡Ah! ¡gracias á Dios que llegó!... Y con esto, se despierta en su corazón una alegría sin nombre, y... goza! Da las gracias — ó los derechos según los casos — y luego manda coser en todas las pecheras de sus uniformes la roseta ó la insignia de su condecoración... Pero al cabo de ocho días, las emociones pasan, se amortiguan... y mueren! El señor de nuestro cuento debía haberlo sabido. Esa cinta no podía producir más que esa ligera complacencia; y la felicidad es otra cosa muy diferente!

Se anuncia una gran fiesta... Vuestra imaginación se desata, vuestro corazón palpita de gozo, y ya soñáis con encantos y maravillas... ¡Oh, allí va á correr la alegría á torrentes! ¡Cuidado! ¡Reflexionad un poco... que ya sabéis,

poco más ó menos, lo que esta fiesta va á dar de sí, y podéis apreciar su valor y peso de antemano! Allí habrá luces, flores, tocados, música: se hablará, se bailará: seréis muy agasajada por delante, y por la espalda os degollarán: hallaréis amigas que os saludarán sonriendo, y aun rivales que harán lo mismo que vuestras amigas, y lo demás... todo lo demás... Pero no echéis en olvido que la fiesta durará dos, tres horas, y que después todo se habrá acabado... ¡triste palabra *acabado!* pero, no hay remedio, es la última de todas las cosas...

No esperéis más que esto de toda la fiesta, y nunca os veréis chasqueada... Si después os acomete la melancolía y sois víctima de la tristeza... es que habíais esperado algo más y no os lo podía dar. Debierais haberlo sabido!...

Entre todas las cosas que llaman la atención del hombre y le fascinan, quizás no haya una que le solicite con emoción más intensa y profunda que la belleza... Y con todo, ¿qué es lo que la belleza le puede dar al hombre?... Concretando bien la respuesta, veremos que sólo le proporcionará un sentimiento particular de complacencia que es la admiración, y si es dueño de la belleza, un sentimiento de amor propio.

Un cuadro, una estatua cualquiera producen efectos del mismo orden, y de orden bajo, por supuesto, ya que al lienzo, al mármol y al bronce les falta la vida. De modo que, total, tenemos admiración y amor propio; ¿no es verdad?... Y si no, probad á sacar de sola la belleza otras ventajas... y no lo conseguiréis!... De ahí los petardos que con frecuencia experimentamos todos.

Os acercáis á una persona agraciada por la naturaleza... os habla, y la encontráis, ó desdeñosa, propiedad de corazón mezquino, ó ridículamente fatua, achaque de entendimiento romo, ó tal vez, Señores, el precioso ejemplar se encuentra en el mismísimo caso que el busto de la fábula: «¡sin seso!...»

Y si la halláis buena, sencilla, dulce y tierna, desconocedora de su propio encanto y despreciadora de su poder: ¡ahl cierto, esto será un encanto: pero no se debe á la belleza... sino á la inteligencia y al corazón. Y esas buenas cualidades, todas esas prendas, que con tanta verdad y tan profundamente cautivan, se pueden hallar también en la fealdad; y aun envueltas en manto tan poco agradable producirán el atractivo que producían escondidas tras la belleza. De ahí viene aquel dicho de Lacordaire: «La cara más bella, sin un reflejo de bondad, me hace el efecto que una cabeza de medusa...:»

y de ahí también este otro, que estoy dispuesto á suscribir: «Una cara en que brillen inteligencia y corazón jamás será fea».

Conque, Señores, no pidáis á la belleza más que admiración ó amor propio... Porque si vais más allá, saldréis defraudados...

¡Sobre todo, no olvidéis que la belleza se acaba!

De esta manera debiéramos proceder en todas las cosas. ¿Queréis la felicidad?... Ved primero qué parte de felicidad os puede dar esta cosa ó la otra... ¿Puede daros algo? Pues tomad la cosa y usad de ella en la medida que os lo puede dar, ni más ni menos. ¿No puede? Pues dejadla; ya no tenéis que pensar en ella.

No olvidéis, sobre todo, que la felicidad no es de este mundo, pero se prepara en él... para el otro.

De buena gana os aconsejaría yo que llevarais acerca de las cosas de la tierra un libro de cuentas, un libro de esos que se escriben en secreto, muy lejos de las miradas profanas, y que se conserva guardado bajo siete llaves, porque todo él está escrito con el corazón.

Á la cabecera de una página escribid el nombre de una cosa que os está solicitando, y luego, debajo, escribid lo que acerca de esa cosa propuesta os han enseñado la experiencia y la

razón. Leed esa página muchas veces, quitad, poned ó corregid lo que las lecciones de la vida os vayan enseñando. Y este libro será para vuestra memoria, sumamente olvidadiza, un precioso recordatorio, y para vuestro pobre corazón, tantísimas veces cogido en los mismos lazos, una salvaguardia incomparable!

¡Siempre he admirado el gran instinto que tienen los animales!

Echad á un gato un pedazo de carne, por ejemplo: el gato se va á él, le huele, le da vueltas y revueltas, pero sin tocarle con los dientes hasta haberse convencido de que allí no hay engaño, y de que aquel bocado está bueno y sano. No recuerdo más que un caso contrario. *Dearly*, magnífico perro de caza, tenía la singular rareza de entrar en el gallinero y comerse allí, á qué quieres boca, los huevos frescos de las gallinas. Deseoso el amo de quitarle esta maña, mostróle á cierta altura un huevo preparado de un modo especial. *Dearly*, en espera, se lamía y relamía los labios, y enseñaba todos sus blanquísimos dientes. Entre estas y estas, el amo arrojó el huevo, y *Dearly* dando un salto, lo cogió en el aire... ¡En mal hora! El huevo estaba relleno de pimentón rabioso, y excusado es decir que el pobre perro tuvo motivo para gemir y aullar hasta rendirse. Mas, al fin, apren-

dió la lección, y en los días de su vida jamás volvió á tocar un huevo.

Pero nosotros, nosotros, ¡imposible parece! volvemos á las andadas, sin que basten uno ni mil desengaños para curarnos... Siempre nos parece que es un huevo, y nos lanzamos á él.

Al momento gritamos que aquello quema. Pero que vuelva á aparecer mañana el huevo, y volveremos á lanzarnos sobre él, y nos quemará...

Y pasado mañana nos lanzaremos también, y á este día seguirán otros muchísimos en que hagamos lo del primero.

Sí, Señores: yo encuentro en los animales muchísimo ingenio!

Así como nos han engañado las cosas, nos engañan también los hombres, y con tanto más vivo sentimiento de nuestra parte, cuanto es mayor y más profunda la herida que nos infieren.

Pero también aquí tenemos el remedio á la mano: estudiar á los hombres para saber cuánto valen, y estimarlos en su justo precio.

Algo más difícil será esto, no lo niego, teniendo como tiene el hombre la facultad de ocultarse y haciendo con tanta frecuencia uso de

ella; pero no obstante, con un poco de experiencia se consigue pronto.

Y ante todo, hay que despojar al hombre de todo lo que no es propiamente de él... El hotel magnífico y elegante, la escalera de mármol, el soberbio salón con toda su orfebrería y sus bronces, el mismo espléndido sofá de antiquísimo damasco en que el señor está arrellenado, en fin, hasta la roseta que lleva en la botonadura, quede fuera de cuenta, porque eso no es el señor, no es el hombre.

Recuerdo ahora que en la ceremonia de cierre de una Exposición universal, quedé deslumbrado por el oleaje de cintas, entorchados y bordaduras que se iban colocando en el estrado oficial. Á muchos de aquellos personajes ya los conocía yo, pero nunca me hubiera imaginado que tuviesen condecoraciones de tanto esplendor. Había entre ellos un hombrecillo diminuto, moreno, enjuto de rostro y habitualmente sobremanera encorvado, á quien yo tenía visto muchas veces en una sección extranjera, sin que jamás me llamara la atención. Pero en tal día, perfectamente encajado como se hallaba en su traje de grana, donde el oro y la plata competían formando brillante mosaico, cubierto materialmente de condecoraciones é irguiendo con gallardía la encanecida cabeza, oculta bajo las

ondulantes plumas de su sombrero..., aparecía verdaderamente magnífico.

Pero no cabe duda, me equivocaba; y lo que me infundía respeto no era precisamente el hombre sino aquella indumentaria que repentinamente le presentaba ante mis ojos revestido de inesperada grandeza.

Tres meses después volví á verle... ¡ay! en su primitiva pequeñez, vendiendo en una tienda de cierta callejuela colillas y desperdicios de cigarrillos rusos! Las personas que le vieron, como yo, en la solemnidad y brillantez de aquel día, y no le han visto detrás del mostrador de cigarros, le tienen aún gran respeto.

Por tanto, despojad al hombre del extraño aparato con que se reviste, y luego, aplicad el oído á su conversación, que ahí estará él! Va á hablar, os va á entregar una parte de su alma, su inteligencia... Escuchad los pensamientos que salen envueltos en esa música incomparable de la palabra: oíd la inflexión de la voz, áspera ó suave, tosca ó enternecida: también os revelará parte del alma. Considerad la llama de los ojos, el pliegue del entrecejo, la curva de sus labios: por ahí asoma el alma entera.

No digo yo, Señores, que en una sola conversación pueda juzgarse á un hombre, ni medirse el alcance de su inteligencia. De ningún

modo. Y por lo mismo, tampoco debe uno derramar su corazón en el de otro á las primeras de cambio. Téngase espera, insístase una y otra vez, prosígase por algún tiempo el estudio. Sin embargo, salvo algunos perfiles que exigen particular insistencia, ya se puede desde la primera entrevista dejar como bosquejada la clasificación que á una persona le corresponde.

Con un poco de experiencia y mediana habilidad para dirigir la conversación y hacerla recaer sobre ciertas materias que son como la piedra de toque de naturales é ingenios, se llega al cabo de una hora de trato en un salón, en un paseo y aun en los encuentros casuales de un viaje por ferrocarril, á clasificar con exactitud al interlocutor.

La misma regla se ha de aplicar á la mujer: aunque el juicio es más difícil, no solamente porque al oírla sería preciso cerrar los ojos y no mirarla para evitar sorpresas, pero también porque, con aquella su charla fruslera y simpática de cotorra, va pasando rápidamente de cosa en cosa picándolas todas con tanta gracia y delicadeza, que sus pensamientos semejan enjambre revuelto de mariposas que revolotean por encima de los objetos, sin pararse ni insistir en ninguno.

Habla, la oís, y el tiempo se pasa volando...

Se marcha, y pensando luego vosotros á solas sobre lo que ha dicho, no encontráis en resumen sino un murmullo vago, una música vaporosa que sigue cantando en vuestros oídos roman- zas sin palabras, y á veces palabras sin pen- samientos.

En suma, á quien quiera ensayar esta clase de estudios sobre el espíritu de los hombres, le propongo que haga otro libro secreto. Al salir de un salón, de una tertulia, de una entrevista cualquiera, anotad las personas que por razón de las circunstancias hayan estado junto á vos- otros. En la parte superior de la página escribid el nombre, ó mejor, por caridad, las iniciales ó un seudónimo, y después el resumen de la con- versación que hayáis tenido con ellas.

Debajo del nombre no habrá muchas veces nada; con frecuencia noticias de tal ó cual periódico y apreciaciones sobre teatros y libros; á veces ¡oh y cuántas! la crónica menuda de los chismes y escándalos del lugar; en ocasiones... pero no puedo, Señores, contar yo todo lo que allí se hallará: sin embargo, allí se descubrirá también de vez en cuando el carácter personal y serio, profundo y penetrante; y siempre, aunque no sea más que por un rasgo fugaz, se descu- brirá el alma, con su inteligencia, sus genialida- des y sus afectos.

Cuando, hecho este análisis, hubiereis colocado al hombre y á la mujer en el grado y estima que por sus prendas les corresponde, ya tenéis los datos suficientes para saber lo que podréis prometeros de ellos; y midiéndolos en vuestro trato y confianza por esta regla, no os veréis ya más en el trance de llamaros á engaño ni de llorar decepciones.

Mas permitidme que os lo diga... No cabe duda que preferís el talento á la estupidez; pero mucho más aún que el talento estimáis la bondad... El talento no está en mano del hombre, sino que Dios lo da á quien le place y en la medida que le place; mientras que nuestra bondad es obra nuestra: nosotros somos los que nos hacemos buenos inclinando nuestras almas al bien. La bondad es la sonrisa de Dios impresa en la cara del hombre!

Un amigo mío, médico del ejército, había asistido á un pobre niño, hijo de unos obreros, sordo-mudo, idiota, é imposibilitado de todos sus remos. Cuando hacía buen tiempo, solían ponerle sus infelices padres dentro de una caja á la puerta de su casita, donde visiblemente se reanimaba, participando la vida que el astro del día derrama sobre la tierra. El doctor, que al

ir de servicio, necesariamente tenía que pasar por allí, nunca lo hacía sin detenerse á dar una prueba de cariño á aquel envoltorio de carne humana. Muy pronto, á los ocho días, comprendió el niño la atención del médico, y en cuanto le veía venir, por lejos que estuviese, agitaba sus bracitos, se levantaba sobre la caja, y ya que no sabía articular palabra, lanzaba unos gritos indefinibles.

Así corrieron seis meses, cuando habiendo llegado orden de que la guarnición de esta ciudad se trasladase á otra parte, el médico fué á despedirse del niño... Nada comprendió el infeliz; pero como las caricias fueron más tiernas, correspondió él también de su parte moviendo los brazos con más cariño. Así acabó esta historia.

Poco después, viniendo también mi amigo á despedirse de mí, me decía: ¿Sabe V. que he llorado?... ¡Como lo oye V.! hace unos momentos, al despedirme de esa infeliz criatura.

Lo comprendo... Verdad es que en aquella masa informe y monstruosa, en aquella alma aletargada y sin chispa de inteligencia nada había que pudiese cautivar el afecto... nada, sino la bondad: pero, precisamente, la conquistadora de los corazones no es la hermosura de la materia, ni el talento, ni el genio: es la bondad.

Y no quiero yo deciros que sea ella lo único que debáis apreciar, pero sí al menos, que nada améis fuera de ella, y sobre todo, que de nada os fiéis sino de ella.

Pero el caso es que la bondad nace y depende de la voluntad: y ¿cómo hemos de conocer la voluntad humana?

Os he dicho: para apreciar el talento del hombre, hacedle hablar y escuchadle.

Pues ahora os diré: para apreciar la voluntad del hombre, dejadle obrar y observadle. Las obras son el lenguaje de la voluntad, así como las palabras son el lenguaje de la inteligencia.

Observad, pues, aun las cosas más insignificantes, y descubriréis si el corazón es leal, franco, honrado: si es bueno, tierno y complaciente: si es generoso, abnegado, y olvidadizo de sí mismo. Id anotando todo esto, todo, y vuelvo á deciros que sabréis lo que podéis esperar de él.

No sé en qué novela sucede que una joven queda admirada de ver que cierto joven, al atravesar un portal, se ladea haciendo un esguince por no molestar á un perrillo que hecho ovillejo estaba durmiendo allí, al paso. La joven augura muy bien de este hecho; y tiene razón, y muchí-

sima razón. Porque quien sabe mortificarse en favor de un animal, preparado está para mortificarse en favor de un hombre... y saber mortificarse en favor de otro, es saber sacrificarse por él; lo cual es una forma, aunque no muy frecuente, de la bondad.

Oíd ahora un hecho que me llama muchas veces la atención. Van sentadas en un coche del tren ocho personas, supongamos que son hombres. Llega el noveno, y la primera manifestación de caridad en favor de este nuevo hermano, es un murmullo, discreto sí, pero que se traducirá perfectamente por un «¡Váyase al diablo!» El segundo movimiento de caridad es, que ninguno de los ocho que están sentados se mueve, esperando cada cual que se vaya al banco de frente.

¿Qué hace entonces el recién llegado?... Acostumbrado por la experiencia á estas demostraciones de manifiesta atención, escoge á la ventura un hueco, y, venga lo que viniere, se mete entre las piernas de unos y otros, como cuña en la hendidura de un tronco.

¿Puede haber nada más humano? ¡Pues reflexionad..., y si esto es humano, no esperéis más de los hombres!

Mas suponed que en iguales circunstancias veis á un viajero estrecharse y haceros sitio en

seguida, ¡ah! ya podréis esperar algo más de ese corazón, porque conocéis que se mortifica.

Va un hombre por la calle, da un resbalón, cae, y se rompe una pierna... Al punto se agolpa la gente alrededor: unos le miran y siguen su camino; otros le miran y se compadecen... otros le levantan, procuran acomodarle y aliviarle, van á buscar un médico, una camilla... Sólo estos últimos saben sacrificarse. Juzgad bien de ellos.

¡Ay Señores! acabamos de asistir á uno de esos horribles dramas que tan á menudo se realizan en la región hullera; y os aseguro que, cada vez que llegan á mis oídos tales noticias, el corazón me da saltos de admiración hacia ese pobre pueblo ennegrecido.

En la cuenca minera ha retumbado el espantoso trueno de las explosiones subterráneas, el suelo todo se ha estremecido, y por el aire cunde ya un clamor inmenso que de casa en casa va anunciando alarma siniestra: «¡Una explosión! ¡una explosión!» Y á este grito salen de todas aquellas negras barracas atándose á toda prisa el cinturón, miles de obreros que poco ha dormían tranquilamente... Vuelan crispando los puños hacia la humeante boca por llegar cuanto antes... ¿Y á qué? «¡Ah! ¡á los compañeros!... ¡á salvarlos!»—¿Cómo? ¿á ese abismo? ¿á 500, á 600 metros bajo tierra?—¿Pues qué? ¿no están ellos

allí?—¡Pero el fuego, y las simas, y los peñascos? ¡Vais á la muertel!...—¡Confianza en Dios, en Santa Bárbara y en San Eloy!

Y cuando la caja descensora está á punto, y los ingenieros gritan: «¡Ea!... ¡al auxilio!...» vedlos, mil brazos se alargan, al mismo tiempo que mil voces en sublime confusión responden: «¡Yo!... ¡yo!» ¡Ah, Señores! bajo esa blusa azul, bajo esa piel curtida por la intemperie, bajo el negro polvo de esos rostros, se ocultan almas grandes... En presencia de tales hombres, bajad la cabeza. ¡Saben morir por sus hermanos!

¿Por qué insistiré yo tanto en esta virtud de olvidarse uno de sí mismo y sacrificarse en pro de los demás? Ciertamente que no es la única, pero sí, á mi juicio, la primera, á lo menos, por el lado que ahora vamos considerando. Un hombre que intervenga en nuestra vida, no puede, en efecto, darnos gusto sino á fuerza de sacrificios que ha de imponer á su egoísmo para servir al nuestro. Si está acostumbrado á olvidarse de sí y á sacrificarse por los demás, descansenos en él, que ya sabrá sacrificarse por nosotros. Pero si, por el contrario, le vemos referir todas las cosas á sí propio, y sacrificarlo todo en su propia utilidad, tengamos ojo alerta;

que en la hora menos pensada nos sacrificará también á nosotros en el mismo altar.

Después de la abnegación, id también examinando la lealtad, la sinceridad, la honradez, y anotad bien sus quilates, para que sepáis á ciencia segura el crédito y honor que se les debe.

Al llegar aquí, Señores, no puedo menos de hacer resaltar un contraste que va haciéndose más y más visible conforme vamos abriendo la puerta á libertades, antaño jamás vistas ni oídas. El señor*** necesita un cochero, y la señora*** una cocinera ó una doncella. Se les presentan al efecto un joven y una joven que tienen buena pinta y no piden gran soldada. Al punto comienza una verdadera campaña de averiguaciones y de informes.

Cartas por aquí, visitas por allí, todo es poco: mi señor y mi señora van recorriendo una por una las casas en que sus pretendientes sirvieron; y si en esta inquisición descubren que el aspirante á cochero fatigó á los caballos, y la cocinera rompió una fuente, y la doncella entabló relaciones con algún gallardo militar de la guarnición..., cosa concluída; los buenos pretendientes se irán por donde han venido: las puertas de la cocina y de la cochera se les cierran, y para siempre.

Y no seré yo quien censure á tales señores: derecho tienen á examinar y aquilatar, como yo mismo os lo recomendaba, la honradez y la virtud de los que han de admitir á su servicio y cobijar bajo su techo: muy bien está que vigilen las puertas de su cocina y de su cochera, y nieguen la entrada á personas menos dignas.

Pero he aquí ahora, que esos mismos señores abren de par en par las puertas de sus salones... ¡Oh! ¡los salones! ¡Vamos! que en tratándose de ellos no entiendo ni palabra... ¡Conque pasan ahí todas esas cosas?... ¿Y, sin embargo, se les hace buen recibimiento, y se las acoge con la sonrisa en los labios!... Pues ni el cochero, ni la cocinera, ni la doncella, han hecho tanto como eso...

«¡Así es!... pero...»

Para todo se encuentran «peros» ¿no es verdad?

Cierto día—creo que muy lejos de esta tierra—estaba un hombre sencillo llorando desesperado y rabioso, y se tiraba de los pelos, porque un lobo le había comido su oveja...—Pero ¿cómo había entrado en el corral?—Porque yo mismo le había abierto la puerta, ¡grandísimo traidor!—¿Y no sabías que era lobo y que los lobos se comen las ovejas?—Sí, pero creía yo que no se comería la mía!

¿No es verdad, Señores, que este hombre es necio?...

Casi al mismo tiempo que yo entré en religión, contrajo matrimonio un amigo mío. Su esposa, recién salida de un colegio de religiosas, no tenía, según él, más que una falta, la de ser demasiado pacata.

Quiso, pues, formarla en molde más ancho, para lo cual púsole en las manos los libros clásicos de la educación al uso, y la llevó á las escuelas consabidas... sin dejar teatro grande ni chico, cuyos cursos no la hiciera seguir de rabo á cabo. Pero á los dos años descubrió que su esposa, nada pacata ya y muy bien instruída en los principios de la tal gramática, se daba á ejercitarlos; y el buen hombre se alegró tanto..., que cogió un cuchillo y se dió con él un terrible golpe en el pecho.

El cuchillo estaba bien enseñado, y resbalando sobre una costilla, no hizo sino el rasguño pretendido.

La aventura terminó, primero con gran ruido en los tribunales, y dos años más tarde, con gran secreto, en un divorcio.

El marido murió hace ya bastante tiempo; la mujer, de caída en caída, vino á parar á las tablas de un café cantante.

¡En mi vida he tropezado con historia más

triste! Pero qué se infiere de toda ella sino lo que dice el estribillo:

Tú te lo quieres
Fraile mostén:
Tú te lo quieres
Tú te lo ten.

Y no es otra la conclusión que se encierra en el fondo de todas nuestras desgracias.

No echemos la culpa á la vida, ni á nadie más que á nosotros mismos.

De la vida poquito os diré, por no repetirme. No es ella lugar de felicidad, sino de prueba, y, como decía Bossuet, «de miseria».

De la vida, pues, no esperéis la felicidad, que no podrá dáros-la; esperad campo libre para el cumplimiento de vuestras obligaciones, que esto sí está dispuesta á daros, y no os faltará.

La vida pasará, porque realmente pasa... ¡y pronto! y así como el agua de un río lleva un tronco á la mar, así la vida llevará vuestra alma por entre las riberas del tiempo al océano inmenso de la eternidad.

Y entonces, ¿qué importará que haya sido feliz ó desgraciada, gloriosa ó desconocida, con tal de que haya sido fiel al deber?

¿Habéis pensado alguna vez en esto?

Ahí tenéis dos cadáveres: aquél es de un pobre hombre que se pasó toda la vida cortando leña ó machacando piedra; éste de un soberano aclamado de pueblos y naciones. Romped ahí esas miserables tablas casi sin labrar; abrid aquí este ataúd chapeado de plata y oro: levantad en el primero la tela burda, y en el segundo las sedas y terciopelo. ¿Qué veis ahora?... Dos cuerpos humanos, semejantes en todo; uno y otro envueltos en podredumbre...

¿Y las almas? Á un mismo paso acuden ambas á la presencia del Juez, y á una y otra, lo mismo á la del emperador que á la del pordiosero, sólo se les hace una pregunta, la eterna pregunta, siempre la misma desde el origen de los tiempos hasta el fin de los siglos, siempre esta única pregunta acerca de la vida: «¿Has cumplido con tu deber... tú, con tu deber en los tronos, y tú, con tu deber mendigando en los caminos?»

El deber, el deber, el deber.

¡Todo lo demás no es nada!

Analizar de este modo las cosas, los hombres y la vida, ponerlo todo en su verdadero punto y servirse de todo ello para ir á la vida eterna, no sólo es acertada sabiduría, sino también virtud... Es adonde se endereza toda vuestra educación religiosa; es la enseñanza que de lo alto

de la cátedra del Evangelio deja el sacerdote caer sobre vuestras almas. Y esa influencia del sacerdote, de que con tantos espantos y terrores pretenden los hombres del día alejarnos, se reduce sencillamente á esto... á enseñar á las almas la verdad acerca de los hombres, de las cosas y de la vida, y á dirigir las por el camino de la verdad, á la felicidad: cosa tan natural, tan clara, tan evidente, que no puede uno menos de preguntarse cómo es posible que el mundo llegue á engañarnos tan fácilmente y tan pronto.

¿Queréis saber el secreto?... El mundo no ataca al descubierto la ciudadela de las almas, sino abriendo minas subterráneas, y esta táctica merece que nos detengamos y la examinemos.

Sólo voy á fijarme en uno de los medios que para su intento emplea, dejándoos á vosotros el estudio de los demás.

El más poderoso es la fuerza seductora del ejemplo.

Al hacer este examen, ha de tomarse al hombre tal como es, con sus preocupaciones y flaquezas; no se le ha de imaginar conforme á nuestro ideal, como sería justo que lo fuera, es decir, con la vista siempre fija en las prescripciones

del deber, con el oído siempre atento á la voz de la razón y con las pasiones siempre bajo sus pies. El joven y la joven distan mucho de ser todo esto; los mejores harto hacen con esforzarse para llegar á serlo.

Y aún hay que saber más. Hay que saber que la virtud, por muy amable que uno se la pueda pintar, exige privaciones que molestan á la naturaleza humana y reclama á veces sacrificios que la hacen dar ayes de dolor.

Recuerdo haber visto en las paredes de una iglesia de Alemania una representación simbólica de la virtud, verdaderamente rara. Es la figura de una joven que está de pie y muy recta. Se está riendo, y tiene puesto el índice en los labios, dando á entender que no deja salir ninguna palabra sin medida ni prudencia: una banda le sujeta los brazos por un poco más arriba de los codos, significando que sus movimientos están comprimidos y sujetos por las cadenas de una previsora moderación. La otra mano está colgando y sosteniendo un freno emblemático: uno de los pies se adelanta un poco tanteando el suelo para asegurarse y evitar sorpresas. Este símbolo es, sin duda, precioso, y llega al alma; pero mientras el alma se admira, allá en el viejo fondo del corazón humano, como suelen las cucarachas en las rendijas de ciertas cocinas

viejas, bulle un regimiento completo de pasioncillas que gritan: «¡Oh, qué molesto y pesado debe de ser vivir de esa manera!»

Y es verdad: ese dedo, esa banda, ese freno, ese pie que va á tientas, todo eso molesta y embaraza.

¡El vicio anda mucho más suelto!... Vive á sus anchas... ¿El deber?... ¡Oh! de eso se preocupa muy poco. ¿Comedimiento y mesura?... Rompe todas sus reglas. ¿Moderación?... Salta todas sus barreras. Va, corre, vuela, sin ley y sin freno, adonde le empuja el instinto del momento. Nada le detiene, si no es alguna vez ese cuidado cruel de «salvar las apariencias»; pero ¡qué odio tiene á ese mismo freno! ¡cómo lo tasca! ¡qué espumarajos echala!... Y cuando, al salir de los salones donde no tiene más remedio sino morderlo, ve franca la entrada á la intimidad de los círculos discretos, ¡cómo se lanza á rienda suelta, libre ya y sin estorbo de máscaras! No parece sino que la desenvoltura y el descoco mismo le dan movilidad y garbo y una gracia singular. ¡Ah! ya no es la doncella atada de antes, sino la ninfa de los bosques saltando de rama en rama, encantadora, con un encanto inferior y bajo, sí, pero encanto real.

¿Qué misterio es, Señores míos, ese de la belleza del mal, esa gracia del pecado, que brilla

seductora á la vista del hombre, como suele á la de los pobres pajarillos el espejo que les ponéis en la trampa?

Y no pára aquí aún. La virtud, tímida, pudorosa y modesta como es, cada vez se encierra más dentro de sí ocultando allí en su seno sus mejores tesoros y cualidades más preciosas. ¿Quién de nosotros no ha experimentado alguna vez esa clase de respeto que nos hace enmudecer, esos temores que nos ruborizan y nos fuerzan á bajar la vista, esas vacilaciones que nos hacen representar tan mal papel, finalmente, esa especie de azoramiento repentino que, según frase recibida, paraliza todas nuestras buenas prendas?

El vicio, como anda tan suelto y es tan descarado, va el primero, se presenta al público, establece sus reales donde quiere, hace la rueda, y al lado de las humildes y modestas plumas de la virtud, presenta abierto al sol, con estremecimientos de triunfo, el extenso abanico de su cola, con plumaje de pavón á veces, y las más de vulgarísimo pavo.

Mas ¡qué importa? así quedan presas pavas reales y comunes: ¡y cuántas otras aves de raza aún más noble quedan también prendidas como ellas! ¡Oh! ¡qué ventajas trae la desenvoltura!

Poned, pues, ahora, Señores, al vicio y á la virtud andando juntos del brazo por un mismo camino.

Al principio reprenderá, y fuertemente, la virtud á su compañero de viaje: irá padeciendo y se ruborizará de verle á su lado, y hasta procurará huir de él, porque conoce lo malsano que es para su alma. Pero como la virtud es tan buena y piensa tan bien, distingue perfectamente entre el pecado y el pecador, y por más que diga pestes contra el crimen, sigue amando siempre al que es víctima de él. En sus infortunios le alienta, en sus cansancios y disgustos le sostiene: si él padece y llora, ella sufre y llora con él... Y al llegar á este punto, el vicio tiene sus confianzas con la virtud.

Cuéntale entonces las historias de aquellos países remotos, en que ha vivido tan contento y tan alegre; de aquellas tierras lejanas que tan sólo en sueños turbulentos ha podido la virtud entrever. Descríbele su sol de fuego, su tierra abrasadora, sus flores enrojecidas, el amargo sabor de sus frutas y el ambiente embriagador que hace palpar los pechos. Pónele con vivos colores ante los ojos el encanto de sus hechizos, la fiebre de sus placeres y toda la escena de ese mundo en que aparecen y vuelven á aparecer, entre cantos y risas, en el engarce voluptuoso

de las danzas, las turbas enloquecidas de los afeminados y de los impuros.

Estremécese la virtud con esta pintura: pálida y ansiosa... condena todavía; pero escucha, ¡ay! é hipnotizada por la fascinación de la serpiente, queda con los ojos tendidos hacia allá, hacia ese mundo que le repugna y la atrae, la asusta y la tienta, del cual retira los brazos, pero sin apartar la vista.

Cuando el vicio torne á esa tierra de las pasiones fogosas, la virtud permanecerá firme en su puesto y no le seguirá: pero su pensamiento irá en pos de él, sus ojos le acompañarán y ella le verá, gozoso, risueño, y bebiendo el placer en toda suerte de copas: mientras que ella, en la austeridad de su vida, se sentirá fría, aislada, silenciosa, triste...; tendrá, es cierto, las satisfacciones propias de la buena conciencia y de la honra, pero le parecerán monótonas, sin sabor, y siempre las mismas. Por otra parte, es imposible que no se convenza de su evidente inferioridad ante el mundo, y no vea claramente que la buena suerte está á favor del vicio, y que á ella la dejan abandonada... ¿Qué le había de costar conseguir los mismos triunfos?... ¡Sería tan poca cosa!... Y eso poco ¿no sería inocente?... Se detendría en el camino, no iría hasta el fin, hasta la vergüenza...: no se arrojaría en el

abismo, iría bordeándole. No llegaría hasta perder la honra... Porque, perder la honra... ¡oh, no! morir mil veces antes! ¡Pero la deshonra está tan lejos!... no, no iré allá!..., hará alto antes, mucho antes, ¡oh, sí! muchísimo antes!

Y con esto ¡la infeliz! da un paso adelante. Este primer paso le sale bien: goza, y aunque siente el alma turbada, no experimenta remordimientos de falta grave: «En esto no hay nada malo».

Da otro paso más: «Tampoco hay pecado todavía en esto...» Da el tercer paso: «Pero es ser nimio mirar tan de cerca las cosas!...» Y, en efecto, de un paso á otro el salto no es muy grande: mas como el que se acaba de dar es preparación para el que se ha de dar luego, poco á poco y sin sentir se llega á avanzar tanto... «¡Dios mío! si está ya ahí el término! ¡Oh, ahí, jamás! ¡no! ¡no! Hasta ahí de ningún modo...; ni un paso más!»

Y no va más lejos, se queda detenida allí, en aquel senderito, á dos dedos del abismo, y desde aquella cintita de terreno se asoma, se pone á mirar y se inclina... hasta que un día, á cierta hora, en un momento impensado, le viene un vértigo, se le va la cabeza, le flaquean las rodillas... y se acabó, punto concluído, ¡perdida!

Id ahora á recoger en aquellas profundidades

esos restos magullados y palpitantes... De la virtud eso es lo que queda ya: está muerta.

Y el mundo se ríe, con una risa cruel... porque ha dado cuenta de ella, la ha vencido!

Por desgracia, Señores, tal es la historia de todos los días... ¡Cuántas infelices, cuántas desgraciadas yacen á lo largo de nuestros caminos!

Pero qué, ¿no sabían ya todos con anticipación lo que iban á encontrarse allí?... ¿No se les había advertido y repetido mil veces: «¡Tened cuidado! ¡Tened cuidado!» ¡Vaya si lo sabían! Pero el mundo los fascinó, los subyugó y los arrastró con su traidora amistad, cuya pérfida dulzura no rechazaron á tiempo!

Á la vera de los caminos por donde la virtud se precipita á su perdición, había antiguamente como ahora hay letreros que indican la distancia de los pueblos, ciertas sentencias terribles, frías como el mármol, pero sinceras y veraces, que caían sobre el alma como un bofetón sobre la mejilla y se le quedaban grabadas como hierro candente. Al mal le llamaban mal, y al pecado, pecado: y así, á cada paso que daba, sabía muy bien cada uno la marca que había de llevar en adelante sobre su frente. ¡Y cómo se retrocedía ante ese recordatorio de ignominia!

Pero al mundo le parecieron demasiado duras tales sentencias, y las desterró de su lenguaje como faltas de cortesía. Ya no se pueden pronunciar entre personas de educación, y yo mismo, vencido por la tiranía de esa farsa oficial, no me atrevo tampoco á pronunciarlas aquí.

Y en lugar de estas palabras ha puesto otras suaves, casi inocentes, graciosas y vagas, tales, en fin, que se pueden oír sin sonrojo. Quien sabe de mundo no emplea otras, y á lo sumo, se atreverá á acompañarlas con una sonrisita. Y ¿quién sabe? puede ser que le echen en cara esa misma sonrisa, y le tengan por descortés; y dado el actual rebajamiento de caracteres, ser descortés aun con el vicio, ¡oh!... es propio de personas mal educadas! ¡El mundo es tan bueno!... Sí, ciertamente, es muy bueno. Pero si una ráfaga de viento levanta el velo y arranca la careta: si á un estampido de la tormenta se derrumba esa débil muralla que llamáis *apariencias*: si algún infeliz ó alguna desventurada, heridos por la violencia del rayo, aparecen de repente con toda su ignominia al descubierto...; ¡ah! entonces ved cómo se precipita esa turba de hombres que el mundo llama buenos, ved cómo todos esos enmascarados secuaces del vicio acuden presurosos á remediar el escándalo. ¡Vedlos! apodéranse de los desventurados

y á la rastra los llevan por las vías públicas, como se llevaba en otro tiempo á los reos al lugar del suplicio. Y ¡cómo les ocurren entonces las palabras duras y crueles! ¡cómo se las arrojan y se las repiten y machaquean! ¡Claman contra esa vergüenza que se acaba de descubrir, la cuentan muy por menudo, la exponen á la pública execración, y al recriminarla ante el tribunal de la muchedumbre, oídlo bien, ellos, esos hombres impuros, se indignan y se ruborizan como pudorosas vestales!... «Ahí los tenéis, Maestro; se los ha sorprendido, y la ley manda que sean apedreados!»

¿Sabéis quién se va á levantar ahora para salvar á esos pobres desgraciados, pisoteados de todos, tendidos allí en el suelo, en presencia de la muchedumbre amotinada, y con la honra hecha jirones? ¿Sabéis quién se llegará á ellos para cubrirlos con su propio cuerpo, y repitiendo la conocida sentencia del divino Maestro: «Quien de vosotros esté sin pecado arroje sobre ella la primera piedra?» No será, no, ninguno de esos buenos del mundo. Será, sí, algún venerable sacerdote quien los levante, y sintiendo correr aún sobre sus manos el sagrado crisma con que le ungieron, los bendecirá en nombre de Cristo y les dirá como él: «Id y no pequéis más!»

¡Señores, no olvidéis esto! El sacerdote, ó generalizando más, la acción religiosa es quien ha dirigido al joven y á la doncella hasta el completo desarrollo de sus corazones generosos y de sus virtudes: esa fuerza divina de la educación religiosa es quien los ha elevado tanto.

El mundo deshace todo esto, les tira hacia abajo, los arrastra hasta dar con ellos en el suelo y meterlos en el lodo, para pisotearlos.

Entonces es cuando la acción religiosa, aceptada en medio de ese abandono, vuelve de nuevo á su tarea: lava á los manchados; purifica á los caídos y torna á levantarlos hacia aquellas alturas en que los habían puesto las virtudes de su juventud.

El mundo tira hacia abajo..., Dios tira hacia arriba!

Por esta señal los conoceréis. De Dios viene todo lo que eleva y engrandece, y del mundo, todo lo que empequeñece y abate.

Conocéis el poder avasallador del ejemplo. Mas ¿habéis pensado alguna vez en el poder del libro? ¿De ese libro que repartido á miles de ejemplares va á poner los ejemplos ante los ojos

en el gabinete, en el taller, en la buhardilla y ¡pena da el decirlo! hasta en la escuela: de ese libro que, metido en lo más recóndito del cajón, compañero inseparable de la almohada, furtivo y oculto, va á hacer desfilar en confuso tropel la gran escena del mundo?

El alma vive en esta escena, se anima con ella, recibe sus encantos, la oye, la escucha y ve pasar delante de sí la fascinación de todos los contentos y alegrías de la tierra.

Y la serpiente dice: «¿Por qué no coméis de esa fruta?»

Antes de tocar esta materia he querido enterarme bien, para saber muy por menudo el catálogo de los libros que corren por el mundo, por el mundo honrado quiero decir, ese mundo que guarda el decoro y los respetos debidos, ese mundo del cual dicen que es el *gran mundo* y el mundo elegante.

Pues bien, Señores, si uno coge esos catálogos por los dos extremos... el honesto y el otro, fácilmente llegará á formar una idea exacta de lo que hay en medio.

Y ¿qué queréis que os diga yo de esos libros? Desde el punto de vista literario, fuera de algunos nombres grandes que en las diversas escuelas sobrevivirán como modelos clásicos y de carácter peculiar, la generalidad de ellos es de un

mérito insignificantísimo!... Pero no es por la magia del estilo, no, por lo que son buscados y apreciados, sino por la febril exaltación con que contagian las almas.

Sentado esto, creo que en cuanto al objeto que nos ocupa se los puede dividir en tres clases:

Novelas morales que se permiten leer á las jóvenes que acaban de salir del colegio.

Novelas decentes, algo más francas y significativas, que solo se permiten después de la entrada en el mundo.

Novelas libres ó peligrosas, reservadas para después del matrimonio, con toda una serie de matices de creciente viveza, desde los límites de la novela decente hasta las fronteras de la indigna y escandalosa... Y, finalmente, esta misma novela escandalosa, en la cual me permitiréis no insistir ni poco ni mucho.

Pues bien, ved ahora los resultados. La novela moral primeramente agrada y gusta... pero á la larga, siempre la misma, fastidia. Entonces se pasa á la novela decente y honesta, pero ésta también, á la larga, se hace pesada y monótona... Se pasa entonces á la novela libre, y desde este punto ya apenas se vuelve hacia atrás... Una vez saboreada esta salsa, todas las demás parecen sosas... Se va descendiendo por

esta serie, y, como os decía antes, se llega pronto, muy pronto, al término. Es cierto que al llegar aquí, se oculta el libro; ya no anda sobre la mesa ni sobre el estante, sino que está bajo llave y sólo se enseña á los amigos de más intimidad, y esto con el mayor secreto.

Y la serpiente siempre diciendo lo mismo: «¿Por qué no coméis de esa fruta?»

La influencia de ese libro y la acción que ejerce en la formación del joven ó de la doncella, os la voy á decir ahora en una palabra... Parece que estereotipa en el corazón, precisamente allí donde la conciencia da gritos, esta sentencia frívola, pero terrible: «¡Todos llegan ahí!... ¡Ahí llegan todas!»

Y la serpiente vuelve á repetir: «¡Comed, pues, comed! ¡Es una fruta tan rica!... ¡tan dulce!...»

¡Y por fin, brota naturalmente la conclusión!... ¡Ya la adivináis!...

En efecto. Hay en la vida de todo hombre y de toda mujer una hora en que se presenta á sus ojos, no ya la novela de los libros, sino su propia novela, la novela de sí mismo, la novela de sí misma... y la primera página es... completamente idéntica á la de tantas otras que ha leído, inocente, risueña, atractiva; y luego viene la duda de si se continuará escribiendo ese libro vivo, que se abre así de improviso... ¿Y por qué

no? «¡Todos llegan ahí: ahí llegan todas!...» ¡Esa es la seducción del libro!...

Considerad bien lo espantosa que es.

Porque no hay que forjarse ilusiones: el fondo de todos esos libros es siempre la lucha perpetua entre la pasión y los deberes de la conciencia; y bien sabéis que no siempre lleva la conciencia la mejor parte. Ni mucho menos. Porque aun en aquellos que reprueban y contienen la pasión, ¡cuántas veces se alegan en favor de ella circunstancias atenuantes! ¡cuántas veces se la presenta con tales colores, que hacen se condescienda con ella á causa de la belleza y de la gracia que en sí encierra, es decir, de aquella belleza y aquella gracia del vicio de que poco ha os hablaba! Pero la pasión vive en el corazón de ese joven y de esa doncella... y vive llena de hervor y siempre solicitando, y vosotros se la hacéis agradable y encantadora... Pues ¿cómo queréis que el joven no la escuche y no se abraze con ella?... ¡Si todos llegan ahí! ¡Si ahí llegan todas!... ¿Por qué razón no ha de llegar ahí él? ¿Y por qué razón no ha de llegar también ella?...

Antiguamente, Señores, había en las familias

cristianas una costumbre que ha caído ya en completo desuso en nuestros días, y era que, después de cenar, y quitada la mesa, se formaba un gran corro en torno del hogar en que se quemaban buenos troncos de leña; y padre y madre, hijos é hijas, se quedaban allí y, guardando religioso silencio, como si estuviesen en oración, oían todos la lectura de un libro. Leían la vida del Santo del día.

¿Habéis hojeado alguna vez esos libros viejos? Aún se los encuentra llenos de polvo y polilla durmiendo sueño profundo en los rincones de bibliotecas antiguas.

Cierto que carecen de lo que hoy se llama aliciente y están desprovistos por completo de crítica, y la ciencia contemporánea tiene contra ellos prevenciones muy fundadas: hay en ellos mezcla de leyenda y de historia, y yo tampoco os los doy como escritos en pergaminos de toda autenticidad. Pero ¡qué vigor, qué hermosura, qué nobleza, qué corazones tan generosos, qué almas tan grandes y sublimes se descubren en esos benditos Santos!

Se los verá pasar y como desfilan en aquella procesión continua de cada día, puros, sin mancha, como lirios, cuidando siempre de su virtud y de su honra, y desdeñando todo lo demás, fieles hasta morir, desprendidos de todo, salva

la conciencia, y dispuestos á sacrificarlo todo, fortuna, grandeza, sangre y vida, antes que faltar en un ápice.

Iban á las llamas, á los leones, á los tigres, á la espada y á las hachas de los lictores, á los caballetes y á los garfios de los verdugos... sin temer nada, absolutamente nada en el mundo, fuera de manchar su alma con el más mínimo pecado.

Y al verlos pasar y desfilar de esta manera en innumerables falanges durante el curso de todo el año por las páginas del libro, también se ocurría el pensamiento... «Todos llegaban á lo mismo, todos sabían morir y todos sabían vivir santamente. ¿Por qué no he de poder yo lo que aquellos y aquellas pedían? Sí, quiero vivir como ellos, sin temor y sin cobardía, puro y sin mancha!»

¡Ay, Señores, cómo empujaba hacia lo alto este pensamiento, cómo elevaba el alma sobre las cosas terrenas, cómo la ennoblecía y cuánto la sublimaba, qué ambición le inspiraba por las alturas y qué pasión le infundía por llegar á las cumbres! ¡Ah, Señores, estos, estos eran y son los ejemplos que el hombre necesita!

Pero ya no estamos en aquellos tiempos... y las vidas de los Santos no aparecen ya en el catálogo de los libros del mundo.

¿Hemos ganado mucho con ello?
¿Somos por ello más felices?

Yendo un día de viaje vi entrar en el coche en que iba yo á una señora con su hija. La madre mostraba esa mirada lánguida y resignada que suelen tener las personas á quienes la vida no hace ya ninguna promesa, pero á la vez inquieta, con la inquietud del comerciante que ve á los compradores pararse á ver el escaparate y pasar adelante sin entrar en el comercio. La hija estaba en la edad en que es hora de darse prisa, si no se quiere perder la ocasión, y las flores y cintas del tocado, á imitación de los antiguos semáforos, daban desde muy lejos señales de una situación desesperada. En su frente se revelaba la melancolía, y por los pliegues de sus labios se escapaba una sonrisa de desdén y de acritud. Evidentemente, la pobre había estado mucho tiempo buscando y buscaba aún un alma que fuese hermana de su alma.

Y entonces mismo una y otra se habían lanzado á buscar, la madre sin esperanzas, la hija esperando siempre.

Yo no sé qué especie de compasión sentí por aquellas infortunadas pretendientes, con deseo

de que una y otra encontrasen, aunque fuese tarde, la una algún comprador y la otra un alma.

Mas he aquí que, para mitigar el fastidio del viaje, la hija se engolfó en la lectura de un libro que le prestó la madre, y era el segundo tomo de una obra de la cual la madre leía el primero.

Ambas tenían oculta la portada del libro, pero como entonces yo veía bien, alcancé á leer el título en la parte superior de las páginas.

Y al leerlo, sí que me compadecí inmensamente más de un tercer personaje... del infeliz que cargase con aquella mercancía y entregase su alma para hermana de aquella alma.

Réstame ya terminar.

¿Y de qué manera podría hacerlo mejor que repitiendo las palabras que puse por tesis de esta conferencia?

Sí, juzgad y tomad las cosas por lo que son: juzgad y tomad los hombres por lo que son: juzgad y tomad la vida por lo que es.

Y cuando hayáis ilustrado vuestra inteligencia y orientado vuestro corazón con esa verdad... tened cuidado todavía de que el viento del mundo y la fuerza de sus ejemplos no extinga esa luz, ni haga oscilar bruscamente á la aguja de esa orientación.

Sólo á este precio se adquiere la felicidad.

Señores, Dios ha colocado en torno vuestro, en la vida, unos corazones cuya felicidad os llega más al alma que la vuestra propia, los corazones de vuestros hijos y de vuestras hijas. ¿No es verdad que, con tal de verlos felices á todos, os resignaríais á sufrir?... ¿No es verdad que, á cambio de verlos dichosos, daríais toda vuestra vida y, como si fuera sola una gota de agua, vuestra sangre toda?... Pues entonces, abridles los ojos... y haced que sepan lo que son los hombres, lo que son las cosas y lo que es la vida. Contadles las historias de ese país que se llama mundo, que vosotros bien las conocéis por haber andado por él. ¡Quizás vuestros pies, heridos y aun rasgados al pasar por él, han dejado huellas ensangrentadas!...: ¡quizás hayáis dejado vuestras ilusiones todas y vuestros sueños todos, hechos jirones, entre las espinas y zarzales!... Pues enseñadles toda esa sangre de los caminos y esos jirones de los zarzales...

Bien sé que, cuando vosotros les habléis así, otras voces querrán ahogar con sus cantos la vuestra. Pues defendedlos contra esas voces extrañas que mienten, y contra esos cantos de sirena que hechizan; porque esas voces de fuera son voces de raptos... son voces de infierno.

¡Que sea santo vuestro hogar, y que se convierta en templo! ¡Que sobre ese dulce nido en

que descansan las prendas de vuestro corazón, se ciernan las alas de Dios y los protejan y los bendigan! ¡Y vosotros mismos abrid también los ojos!

Abrid, abrid vuestras puertas á todo lo que es verdadero, á todo lo que es puro, á todo lo que es justo, á todo lo que es digno de amor, y á todo lo que es honra y honestidad.

Mas poned fuertes rejas... ¡ah, sí! sed implacables, armaos del azote vengador de Cristo contra todo lo que es mancha é inmundicia. Grabad con letras de fuego sobre vuestros dinteles, á manera del escudo de las plazas fuertes, esta sentencia: «Corazón impuro no entra aquí». Y vosotros, cristianos, velad por vuestros hogares y por vuestros salones, al menos como por vuestras cocheras y por vuestras cocinas.

A. M. D. G.

EL DESPERTAR DE LAS ALMAS

OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

EL DESPERTAR DE LAS ALMAS

CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO

IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7.

—
ES PROPIEDAD
—



Monseñor (1),

SEÑORAS, SEÑORES:

EN un capítulo misterioso del Antiguo Testamento, oye el profeta Isaías voces de la Idumea que le dicen: «*Custos, quid de nocte? Centinela, ¿qué has visto en la noche?...*» y el centinela responde: «He visto venir la mañana: *Venit mane*».

Hay una noche de las almas, Señores, noche sin luz y sin sol, noche á veces muy tenebrosa y fría.

Y si hoy que el siglo XIX está espirando, nos preguntaseis á nosotros, encargados, como sacerdotes, de velar por las almas: «Centinela,

(1) Mons. Du Rousseau, Obispo de Tournai.

¿qué has visto en la noche? *Custos, quid de nocte?*...» yo podría responderos igual que el profeta de la antigüedad: «He visto la mañana, y he visto salir el sol sobre las almas... *Venit mane*».

¿Y cuál es el sol de las almas?... El verdadero sol de las almas no es la razón, pálida y fría por demás, sino la fe. La fe es quien difunde sobre ellas la luz, y con la luz el calor, y con el calor la vida.

Pues en este siglo decrepito que va á morir, vuelve la fe.

No me refiero á la masa del pueblo cristiano, que éste, ni ha renegado jamás de su símbolo, ni le ha adulterado ni ha perdido nunca sus esperanzas.

No; hablo de aquel ejército creciente cuyas devastaciones apuntaba en su tiempo Monseñor Dupanloup en un folleto de perpetua fama, *El ateísmo y el peligro social*: hablo de las almas tan extraviadas por el orgullo del pensamiento, que se rebelaron contra los últimos fueros de la inteligencia. Hablo de aquella muchedumbre de sabios, literatos, poetas y filósofos, que enloquecidos con los descubrimientos prodigiosos de nuestro siglo, y embriagados con el vino efervescente de la celebridad, creyeron bueno y hacedero acabar con Dios.

¡Insensatos! Dios era para ellos, bien lo recor-

dáis, una palabra hueca, demasiado fuerte y anticuada para las nuevas generaciones.

Según ellos, ya no había «ni Dios en el mundo, ni alma en el hombre».

«La humanidad tendría que suplir la impotencia de Dios.»

«El hombre era un animal de especie superior, que produce filosofías y poemas, al modo, poco más ó menos, que el gusano de seda hace un capullo, ó las abejas un panal.»

«El alma era un mito y su inmortalidad un despropósito...» retirado «á la guardarrope de ideas anticuadas».

«La idea», en resumidas cuentas, ¿qué era sino «el producto de una combinación como la del ácido fórmico?»

Y la virtud y el vicio ¿qué?... «Productos químicos como el azúcar ó el aguardiente». Todas estas cosas las hemos oído, y nos las han predicado entre sonrisas de triunfo.

Pues bien, en ese mundo es donde vuelve á parecer la idea religiosa...; ese es el mundo que aspira á creer; ese mundo es el que siente ahora «la nostalgia de lo divino».

Centinela, ¿qué has visto en la noche?... ¡He visto que llega la mañana!

Por supuesto, que sería una candidez contar ya como cristianas á ese número de almas que

apenas han dado los primeros pasos para subir al monte sagrado...; porque el cristianismo que ellas se forjan, vago, místico, incompleto, á veces falsificado y á veces prostituído, nada tiene que ver con el nuestro. Pero, al fin y al cabo, se ve que esas pobres almas, tan fuera de camino, tienen hambre y sed de Dios, miran á lo alto, y llaman á Cristo: y si Cristo, el Maestro, quería que no se apagase la mecha humeante, permitido me será ¿no es así? saludar esa centella, esa imperceptible llama que se enciende y comienza á enviarnos resplandores.

No es el sol de mediodía, pero sí la primera franja luminosa, que aparece en el horizonte, y brilla blanca como la nieve por encima de las montañas de hielo, cantando al cielo, que se conmueve de ternura, y á la tierra, que se estremece de gozo, el himno de las auroras y de las primaveras.

Desde los comienzos de este siglo había tomado la ciencia vuelos maravillosos. El método que le habían señalado con toda precisión los trabajos científicos de grandes maestros, la llevaba de descubrimiento en descubrimiento, y la hacía andar por este camino sin titubear y con una seguridad deslumbradora.

Para comprenderlo, es preciso haber experimentado lo agradable que es á un entendimiento tranquilo y amante del estudio, ir en la averiguación de la verdad, de evidencia en evidencia, y sin que la menor sombra de duda le embarace, ni le haga tropezar en el camino, ni le lastime los pies.

El entendimiento del hombre está hecho para la certeza: y como por todas partes le asalta la duda, así que encuentra una verdad, la reconoce y la saluda con entusiasmo.

La ciencia se la iba á dar..., y por eso él le tendió los brazos y le abrió todos los senos de su alma...; y la ciencia se hospedó en ella, como en palacio hecho á su medida.

Y en verdad, Señores, se concibe muy bien que se hayan enamorado de tan ilustre huésped muchos hombres.

La ciencia había escalado el firmamento y contado sus astros: por la exactitud de sus análisis sabía los elementos que en el seno de ellos se quemaban: había descubierto la ley de sus revoluciones, y les había señalado con anticipación la trayectoria á través de la inmensidad del espacio; y todos, todos, desde el primero hasta el último, habían observado puntualísima fidelidad. Cierta día, pareció que uno de ellos se había desviado de esa rueda matemática: se

comprueba, y se ve que la desviación de la ley es un hecho patente... ¿Qué es esto? ¿Se habrá rebelado algún astro contra las leyes descubiertas por el hombre? De la ley nadie dudó...: la ley es inviolable. Echa Le Verrier sus cálculos, y, seguro de la potencia de sus instrumentos, afirma, que en el cielo, y en el punto por él señalado, debe haber un astro desconocido que nadie ha visto ni podido ver, pero que estorba con su presencia la marcha de aquel otro que se desvía y se tambalea. Con este anuncio se ponen en movimiento los sabios... ¡Oh, qué reto de la naturaleza contra el hombre! Berlín poseía por aquel entonces la máquina más poderosa para registrar los espacios. Se la enfilaba hacia el punto negro indicado por Le Verrier... y ¡el astro estaba allí y se reveló por primera vez al mundo!

Quizá os acordéis aún de la conmoción general de orgullo que se apoderó de nuestras generaciones á consecuencia de este suceso.

Á la historia de los cielos añade la ciencia la historia de la tierra. La ciencia sabe el caos primitivo del globo, la consolidación de su suelo, el fraccionamiento y revoluciones de sus entrañas: conoce perfectamente cuándo y cómo han aparecido la fauna y la flora, las especies que han muerto y las que viven, cuál es su for-

ma y cuál su genealogía... Ofrecerán á Cuvier no sé qué hueso encontrado acaso, de una especie ya extinguida: y de ese resto casi informe, Cuvier, con la penetración de su ingenio y con la seguridad de las leyes inviolables de la naturaleza, nos descubrirá todo el esqueleto del animal desaparecido. Y en efecto, veinte años más adelante, y entre los helados témpanos del polo, aparecerá, como testigo de la ciencia y de la gloria del hombre, un coloso en perfecto estado de conservación, cual si le hubiesen embalsamado: «¡Oh genio del hombre, no te engañabas: así es como me había hecho la naturaleza!»

Y lo que hacían la astronomía y la geología, hacían del mismo modo la botánica, la zoología, la anatomía y todos los ramos del saber humano. La química formaba con prodigiosa rapidez su cuerpo de doctrina, y la física llevaba la precisión de sus experiencias y de sus leyes á un grado que nadie pasará.

Y todas estas fuerzas de la naturaleza, conocidas en su fondo y en su desarrollo las sujeta el hombre y las emplea para su uso.

Manda al vapor que le dé toda la expansión de su fuerza: y ahí la tenéis.

Pide á la electricidad que hable por él desde un cabo del mundo hasta el otro: y la electricidad habla.

Exige del sol que grave en las placas el retrato de las cosas: y el sol obedece.

La configuración del globo le estorba para sus viajes: y el hombre le canaliza y junta los océanos.

La mole inmensa de los montes le detiene: y él los taladra y se abre paso por ellos.

Nada hay, en verdad, que no haya sondeado con su ingenio, nada que no haya sometido á su voluntad... ¡Ah! ¡con cuánta verdad es el rey de la naturaleza, y cuán bien se rinde ella á sus pies!

¿No es él Prometeo triunfante que ha puesto su mano hasta en ese fuego del cielo que se llama vida, y, aplicando las leyes de su higiene y los progresos admirables de la cirugía y medicina, ha logrado retrasar la muerte? Desde principios de este siglo, la vida media del hombre ha subido diez años.

Indudablemente que todavía se observan las nebulosidades de lo desconocido en el campo del ingenio humano: todavía abundan desparrramados sobre el mapa de la naturaleza los puntos de interrogación. Mas esto ¿qué importa? No se tardará mucho en resolver todos esos problemas. Se explorarán las regiones desconocidas aún, y llegará la hora en que el universo aparezca ante la ciencia, claro, sin misterios ni enigmas.

Y permitidme que os lo vuelva á repetir: en todos esos conocimientos acerca de la naturaleza y de las cosas, el espíritu humano poseía toda la indestructible certeza que le dan la observación, la experiencia y el análisis...; la convicción y certidumbre que se funda en los hechos. ¡Hechos digo! Hechos, hechos, no teorías, ni ensueños.

Insisto en este punto por considerarle como la clave de las diferencias que os voy á describir. El entendimiento del hombre, en efecto, se acostumbra tan fácilmente y con tanto gusto á la certeza adquirida en el análisis y en la ciencia, que llega muy pronto á no tener fuera de ella otras convicciones, y á mirar como no probado todo aquello que no se demuestre al modo de los hechos científicos... Tanto se habitúa á la máquina de sus experiencias, que cualquier otro medio de saber lo considera como un estorbo. Tres años de estudios científicos bastan á veces para hacer la inteligencia de un hombre refractaria á las demostraciones y raciocinios de la filosofía.

Y es lo que sucedió.

Se enunciaron con arrogancia dos principios incontestables é hicieron de ellos la base de toda ciencia positiva, á saber:

No se podrá admitir ninguna verdad que no se haya demostrado con el género de prueba que le corresponda.

No se dará por determinada la naturaleza de un hecho sino cuando se le haya señalado su causa.

Y esto es verdad.

Pero como no admitieron más que un género de prueba, la experimental, ni reconocieron más que un orden de causas, las materiales y las físicas, echaron abajo de un golpe la religión y la metafísica. ¿Para qué necesitaban la religión? ¿Para qué la metafísica? La ciencia estaba llamada á suplir esas antiguallas.

Oíd este grito de triunfo: «La sociedad cruje, escribía la *Revue positive*, fundada por Littré, la sociedad cruje, y los genios se dilatan: y en esta universal transformación, la religión y la metafísica, instituciones antiguas del mundo, no se pueden adaptar á las nuevas formas... Y así, las descartamos como obstáculos del progreso. Con el auxilio de la ciencia curaremos la necesidad que el espíritu humano siente de averiguar su origen y su fin; así como la filosofía le curó la necesidad de creer en astrólogos, endemoniados y hechiceros. Por tanto, no más metafísica, no más religión: para nosotros no hay más que ciencia».

¡Y, francamente, esto no era bastante! ¡No, no, y mil veces no! No bastaba toda esa ciencia.

Por dos razones poderosísimas: En primer lugar, porque la ciencia es dama de muchas campanillas, trata á poca gente y tiene salones de puertas muy estrechas.

Es preciso reconocerlo: el número de sabios, comparado con la muchedumbre de la humanidad, es muy pequeño; y pretender dar como solución única de las eternas aspiraciones del hombre los dogmas de la ciencia, es privar despóticamente y para siempre jamás de toda certeza intelectual á la inmensa mayoría del género humano.

Todos los días nos están gritando hasta rompernos los oídos: «¡Siglo de la ciencia, siglo de la ciencia!» Pero ¿no veis que en sustancia eso es una torpísima lisonja?

No es el siglo de la ciencia el nuestro, no: es el siglo de la industria, del comercio y de cuanto pueda henchir de oro las gavetas y traer visibles ganancias: es, si queréis, el siglo del juego, de los caballos, del teatro, de la novela y de todo cuanto divierte y acarrea goces materiales; pero de la ciencia, creedme, no: no se cuida de esto el siglo.

Al salir de una conferencia acerca del sol, científica en el menor grado posible, pregunta-

ron á uno de los concurrentes, hombre de talento, sí, pero muy amigo de vivir á la moderna: «¿Y qué os parece de la conferencia?...»—«¡Qué os he de decir! respondió: ¡á mí qué me importa el sol!»

Esa es la ciencia del siglo... Que rebosen mis cajas, que mi mesa esté preparada y mi cama bien blanda y mullida: y después, lo mismo me dá á mí ciencia que sol. Que en el juego esté de naípe, que en la pista ganen mis favorecedores, que en los rosales haya rosas para coronar mi frente; y el sol y la luna... para otros!

Le veréis, sin duda, sentarse con vosotros en los tranvías y se dejará llevar en los trenes... Mas preguntadle ¿quién los mueve?... Y os responderá con énfasis, que el vapor.—«¿Y de qué manera?»—«¡Oh!... Tanto me preguntáis...»

Irá á hablar y á oír por la trompetilla de vuestros teléfonos; iluminará con lamparillas eléctricas sus salones y recibimientos: pero el cómo de esas cosas y el porqué de esos mecanismos, la ciencia, en una palabra, no se la exigáis. ¡Os dirá que él no es ingeniero!... Y así de todo lo demás.

Y ¿qué sucedería si yo os hablase del pueblo, del trabajador, del pobre?... ¡Cómo! ¿Á esos infelices que necesitan sudar la gota gorda en el campo ó en el taller para ganar el pan de cada día; á esos hombres que no descansan sino para

tomar á toda prisa su escaso alimento, ó reparar en dura cama el perdido vigor, vais con la embajada de: «No más religión, hijo mío; desde ahora mucha ciencia!»

¿Dónde queréis que adquiriera él esa ciencia que le pedís?

¿Y no es crimen dejarlos así, presa de las dudas que devoran el alma humana?... ¡No alargarles ni una gota de agua que mitigue la sed de lo divino que abrasa el corazón del hombre más harapiento! Les arrancáis el cielo: y ¿qué les dais por él en la tierra á esos seres sin vestido, sin hogar, sin alimento, y repletos de miseria y de dolores? Les arrancáis del corazón la esperanza: y ¿qué ponéis en su lugar?... ¿Creéis, de veras, que á un hombre que está viendo á su esposa llorar y á sus hijos muertos de hambre, le ha de servir de mucho el saber que la ciencia ha llegado á liquidar el oxígeno?... ¿Qué me importa á mí el sol? ¡Yo tengo hambre, y de hambre se mueren mis hijos!

«¡No más religión!... ¡Ciencia, ciencia!» ¡Y esto lo decís á millones y millones de hombres, vosotros que no llegáis á dos mil! ¡Y creéis que los dos mil dirán: *Amén!*

Y no pára aquí: porque ni aun á estos dos mil dejará satisfechos la ciencia; no, ciertamente, porque sea señora demasiado aristocrática,

sino porque es, por mucho que os extrañe, soberanamente ignorante.

Dumas—á fe que era uno de los dos mil—al hacer el elogio de Faraday, dijo estas profundísimas palabras:

«Los descubrimientos de la ciencia enseñan al sabio á ser circunspecto; y así, los sabios que más experiencias han practicado, son los que mejor pueden decir llana y sinceramente: «¡No sé nada!»

Antes de él, había expresado Fontenelle casi el mismo pensamiento: «Ordinariamente, cuanto más sabe uno, en menos se tiene respecto de los ignorantes, porque sabe mejor cuánto se parece á ellos todavía».

No niego yo, claro es, los progresos de la ciencia, porque he comenzado por admitirlos; ni pretendo sembrar la duda sobre ninguna de las leyes ó verdades contenidas en sus teoremas, porque, lejos de eso, he insistido mucho en el carácter de certeza bien fundada con que las reviste. Pero esto es lo que sabe: y lo que sabe no es nada en comparación de lo que ignora.

«Apenas, exclama Huxley, apenas si hemos vuelto la primera hoja del gran libro de la naturaleza».

Mas supongamos que la ciencia lo sabe todo, que haya recorrido toda su carrera, que haya pasado y comprendido el libro entero, y que de todas las cosas de la naturaleza haya adquirido tal conocimiento, que el velo de cualquier sombra y la vaguedad de la duda se hayan disipado.

Tenemos así la ciencia absoluta, sin medida y grandiosa: apoyando sus pies en la tierra y tocando con su frente los cielos, envía á través de los espacios todo el torrente de su luz. Pues bien, no es nada aún: ¡nada, nada!, como os lo digo: porque... ¿á mí qué me importa el sol? ¡Lo que yo quiero saber es á mí mismo! Este es el tormento de mi espíritu y la sed de mi corazón.

¿Qué soy yo? ¿De dónde vengo? ¿Á dónde voy?... ¿Qué es eso desconocido hacia lo cual voy andando? ¿ese más allá que me espera mañana, hoy quizá, y me asusta?... ¿Qué es, qué es eso? Estas preguntas terribles, angustiosas, siempre las ha encontrado el espíritu del hombre viador, y siempre ha de tropezar con ellas, porque son el misterio eterno del alma humana. Y al lado de éste ¡cómo desaparecen todos los otros misterios!

Estas preguntas han sido siempre el fondo de todas las filosofías; y todas las religiones han recibido el encargo de resolverlas. Y la ciencia ¿qué responde? ¡La ciencia no sabe nada de esto, nada, nada, nada!

Lo confiesa, lo reconoce y lo afirma como su dogma fundamental y primero. Lo que no cae bajo mi compás ó en los platillos de mi balanza, lo ignoro. Lo que no brota de la observación ni de la experiencia... de eso nada, nada sé. Lo que no se ve, ni se palpa, es desconocido para mí.

¡Oh, cuán solos nos sentimos en este universo inconmensurable! ¡Cuán abandonados!... Vivimos en un mundo sin entrañas, cruel, vengativo, en que la lucha por la existencia es la única y despótica ley, y en que no somos más que elementos desencadenados que se combaten recíprocamente con un egoísmo feroz, sin piedad, sin apelación, sin esperanza alguna de justicia final... Y encima de nosotros, ya no hay nada... ó peor que nada... hay una divinidad indiferente, irónica y bárbara... en lugar del Dios de bondad de nuestra dichosa juventud (1).

Los prudentes, como Claudio Bernard, respondían á esto que no incumbía á la ciencia disipar esas sombras: «No negamos, dice, la importancia de los difíciles problemas que atormentan el espíritu humano; pero queremos

(1) O. Feuillet. *La Morte*.

separarlos y distinguirlos de la fisiología, porque su estudio exige otros métodos muy diferentes».

Y es verdad. Pero no se contuvieron en este juicio de un gran pensador, sino que saltaron la barrera. No bastó reconocer que la ciencia ignoraba todas esas cosas: hubo una escuela filosófica que las declaró incognoscibles...; lo cual equivale puntualmente al «nada, nada, nada» de los que todo lo ignoran!

¿De dónde vienes, oh hombre?

—No sé, ni lo puedo saber.

¿Á dónde vas?

—No sé, ni lo puedo saber.

¿Por qué sufres y lloras tanto en el mundo?

—No sé, ni lo puedo saber.

¿Qué es deber, virtud, justicia, honor?

—No sé, ni lo puedo saber.

¿Qué es la muerte... sí, la pálida y terrible muerte?

—No sé, ni lo puedo saber.

¿Y el día de mañana?... ¿Hay algún mañana, algún más allá, eternidad, otra vida?

—¡No sé, no sé! ¡Ni lo puedo saber!

¿Verdad que esto es horrible para el alma humana?

Mientras uno es joven, y cuando llevado por la hervor de la vida corre locamente á través

de su existencia, como el niño á través del monte ó del prado, posible es hacerse el sordo á tan graves preguntas y decir: ¡Qué importa! ¡No pensemos en eso!... Pero, Señores, cuando el sol de nuestra existencia traspone los montes, y de día en día se nos acerca y se echa encima aquella triste noche «atra nox»; y, aun sin llegar á ese ocaso, cuando nos aquejan dolores amargos, ante las crueles decepciones de la fortuna, irreparables en este mundo, y á vista de la tumba abierta de un hijo ó de una persona amada... ¡oh! ¡cómo resucitan esas dudas y ansiedades! ¡cómo se sublevan, cómo gritan hasta en el corazón más atrincherado!

Un escritor contemporáneo, de una perfección de estilo incomparable, Pedro Loti, visitado muy á menudo por el pensamiento de la muerte y del más allá, le rechaza, le desprecia, le apostrofa, y, á imitación de los niños miedosos que se quieren dormir muy sosegados y en paz sobre la blanda alfombra de flores tendida por la madre Naturaleza, grita fuertemente y dice: «No es nada, no es nada». Mas un día ve la muerte de su madre, y el corazón, desgarrado en este tormento, le habla más alto aún que su razón extraviada, y en presencia de esa persona querida que vuela en alas de la paz, cree en la vida futura de las almas...

«La vida futura de las almas, escribe Andrés Bolkonsky en un libro de Tolstoï, es una cuestión que no me ha preocupado...; mas cuando uno vive en compañía de otro en el mundo, y en un instante ve á su compañero desaparecer al otro lado del sepulcro, lejos, en el vacío, ¡ah! ¡cómo se pára ante ese abismo; cómo le miral La convicción se impone... Pues bien: yo le he mirado» (1).

Y así será siempre, y para todos.

De modo que la ciencia no satisface al hombre, porque no llena las necesidades del corazón. Y como el sabio, lo mismo que el ignorante y el pobre, no se puede desprender del corazón, tampoco al sabio podrá darle satisfacción la ciencia. La ciencia no corresponde á las necesidades de su alma: sacia las del entendimiento en la esfera de lo cognoscible, para usar de las palabras de la filosofía positivista, pero no le dice nada de la esfera de lo incognoscible, y sobre todo, nada le dice de ese campo infinito en que vive su corazón.

No creáis, Señores, que fuese nunca misterio para ningún sabio esta insuficiencia de los cono-

(1) *La Guerre et la Paix*, vol. I.

cimientos científicos. Porque si los sabios todos no la han confesado, todos la han conocido: y por eso los aficionados á aventuras intentaron seguir nuevos rumbos. Quisieron responder á esas preguntas de la vida y de la muerte, y crearon una filosofía de la naturaleza donde no intervenía ni Dios, ni el alma, y la declararon tan exacta y conforme á las exigencias de las cosas y tan perfectamente apropiada al universo, que con ella cayeron por tierra todos esos secretos, como caen los cuentos de las hadas y las leyendas de las brujas. Oíd de qué manera.

La suma total de la materia extendida por todo el universo y de las energías que la animan son constantes: por consiguiente son eternas... Ahí tenéis suprimido á Dios como criador del principio material de las cosas.

Este caos de materia cósmica esparcida por el espacio, se mueve en torbellinos inmensos: y mientras que aquí se concentra el sol arrasando en torno suyo anillos que se desprenderán para ser la tierra y los planetas, allá en otra parte lejana, y en otra más lejana aún, y en mil partes, se concentran á millares y millones otros soles que se llamarán estrellas. Con esto reconocéis ya, Señores, el sistema de Laplace; mas he ahí suprimido á Dios como primer ordenador del universo.

Nuestro globo mismo se condensa, y á fuerza de enfriamiento va fijando las capas de su corteza, y se envuelve en las nubes como en un manto de recién nacido, según la valiente expresión de los Libros sagrados. Después, en un día dado, y á una hora desconocida, se agruparán algunos granos, algunas moléculas de esa materia inerte, y por virtud de esta nueva combinación y ayuntamiento fortuito, formarán una célula viviente, un amasijo informe y gelatinoso que lleva en su seno ese misterio insondable que se llama vida. Con esto conocéis ya, Señores, la teoría de la generación espontánea, y con ella tenéis desterrado á Dios como principio criador de los seres vivientes.

Y ahora sabréis que esa célula, la madre de los vivientes, aumenta de volumen, se divide en partes y da origen á millones de hijas que, no menos fecundas que la madre, se enlazan, se unen y se perfeccionan sin cesar, y dan origen á la flora... Otro día, y de otra aglomeración de la materia cósmica, nace la célula viviente y sensible, y de ella, por medio de transformaciones y progresiones sucesivas, surge la admirable fauna que cubre la tierra, ó yace muerta ocupando todos los senos de sus entrañas...

Finalmente, otro día, yo no sé en qué cerebro de bestia perfeccionada, la célula del ins-

tinto hace una nueva evolución, y á fuerza de pulirse llega á célula pensadora, y la bestia queda convertida en hombre, incompleta aún, idiota y sin fijeza en los pensamientos, es verdad; pero dejad correr el tiempo, y dad treguas á la soberana ley de la lucha por la existencia, y de la supervivencia de los más aptos, y entonces, de la sangre de ese idiota nacerá Léibnitz y Newton.

Conocéis ya el transformismo, Señores, y, por tanto, queda excluído Dios como criador de las almas.

¿Y Dios? Dios ya, después de lo dicho, es una hipótesis que para nada se necesita. El alma, la inteligencia, pura modificación del instinto. La voluntad, meros apetitos y concupiscencias... La libertad... un sueño.

¿Quién soy yo, pues?...—Un poco de materia organizada.

¿De dónde vengo?—De la materia.

¿Á dónde voy?—Á la materia.

¿Lo por venir... el más allá?—Materia, y siempre materia.

¿Y la honra, y el deber y la justicia?—¡Palabras, palabras, palabras!

Ahí tenéis respuestas, claras á lo menos y algo más definidas, ciertamente, que aquella de antes «No sé, ni lo puedo saber».

Parece, pues, que debían estar satisfechos los tales pensadores...

Hubo, sin embargo, una ligera dificultad contra esta ciencia materialista y contra las transformaciones de la materia; y fué que el hombre se dió á raciocinar en la siguiente forma: «¡Ah! ¿conque yo no soy más que materia?...

»Luego no tengo más que sensaciones... ¡Pues á gozar de ellas!...

»Luego tampoco tengo más vida que esta... ¡Pues á gozar de ella pronto; porque la vida corre que vuelal... ¡Fuera, quien me estorbe!»

Pedro Loti, con términos más finos, pero con más sinceridad, hace la siguiente profesión de fe:

«No hay Dios; ni hay moral. Hay una vida que se acaba, y á la cual es muy lógico que pidamos todos los goces posibles mientras llega el trance final que es la muerte.

»Yo tengo por regla de conducta hacer siempre lo que me agrada... No creo en nada ni en nadie: no amo nada ni á nadie: no tengo ni fe ni esperanza. He llegado á persuadirme que cuanto me gusta se puede hacer, y que es preciso condimentar lo mejor que uno pueda el manjar insulso de la vida».

Ahí está resumido en dos palabras el sistema de moral y el modo práctico de vivir de esa nueva religión: «Todo cuanto me gusta se puede hacer».

Cosa facilísima para sí mismo...; pero, si no me engaño, algo molesta para el prójimo! ¡Y el cuento es que los prójimos son muchos! No importa: si el prójimo es débil, se le desprecia; si es fuerte, se le buscan las vueltas: cuestión de estrategia!...

Con lo cual, la vida se convierte en una cosa así como selva ó bosque de Bondy, donde los hombres se adentellan, como los perros á vista de un hueso, por coger la parte más grande, y sólo tienen razón los que, á fuerza de luchar y de morder y despedazar, queden triunfantes sobre todos los demás. Porque, si no hay Dios, ni alma, ni ley, ni obligación, ni otra vida; quien se niegue cualquier gusto que le sea posible, quien por respeto ó bajo pretexto de virtud, de honor ó de humanidad, haga violencia á los movimientos de su instinto, ese tal será un tonto, un imbécil!...

En una novela de Octavio Feuillet, titulada *¡La Muerte!*, de extraordinaria resonancia y de gran alcance filosófico, aparece una joven edu-

cada con estos principios científicos por un tío suyo muy sabio, y á poco tropieza con un hombre del cual queda locamente enamorada. Más como el hombre está casado, y su esposa resulta un estorbo, la científica joven, con todo el rigor de su lógica, la envenena. Sábelo el tío y se le muestra enfadado. Oíd ahora el discurso irrefutable de la homicida:

«Pero tío, ¿qué es eso?... ¿No sabes igual ó mejor que yo, que esas pretendidas virtudes que ahora me pones delante, la rectitud, la justicia, la humanidad, el honor, no son más que instintos de la naturaleza?... Tú encuentras gusto en someterte á esos instintos, y yo no lo encuentro: ahí está todo... ¡Crimen! ¿Acaso no es ésta una palabra como otra cualquiera? Yo hago como la naturaleza, la cual elimina con impasible egoísmo lo que la molesta, quita de en medio á quien la estorba para sus fines, y aplasta al débil para dejar sitio al fuerte... Se suele decir: «¡Se van los buenos!» No es verdad. Quien se va, son los débiles, y en esto no hacen más que cumplir con su obligación; y así, cuando se les ayuda para ello, no se hace al fin y al cabo sino lo que hace la naturaleza!... ¡Tío, da un repaso á tu Darwin!»

El tío no replica palabra..., porque nada tiene que replicar! Muere éste, y la homicida

se casa con aquel á quien ella misma había hecho viudo.

Otra novela, *El Inmortal*, obra también de un maestro en el arte de bien decir, pone en acción á una sociedad entera en que sólo rige esta ley de la lucha por la existencia. No conozco lectura más desoladora: hasta náuseas produce en el alma. Allí no hay sino yo... de mí... para mí... ¡Una jauría disputándose la presa!... Allí pasa todo, allí se pone todo en juego... mentiras, robos, traiciones, asesinatos, todo es bueno, todo es libre, con tal que sea yo... yo, de mí... para mí!... ¡Húndase el mundo, pero que haga yo mi gusto!

Y esto es lógico, perfectamente lógico.

Pero ¿vais á creer que la humanidad se incline á aceptar esta lógica?

Vamos á verlo. En el hombre y en la humanidad hay un fondo de nobleza que flota sobre todos los lodazales y sobrevive á toda degradación de la especie humana. Contra esos rebajamientos se subleva el hombre, y tan franca y sinceramente, que si le hubiesen enseñado que semejante moral venía derechamente de vuestras teorías, la humanidad las hubiera rechazado á puntillones.

Odette, entre una serie de cosas buenas se ha encontrado cara á cara con un crimen, y, á ejem-

plo de Sabina, no ha dudado un momento. Descúbrelo su padre y

«¡Tú eres, tú, quien ha cometido este crimen!, exclamó el filósofo mirando á su predilecta, orgullo de la casa. ¡Ay, desventurada!»

Odette llegaba ya á la puerta para escaparse: mas de repente volvió á entrar.

«Usted, padre mío, nada tiene que reprenderme, repuso la hija con una voz estrepitosa. ¡No faltaba más! Y si no, dígame por favor, ¿qué educación me ha dado V.? ¿Qué es lo que V. me ha infundido en el alma, en la inteligencia y en el corazón?... Otras han tenido valor, por lo menos, para sostenerse: ¡yo no he encontrado ni una rama á que agarrarme! He pedido socorro... y nadie me le ha prestado: he mirado al cielo, y V. me tenía declarado que estaba vacío!»

»Lo que me pudiera V. decir, me lo tengo yo muy sabido. Mi deshonra es pública. El mundo me ha desechado; pero ya conocía yo las injurias sin número que él había de lanzar contra mi nombre!

»Conque esta abyección es obra de V., padre mío, y puede V. gloriarse de ella. Dios, el alma, la eternidad, el crucifijo, la Virgen, son hipocresías, ridiculeces, es verdad: pero ridiculeces que hay que consentir á las mujeres, porque sin esas creencias en las verdades inmutables, las

mujeres bajan al fondo de la abyección y llegan al extremo de la debilidad».

Furiosa, dió un salto para salirse.

«Odette, Odette, ¿á dónde vas? gritó el desventurado, herido en su propio orgullo.—¿Que á dónde voy? ¡Adonde van las mujeres desesperadas cuya honra está perdida, cuyo nombre está ajado y que no creen en nada, ni en el bien ni en el mal ni en la justicia!... Voy adonde van las hijas educadas como yo, por hombres como V....; voy al cenagal!»

No bastaron estas lecciones.

La Sabina de *La Muerte*, el Pablo Astier de *El Inmortal* y Odette, eran personajes de novela y ficciones del novelista, á quienes con públicas protestas y execración unánime se negaba existencia real.

Y así, vinieron los testigos de carne y hueso.

Cuando el asesino Liebiez vió que le echaban en cara el haber asesinado á una pobre anciana, dió para justificarse esta cínica respuesta: «Yo necesitaba dinero: ella lo tenía, y como no me lo quiso dar, la maté... En el festín de la vida no hay cubierto para todos; y en este caso, se le quita de en medio al más débil».

Otro asesino, Abadfe, lo decía más breve-

mente así: «La vida es una batalla: yo lucho y mato».

«Un día, refiere el Dr. Laurent, pregunté á un joven desalmado que se había entretenido en estrangular á su padre:

—Pero vamos á ver, ¿por qué le has estrangulado?

—Por nada.

—¿Estabais reñidos?

—No.

—¿Querías robarle?

—No le quedaba un céntimo.

—Entonces ¿por qué?

—Por nada, le digo á V.: para divertirme, para ver qué cara ponía!»

Cuando eran hechos de novela, se decía: «¡Oh, eso no es más que novela!»

De estas realidades no se habló una palabra: se guardó profundo silencio. Apenas si se supo algo fuera de los boletines de los tribunales... Pero estalló más adelante una tormenta horrosa, cuyos truenos resonaron en toda Europa: ¡la anarquía!... Y esta sí que se ha oído bien... y ha hecho temblar á las gentes! ¡Cómo negarle la existencia! Lleva su acta de nacimiento admirablemente redactada, y es hija legítima y muy directa de las teorías materialistas. ¡La anarquía!... Pues brota fatalmente, por necesidad

ineludible de vuestros principios. Si vuestras teorías son ciertas, no hay quien tenga razón sino el anarquista, y no hay buen sentido sino en el anarquista!

Lo tenían pronosticado...; pero temblaban de verse obligados á confesarlo, y por eso continuaron en silencio, aunque llevando por delante á manera de antorcha una tea incendiaria bien humeante, la teoría, aquella famosa teoría atea y materialista que os he anunciado, á saber, la materia eterna engendrando por sí misma la vida y, como hacía Saturno con sus hijos, devorándola en la muerte, para volver á engendrar la vida, volver á devorarla... y así siempre, en círculo sin fin.

Mas cierto día pasó una matrona por delante, sopló... y todo aquel monumento gigantesco se vino abajo como castillo de naipes.

¿Y quién fué la matrona?... ¿cómo se llamaba?
¡La ciencia!

Ella demostró que, por constante que fuese la suma de las energías del universo, la cantidad de energía vibratoria aumentaba incesantemente á expensas de la energía visible, y por consiguiente, que el universo tendía á un estado límite comparable con la muerte. El universo,

por tanto, ha tenido principio. «Si el mundo fuese eterno, exclama Clausius, ya se habría muerto para estas fechas».

De modo que vuelve Dios á aparecer como el criador del mundo y de la materia.

La ciencia demostró que la nebulosa de Laplace hubo de existir en un estado inicial, del cual fueron saliendo forzosa y necesariamente, como el efecto de la causa, las demás transformaciones.

Pues ¿quién fué el autor de aquel estado primero? ¿Quién ordenó de tal modo la materia indiferente? ¿Quién le imprimió aquel movimiento particular determinado y fijo de donde habían de salir los mundos?

Y con esto volvió Dios á aparecer como ordenador del universo.

La ciencia demostró, por medio de experimentos innegables del ilustre Pasteur, que la materia orgánica jamás ha dado origen á la vida, y que la generación espontánea, tan cacareada, pertenece á la categoría de los sueños!

Y tened en cuenta, Señores, que para nosotros los que tenemos fe, esta cuestión parecía muy secundaria, y desde mucho tiempo atrás se admitía en nuestras escuelas la generación espontánea. El gran maestro Santo Tomás, y tras él todos los escolásticos antiguos, la admi-

tieron para los organismos inferiores, y aun para el conejo y la liebre, y daban esta prueba experimental... Poned en una botella, dice el Santo, varios pedazos de tela, y saldrán ratones.

Conque, por lo visto, no resultaba de este punto ninguna dificultad contra la existencia de Dios. Mas luego, los sabios hicieron de las generaciones espontáneas un argumento contra ella, y las apellidaron la ruina inevitable del deísmo y el triunfo imperecedero de la materia.

El batacazo de esta ciencia fué estupendo.

Porque la Academia de Ciencias, ilustrada con los trabajos que inmortalizaron al sabio Pasteur, formuló esta ley que está ya reconocida como el eje ó punto céntrico en torno del cual giran todas las ciencias biológicas: «En el estado actual de nuestro globo, los seres organizados reciben siempre la vida de cuerpos vivientes, y así los grandes como los pequeños no nacen si no tienen progenitores».

¿Y sabéis vosotros el sentido profundo y misterioso que se encierra en esas palabras?

Pues nada menos que el volver á confesar á Dios como autor de la vida.

Porque aquella otra teoría del transformismo, tan seductora y halagüeña por su sencillez y majestad, ¿no está demostrando ya, y más que

nunca en nuestros días, que toda ella descansa en una hipótesis contraria á todas las observaciones contemporáneas; que ignoramos en absoluto el proceso de la descendencia de los seres; que si tal serie va adelante, tal otra va hacia atrás y otra tercera se queda estacionada; y que la última palabra de la ciencia sobre esta misteriosa génesis es el siempre terrible *No sé?*

«¡Qué número, exclama un sabio vencido por la evidencia de las cosas, qué número tan abrumador de suposiciones gratuitas, de postulados caprichosos, de asertos sin prueba!... ¡Cuántas objeciones á cada paso de esa hipótesis grandiosa!... ¡Cuántos eslabones inexplicables! ¡Cuántos actos de fe!»

¿Y todo esto había de ser ciencia?...

¿Y no está hoy más que nunca demostrado, que el abismo abierto entre el instinto y la inteligencia es infranqueable, y que son facultades de orden tan diferente, que nadie las puede juntar?

«Referir la producción de la vida y del espíritu á una simple evolución del organismo, es admitir una nueva hipótesis y ponerse fuera de la ciencia».

Pero ¿quién habla tan claro?

Pues Virchow, aquel mismo Virchow que había considerado á la virtud y al vicio, como

productos químicos, semejantes al azúcar ó al ácido sulfúrico: aquel mismo que en su afán de comparar la secreción del pensamiento por el cerebro con una secreción análoga, escogió la más indecorosa y dejó escrito lo que no me atrevo á pronunciar aquí.

El cual Wirchow, también, dedujo esta conclusión final:

«Por donde, no siendo ya el movimiento de la materia la causa suprema de la producción de las cosas, queda libre el lugar señalado á la intervención de una causa superior: que ya no hay derecho á declararla imposible. Y con esto, se levanta enfrente de nosotros grande y avasalladora la cuestión del deísmo!»

¿No veis en esto á Dios que aparece otra vez como el autor de la inteligencia, de la libertad y del alma?

Entonces, los hombres sencillos y de buena fe, angustiados por el problema siempre sin resolver del más allá de la muerte, viendo fallidas sus esperanzas y que aquel fuego fatuo, que habían tomado por luz, se desvanecía entre las oscuridades de las sombras; á imitación de aquellos viajeros extraviados que, sorprendidos por las tinieblas de la noche en medio de una selva,

andan á tientas por entre los árboles, retrocedieron en su camino y anduvieron también á tientas en busca de su alma que consideraban perdida.

Aquel camino que los había alejado tanto de Cristo, lo desandan á paso lento, con intención de encontrar la misma huella de sus pasos, y dando grandes voces para hallar la luz, la paz y el amor de sus primeros años.

Á ejemplo de Magdalena, corren á través de los campos de la muerte diciendo: «Señor, han llevado á mi Señor. ¡Oh! si sabéis dónde está, decídmelo, para traerle!»

«Asistimos, escribe un filósofo de estos en una revista muy librepensadora, asistimos á la formación de un espíritu nuevo... Por una parte se levanta cierto misticismo que, lejos de rechazar el apoyo de la ciencia, la busca y acude á ella de buen grado, bien dedicándose á fenómenos oscuros, bien penetrando ya en el dominio de las ciencias desconocidas... Por otra parte, se nota una tendencia todavía más general, que con bastante justicia podríamos llamar necesidad religiosa si esta palabra no corriese el riesgo de ser mal comprendida, ó necesidad moral y, á la vez, deseo apremiante y vehemente de hallar una regla de conducta, una base de creencias que dé unidad á nuestros conoci-

tos y acciones, una doctrina, en fin, que nos permita entender al mundo y al hombre» (1).

«Hoy, afirma M. de Vogüé, las almas se ven fuertemente turbadas por el frío, por las tinieblas y por la confusión, y andan, como golondrinas en tiempo de tempestad, girando de una parte á otra y buscando un guía. Decidles que hay un sitio de refugio donde se admite y se da calor á todas las aves heridas, y las veréis juntarse todas, subir, y lanzarse á grandes vuelos por encima de vuestros áridos desiertos, en dirección de quien las haya llamado con gritos del corazón».

Que se levante entonces un hombre y pregone: «¡La verdad, he aquí la verdad!» Y hacia él correrán las almas diciendo: «¡Oh! ¿la verdad habéis dicho? Y ¿dónde está?» Y á una pequeña centella de luz que brille en el horizonte, oiréis: «¡Oh! ¡la luz! ¡Si será eso la luz!»

Pero, desgraciadamente, ¡cuántas veces el grito que oyen no es el del *Maestro*! ¡Cuántas veces, por el contrario, es un llamamiento falso!... Y, sin embargo, dirigen su vuelo hacia él, porque tienen sed del *Maestro* y á él es á quien esperan.

(1) Paulhan. *Le nouveau mysticisme*. Revue philosoph., Noviembre, 1890.

Según otro autor, «así como al salir de un ayuno prolongado se lanza el convaleciente sobre cualquier manjar sin discreción; así el hombre moderno, después de la dieta larguísima de lo ideal que el ateísmo le había impuesto, engaña su hambre ya que no la puede satisfacer, y se alimenta á la ventura con lo que pueda llenar el vacío inmenso que á sí propio se ha hecho» (1).

Cansados y aburridos ya del positivismo, que negaba el orden sobrenatural, muchos se han echado de cabeza no sé en qué linaje de iluminismo que ha vuelto á poner en boga las locuras de las ciencias ocultas, y exageran, desfiguran y beben hasta embriagarse el orden sobrenatural. Porque «cada uno se labra á su modo un magnetismo, un hipnotismo, una manera de transmitir el pensamiento, un espiritismo, evocaciones de ultratumba... Las sociedades espiritistas se multiplican por todas partes y se ve á sabios, y á sabios auténticos — por ejemplo, Crook's en Inglaterra y el Dr. Gibier en Francia,—dejarse conquistar de esta nueva fe, oír las voces que

(1) Juan Honcey. *Réveil de l'Idée religieuse. Revue bleue*, 3 de Enero, 91.

cuchichean en la oscuridad, entretenerse con las figuras que á modo de sombras chinescas se agigantan por la noche, y dominados por la atracción del abismo, correr por los campos en que la razón vacila» (1).

Si se saca la cuenta de los suscritores de las diversas revistas y publicaciones que el espiritismo tiene solamente en Francia, se verá que pasan de cien mil. Y no ignoráis que, en la región de la Bélgica central, los partidarios de Allán Kardec son numerosísimos, y no sólo del pueblo, pues los hay dentro de las Cámaras legisladoras.

¡Tan cierto es, como decía Marcos Girardín, «que no hay nada más natural al hombre que lo sobrenatural!»

¡Tan cierto es asimismo que en el hombre se junta con la tendencia esencial á creer, la perversa inclinación á creer torcidamente!

Y ved ahora una prueba más, y por cierto muy inesperada, de esto mismo. Me refiero á la importación en Francia de una sociedad—podríamos decir Iglesia—americana, que bajo el nombre de Teosofía profesa en sustancia budismo puro. ¡Solo en París cuenta veinte mil afiliados!

(1) Ed. Rod. *Le spiritisme et les mœurs. Revue bleue*, 7 de Setiembre, 1889.

«No es teosofista, dice, quien no practica el *altruismo*—palabra horrible para expresar el amor de los prójimos—quien no está resuelto á repartir el último bocado de pan con el más necesitado y pobre que él; quien no se cuida de ayudar al hombre, su hermano, de cualquiera raza, nación y creencia que sea y en cualquier tiempo y lugar que le vea sufrir; quien se hace sordo á los gritos de la miseria humana; y, por último, quien oye calumniar á un inocente y no sale á su defensa como saldría por sí mismo» (1).

«¿Y qué es esto sino la caridad cristiana? pregunta Mons. Baunard. ¿Y qué rareza de inspiración es, por cierto, esa que va á tomar prestada á Çakya-Muni (2) la ley de amor que hace mil ochocientos años leemos en el Evangelio?»

¿Qué es?—¿Quién no lo ve?—Es el corazón humano que, á despecho de sus fragilidades y de sus cobardías, va naturalmente y por cierta tendencia divina, en pos de la moral cristiana... Conoce la grandeza y hermosura de ella por las «razones del corazón que la razón no comprende». Sólo que el espíritu del hombre, orgulloso, indócil, y acostumbrado á las demostraciones

(1) Le Lotus. Enero, 1887. V. *Revue des Deux Mondes. Le Bouddhisme en Occident*, por Em. Burnouf, 15 de Julio, 1888.

(2) Çakya-Muni ó Sakiamuni, Buda.

palpables de la ciencia, se subleva contra el dogma cristiano que le quiere doblegar y le humilla, y se va á Çakya-Muni, porque Çakya-Muni no tiene dogmas ni apenas se hace en su credo mención del ser supremo.

¡Ah! ese, ese es el punto de la dificultad: ahí van á parar la investigación y el principal llamamiento de las almas contemporáneas, á saber, una moral que no se oponga al dogma, y nos salve del egoísmo y de la corrupción que se están desbordando; una moral que sirva de dique á la ola de barbarismo salvaje que amenaza tragarse á la civilización moderna.

«Ahí tiene origen, según siente M. Brunetiere, ese esfuerzo que de algún modo se hace en todos los sentidos y direcciones, para salvar de la religión lo que saben muy bien que no se puede dejar perecer, sin dejar que el hombre vuelva á la condición de animal» (1).

Quiero dar aún dos señales, tomadas, la una de la filosofía, y la otra de las bellas letras, y también de libros cuyos autores no tienen la fe ni la doctrina del *Maestro*, y están incluidos

(1) *Revue des Deux Mondes*. Revue litteraire, 1 de Noviembre, 1890.

entre los que hacen indagaciones y vuelven desandando sus pasos.

Oídlas:

«Nosotros comenzamos por apreciar en su justo valor los bienes que no son tales, por ejemplo, la fortuna, la gloria y otros...; y no significa esto que no vayamos en pos de ellos, puesto que la sociedad humana, al fin, está fundada sobre la estima que los hombres hacen de ellos; pero no ponemos ya el mismo empeño, el mismo afán y la misma avidez. ¿Por qué? Porque la justicia vence en nosotros y triunfa del egoísmo. Demos un paso más hacia adelante, si nos es posible. Renunciemos esos bienes que estimamos, y demos á otros hombres la parte que hubiéramos podido apropiarnos si hubiésemos querido. Ahora se junta la caridad con la justicia para completarla y perfeccionarla. Avancemos más aún; levantémonos aún más: reconocamos nuestro propio ser en cualquier otro hombre... La caridad se ha transformado en afecto, el afecto en abnegación y la abnegación en sacrificio. Ahora ya puede venir la muerte, porque ya hemos llegado al término de la perfección».

¿Quién habla así, Señores?

¿Acaso Bourdaloue?... No, Señores: ¡Schopenhauer, el profeta del pesimismo!

¿Y no es cosa verdaderamente notable ver á esa escuela filosófica, que se había apoderado de la literatura y del teatro, exponer un capítulo del Evangelio?

Ya habían llegado á esto antes, aunque por muy diferente camino... por el género literario más frívolo, por la novela. Bien sabéis con qué entusiasmo se recibió en Francia la novela rusa: data de muy antiguo, y no contribuyeron las alianzas políticas en nada á encender esta fiebre.

Á la cabeza de esta escuela literaria eslava se hallaba el Conde Tolstoï, si bien no hizo más que acabar la obra comenzada por Gogol y Dostoievsky, y predicada por más de un *moujik* de *izba* en *izba*, desafiando á la prisión y á la muerte (1).

Pues leed, Señores, las obras de Tolstoï, y preguntad luego la causa por la cual ha podido conmover tanto á nuestro siglo. No encontraréis dos respuestas; no hay sino una, y es que en todas sus obras se predica la religión del sufrimiento y del amor.

«¿Qué ha descubierto Tolstoï, pregunta M. Leroy-Beauliéu, qué ha descubierto ese sár-mata que no hubiesen descubierto ni el griego, ni el romano, ni el alemán antes que él?... Ha

(1) *Moujik*, hombre del pueblo: *izba*, caserío.

descubierto la moral evangélica, él lo cree así, oculta entre los escombros de los compromisos mundanos; y para hallar el remedio de los males de la humanidad, le parece que no hay que hacer sino abrir el Evangelio y leer bien...» Pero el amor á los pequeños, el olvido de sí mismo, el perdón de las injurias, la completa reforma social... «esa religión, ese culto del sufrimiento, ni Dostoievsky, ni Tolstoï, ni su maestro, el *moujik*, lo han inventado. Esa religión es tan antigua como el Calvario: es sencillamente el Evangelio, el cristianismo y más en particular el catolicismo, la que entre todas las religiones cristianas ha amado más á los desvalidos, por ser también la que más ha sentido la locura de la cruz y la que nunca se ha cansado de besar los pies ensangrentados del Crucifijo» (1).

Á veces, Señores, me pregunto yo á mí mismo si convendrá aducir como señal del movimiento de nuestra época hacia el catolicismo el renacimiento del drama sagrado en el teatro. Ciertamente es que nuestros divinos misterios y santas creencias se desfiguran y se profanan muchas veces, y no pocas se desprecian, con seme-

(1) M. Leroy-Beauléu. *Revue des Deux Mondes*, 15 de Diciembre, 1881.

jante costumbre; porque hay no sé qué repugnancia en ver puestos en escena y representados en las tablas los objetos de nuestra adoración y de nuestro culto.

Y, sin embargo, ¿no es verdad que es misterioso el espectáculo de esas tentativas hechas sin conciencia, pero casi siempre respetuosas?... ¿No es buena señal ver á la muchedumbre mundana asistir presurosa, atenta, muda, conmovida y llorosa á los Misterios de la Pasión; á los Misterios del Nacimiento; á las Leyendas de Santa Cecilia y San Andrés? Y ese estremecimiento que se apodera de las almas con la contemplación de Cristo ¿no es verdad que es su propio bautismo olvidado que las sacude y las vuelve á llamar hacia Dios?

El hecho es este.

La juventud descreída de nuestros tiempos, de quien M. Lavissee decía que ya no era volteriana y que padecía «nostalgia de lo divino», se ha juntado, se ha unido, trabaja, investiga. Hace diez años se los podía contar; hoy ya forman legión. «Hay, según *Le Temps*, una clase de espíritus, desligada del dogma y que, no hallándose ya satisfecha con sus brutales negaciones, anda buscando el camino de la paz...

En la atmósfera que se respira alrededor de las grandes escuelas, flota una especie de evangelismo vago».

Pues ya se ha concertado esta afición al Evangelio, y el faro alrededor del cual se van juntando estos navegantes del nuevo mar, es el sublime sermón predicado en el monte por Nuestro Señor Jesucristo.

Escuchad á uno de ellos:

«En virtud del misterio que rodea á su suerte, y estrechados como están por las cosas y por sí mismos, los hombres reclamarán siempre héroes espirituales. Estos conquistadores de lo desconocido son los sabios, los artistas y los Santos».

Pero el sabio se ha detenido bruscamente «en las riberas de lo *Incognoscible...*» El artista va más lejos, sueña con símbolos que han de resolver el sistema del mundo.

«La muchedumbre de los ignorantes y de los sencillos no tiene acceso á estos edificios dorados del sueño... Las almas grandes no pueden fijar en ellos su morada, porque conocen cuán vana es su magnificencia. Pues entonces se levanta la religión en favor de la humanidad entera. La religión ha erigido también sus templos sobre el misterio, y recibe en ellos á la muchedumbre de los desgraciados... les abre esas comunicaciones con el misterio que los

hombres han llamado divinas, porque en tales horas de consuelo y de favor se sienten como abrazados con el Dios desconocido».

«¡Oh catedrales en que penetrábamos con fe tan viva, cuando niños! Músicas piadosas que hablabais á nuestros corazones puros, graves sonidos de los órganos, suaves perfumes de los altares, haces radiantes de las vidrieras, armonías que encantabais nuestros sentidos vírgenes en la primavera de la vida, sentencias tiernísimas del Evangelio con que se elevaban nuestras almas, ¿volveremos á conocer vuestra salvadora eficacia? ¿Les será dada á los hombres del siglo, sin abdicación y sin sacrilegio, la suerte de volver á juntar sus plegarias con las de las madres que los criaron, de las prometidas que los amaron y de los hijos que de ellas tuvieron? ¿Llegarán por fin todos los hombres y todas las mujeres á inclinarse ante los mismos símbolos del Hombre-Dios? ¡Oiga la Iglesia los votos del siglo y haga con él las paces, y el siglo no negará ya á la Iglesia!» (1).

«Pero ¿no veis, les dicen, que estáis trabajando á favor de San Sulpicio?»

«Y aunque así fuera, responde el jefe de ellos...

(1) Henry Bérenger. *La Iglesia y el siglo*, en la *Revue bleue*, 3 de Nov., 94.

no me avergonzaría, ciertamente, de confesar por único maestro al Cristo predicado por los Doctores, ni retrocedería, si mis premisas me llevasen á creer lo que Pascal ha creído.

»¡No quiera Dios que entre los adeptos de la reacción moral, aunque no sean cristianos, y la Iglesia romana, haya sombra de hostilidad! Ha llegado el tiempo de tener el delicado gusto de ser equitativos con esa potencia, ahora desarmada.

»No ha habido nunca mayor escuela de virtud, y nuestra virtud de independencia quizás venga también de ella por medio de filtraciones. Esa es la razón de que nos alegremos de todas sus conquistas y las tengamos como nuestras, porque la Iglesia disminuirá de ese modo el número de los desventurados que no conocen ni sus deberes ni sus destinos» (1).

«¿Quién, pues, clama otro, disipará las tinieblas del camino oscuro que siguen los pueblos en busca del nuevo orden?... ¿Quién, sino la Iglesia? ¿Quién establecerá ese orden?... ¿quién pondrá los fundamentos de ese edificio?... quién sino el cristianismo puede organizar la fraternidad cristiana?... Ahí está, ahí, la salvación, si la salvación está en alguna parte del mundo.

(1) Paul Desjardins. *Le devoir présent*, ps. 44-45.

»Levantaos, pues, y andad... Madre santa de los pueblos, Iglesia de los hijos de Dios!» (1).

Ahora bien, Señores. Cuando yo oigo un lenguaje tan general en los labios de hombres descreídos y cansados del vacío que sienten en sus almas, noto que mi corazón salta de gozo. ¡Ah! cierto es, no me forjo ilusiones, sé perfectamente que eso no es todavía la fe, que ese credo de la reacción moral no es el credo de mi Iglesia.

Porque al leer los libros sentimentales escritos por esa escuela, salgo con el corazón apenado muchas veces, y ¡cuántas otras le saco deshecho por el desconocimiento que revelan de la religión cristiana!

¡Oh! no, no es eso el cristianismo; pero sí lo podemos considerar como su aroma lejano. Esas almas generosas no han entrado en el templo; pero se hallan en el pórtico y están atisbando. ¡Y sólo con ver que las tenemos tan cerca de nosotros, me regocijo, porque espero!

No han hallado al Cristo; pero han hallado como Magdalena los lienzos blancos que habían tenido envuelto su cuerpo, y conservaban aún su aroma.

(1) M. Allaux. *La religion progressive*, ps. 378-82.

Espero. ¡Por poco que uno se acerque á Cristo, siente su virtud!

¿Os acordáis de aquella mujer enferma del Evangelio, que estorbada y aun molestada por la turba no podía conseguir tocar al Maestro?... Hizo mayores esfuerzos y consiguió al cabo tocar el ruedo de sus vestiduras... y fué curada, dice el Sagrado Libro... ¿Por qué? Porque sintiendo que había salido de él una virtud, Cristo se volvió y la miró.

Pues las nuevas generaciones se sienten también enfermas y pretenden tocar á Cristo. Pero los juicios errados, la ignorancia, el orgullo que han mamado con la leche, el peso de dos siglos de impiedad y de blasfemias las rechazan y empujan muy lejos. Luchan, sin embargo, vuelven, y se abren paso, y logran tocar el ruedo de las vestiduras del Maestro. Y el Maestro ¿no las mirará?

«¡Centinela! ¿Qué has visto en la noche?»

«He visto venir la mañana de las almas».

Muchas citas os he aducido en esta humilde conferencia: sin embargo, me vais á permitir acabarla con otra que tomo de M. Rod, en su libro intitulado *Le sens de la vie*.

«Era el momento crítico en que se secularizaba el Panteón de París. Arrojábase de él á Dios para hacer sitio á Víctor Hugo: el adorado en la víspera cedía el lugar al ídolo del día; el dulce Cristo de la Imitación huía ante el hombre de los castigos; la Virgen bendita de tan tiernos milagros, ante las *Marión, Delorme y Lucrecia Borgia*. Y con este cambio, se decía, el progreso de las luces y la causa de la verdad salían ganando. Había allí, cuando entré yo por una casualidad, concejales del Municipio, diputados, políticos de toda clase, y todos estaban como en su casa, con el sombrero puesto, bastón en mano, algunos con el cigarro aún encendido, y todos, orgullosos por disipar con el humo del cigarro las últimas nubes y señales del incienso. Dentro de la majestad de aquellas bóvedas, hablaban, reían, accionaban, discutían y disputaban con insolencia y sin respeto, hasta el punto de chancearse y divertirse á juegos contra Dios.

»Mientras tanto, en un rincón apartado y delante del único altar que aún quedaba por derribar, una pobre anciana vestida de negro y delantal azul, sin atender al barullo de los impíos, fiel al Dios que de allí arrojaban, estaba orando fervorosamente postrada de rodillas. Había llevado dos velas, cuyas llamas, vacilantes por las corrientes del viento, apagaría pronto

un soplo brutal, cuando la cera se hallase á medio consumir.

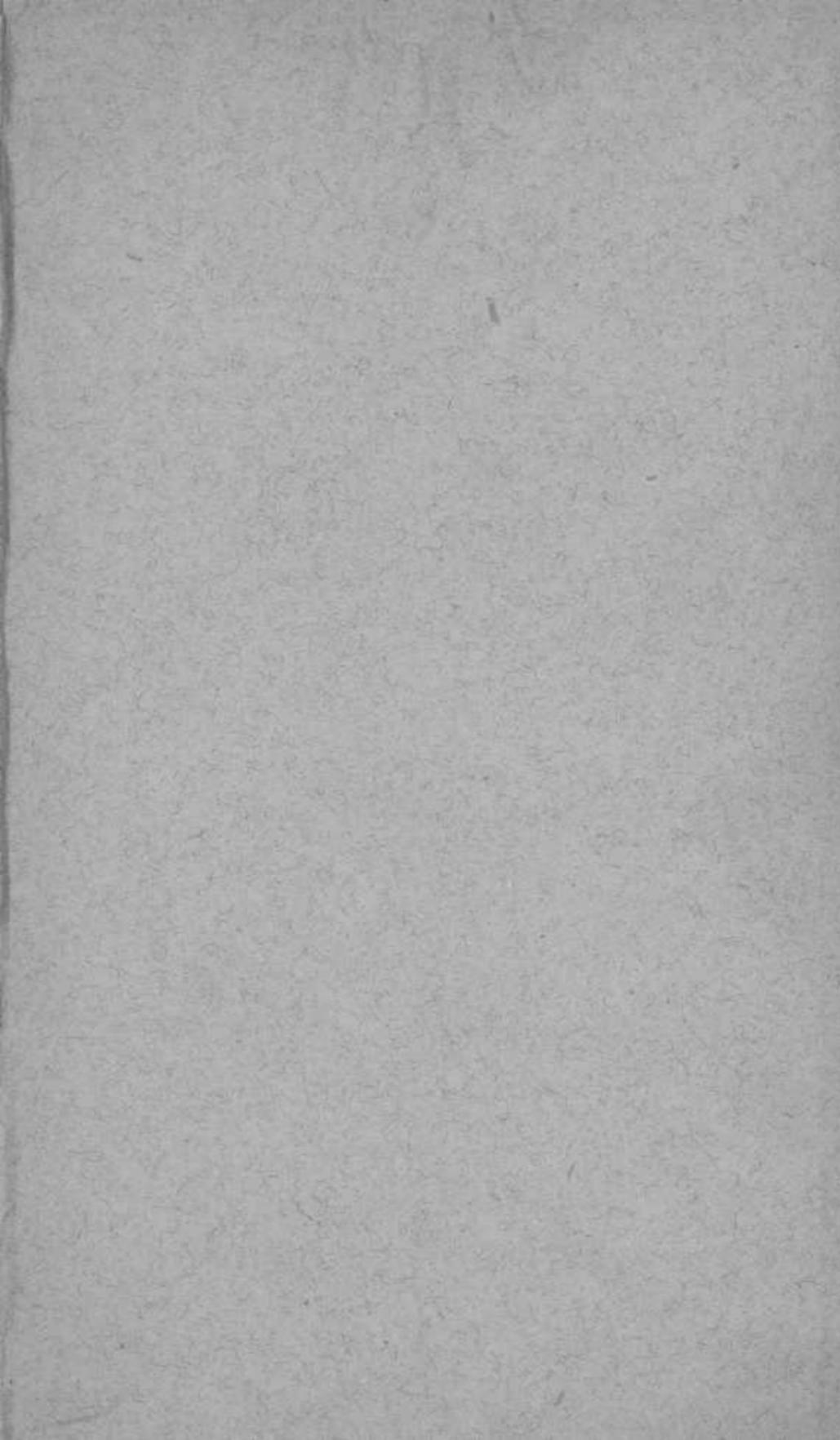
»¿Qué dolor acababa de depositar allí la pobre anciana? ¿Qué remordimiento quizás? ¿Qué confianza manifestaba en silencio á Aquel que comprende, se compadece y perdona?

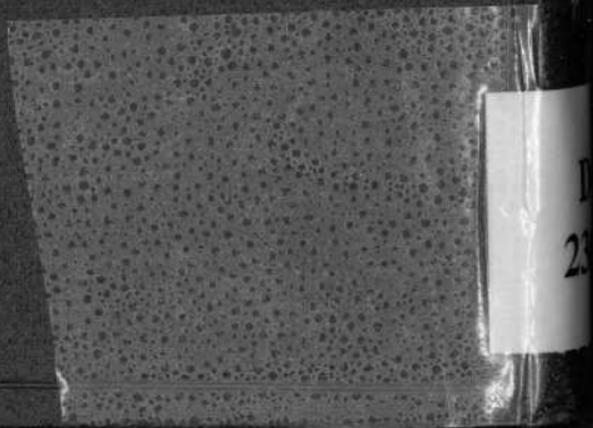
»Y cuando haya caído á tierra el último altar, ¿quién de aquellos charlatanes políticos le dará medios de aliviar sus penas?

»Entonces comprendí yo que aquella mujer tenía razón contra todos los que allí había: la luz de sus dos velas me pareció un sol de verdad, y, al pasar por delante del altar, hincé las rodillas é hice la señal de la cruz» (1).

(1) E. Rod. *Le sens de la vie*, ps. 114-116.

A. M. D. G.







D-2

23612